

# ENOOLA HOLMES

*Nancy Springer*



El caso del  
marqués desaparecido

RBA

## Índice

East End de Londres, agosto de 1888 al anochecer

Capítulo primero

Capítulo segundo

Capítulo tercero

Capítulo cuarto

Capítulo quinto

Capítulo sexto

Capítulo séptimo

Capítulo octavo

Capítulo noveno

Capítulo décimo

Capítulo decimoprimer

Capítulo decimosegundo

Capítulo decimotercero

Capítulo decimocuarto

Capítulo decimoquinto

Londres, noviembre de 1888

Resolución del mensaje encriptado

Notas

A MI MADRE

# EASTEND DE LONDRES. AGOSTO DE 1888 AL ANOCHECER



La única luz en la calle lucha por llegar desde unas pocas farolas todavía íntegras y de los candiles sobre los adoquines, vigilados por los viejos que venden caracoles de mar hervidos a las puertas de las tabernas. La forastera, ataviada de negro de la cabeza a los pies, se desliza entre las sombras como si fuera una sombra más, invisible a los transeúntes. Según las costumbres del lugar del que procede, es impensable que una mujer salga por la noche sin que su marido, padre o hermano la acompañe. Pero ella hará lo que sea necesario para ir en busca de quien se ha perdido.

Bajo el velo negro, sus ojos están atentos, y mientras camina, analiza, busca y observa. Ve los trozos de cristal sobre los adoquines agrietados. Ve las ratas que se pasean insolentes, arrastrando sus repugnantes colas sin pelo. Ve a niños harapientos que corretean descalzos entre las ratas y los cristales rotos. Ve a parejas, hombres con chalecos de franela roja y mujeres con bonetes de paja baratos, bamboleándose cogidos del brazo. Ve a un individuo tirado contra una pared, ebrio o dormido entre las ratas, o tal vez muerto.

Observa, pero también escucha. Desde algún lugar, un organillo entona una melodía que se eleva por el aire tiznado, y la buscadora con el velo negro oye la alegre canción. Escucha a una niñita que, a las puertas de una

taberna, llama: «¿Papá? ¿Papi?». Escucha los chillidos, las risas y los gritos de los borrachos y los vendedores ambulantes que anuncian su mercadería.

—¡Ostras, ostras! ¡Con vinagre, para comerlas de un bocado! ¡Muy jugosas! ¡Cuatro por un penique!

Huele el vinagre. Huele la ginebra, el repollo hervido y las salchichas, la sal en el aire procedente del muelle cercano y el hedor del río Támesis. Huele el pescado podrido. Huele el tufo que emana de las alcantarillas.

La mujer acelera el paso. No debe detenerse: no solo busca a alguien; a ella también la acechan. La cazadora del velo negro también es la presa. Debe alejarse para que los hombres que la están persiguiendo no la encuentren.

En la siguiente farola, ve a una mujer con los labios pintados y los ojos emborronados que espera en el umbral de una puerta. Una calesa se detiene justo en frente, y de ella se apea un hombre ataviado con un frac y una brillante chistera de seda. Aunque la mujer en el umbral lleva un escotado vestido de noche que tal vez perteneció en otro tiempo a una dama de la clase social del caballero, la observadora de negro no cree que el caballero haya venido hasta allí para recoger a su pareja de baile. Ve los ojos demacrados de la prostituta, el miedo que se esconde tras ellos pese a la sonrisa en sus labios embadurnados de carmín. No hace mucho, a unas pocas calles de allí, apareció el cadáver de una de sus compañeras, abierta en canal. La buscadora de negro aparta la mirada y continúa su camino.

Un hombre sin afeitar apoyado en una pared le guiña un ojo.

—Señora, ¿qué hace usted por aquí tan solita? ¿No quiere compañía?

De tratarse de un auténtico caballero, no se hubiera dirigido a ella sin haberse presentado previamente. Lo ignora y continúa a paso acelerado. No debe hablar con nadie. No pertenece a este lugar. El hecho de reconocerlo no la incomoda, ya que jamás ha pertenecido a ninguna parte. Y, de algún

modo, siempre ha estado sola. Pero su corazón se apena al inspeccionar las sombras, porque ahora no tiene hogar, porque ahora es una forastera en la ciudad más grande del mundo y no sabe siquiera dónde pasará la noche.

Y si, Dios mediante, vive hasta la mañana siguiente, solo puede tener esperanzas de encontrar al ser querido que está buscando.

Adentrándose más y más en las sombras del mísero barrio cercano a los muelles del este de Londres, sigue adelante. Sola.

# CAPÍTULO PRIMERO



Me encantaría saber por qué mi madre me puso de nombre «Enola», el cual, leído del revés, en inglés, significa «sola». A mi madre le gustaban, o tal vez aún le gusten, los mensajes en clave y los acertijos, así que seguro que algo pretendía con el nombre, ya fuera una premonición, algún tipo de bendición enigmática o incluso un plan, aunque mi padre todavía no había fallecido.

Sea lo que fuere, durante mi infancia casi cada día ella me decía: «Te apañarás muy bien sola, Enola». De hecho, esa era su habitual cantinela de despedida cada vez que salía hacia la campiña cargada con su cuaderno de dibujo, sus pinceles y sus acuarelas. Y en verdad, sola es como me dejó cuando, una tarde de julio, la misma de mi decimocuarto cumpleaños, no volvió a Ferndell Hall, nuestro hogar.

Al principio, como celebré mi fiesta de cumpleaños con Lane, el mayordomo, y su esposa, la cocinera, la ausencia de mi madre no me preocupó especialmente. Aunque nuestra relación era cordial, mamá y yo rara vez interferíamos en los asuntos de la otra. Supuse que la habría retenido algún asunto urgente, y más cuando había dado instrucciones a la señora Lane para me entregara varios paquetes a la hora del té.

Los regalos de mamá fueron:

Un set de dibujo: papel, lápices de grafito, un cortaplumas para afilarlos y una goma de borrar de

caucho de la India, todo ello organizado ingeniosamente en una caja plana de madera que, al abrirse, se convertía en un caballete.

Un libro bastante grueso titulado *El significado de las flores (con explicaciones sobre los mensajes en abanicos, pañuelos, lacres y sellos de correos)*.

Otro cuadernillo mucho más pequeño lleno de mensajes en clave.

Aunque sabía dibujar hasta cierto nivel, madre me animaba a mejorar la poca mano que tenía. Ella sabía que disfrutaba dibujando, al igual que disfrutaba leyendo cualquier tipo de libro, sobre cualquier tema. Sin embargo, en lo que se refiere a mensajes encriptados y acertijos, sabía que no me interesaban para nada. Pese a eso, y como podía apreciar con claridad, había confeccionado con sus propias manos y especialmente para mí ese pequeño libro, doblando y cosiendo ella misma las páginas interiores, que estaban decoradas con algunas de sus refinadas acuarelas de flores.

Resultaba obvio que había estado trabajando en el regalo durante un tiempo considerable. «Ha pensado en mí», me dije con firmeza varias veces durante la tarde.

Aunque no tenía ni idea de dónde podía estar mamá, suponía que regresaría más tarde o enviaría un mensaje por la noche. Dormí plácidamente y sin preocuparme.

Sin embargo, a la mañana siguiente, Lane negó con la cabeza. No, la señora de la casa no había regresado. No, no había llegado ningún mensaje.

Afuera, una lluvia gris se compenetraba con mi estado de ánimo, que fue volviéndose cada vez más intranquilo.

Después de desayunar, subí de nuevo las escaleras hacia mi dormitorio, un refugio agradable en el que el armario, el lavamanos, el tocador y el resto de los muebles estaban pintados de blanco y decorados con unas cenefas de florecillas rosas y azules. La gente solía llamarlo «estilo



*cottage*»: mobiliario barato propio de una criatura, pero a mí me gustaba. Casi siempre.

En aquel preciso día, no.

No podía permanecer en el interior de la casa; de hecho, no podía sentarme, excepto para calzarme las botas de agua a toda prisa. Ataviada de forma cómoda con una camisa y unos pantalones bombachos que habían pertenecido a mis hermanos, me puse un impermeable por encima. Y así, vestida enteramente de goma, brinqué escaleras abajo y cogí un paraguas del perchero.

—Salgo a dar un vistazo —anuncié a la señora Lane mientras atravesaba la cocina.

Qué extraño. Eran las mismas palabras que pronunciaba casi cada día cuando salía para... buscar cosas, por ejemplo, aunque generalmente no sabía qué. Cualquier cosa. Trepaba a los árboles solo para ver qué encontraba: conchas de caracol con franjas granates y amarillas, nueces, nidos de pájaros. Y si me topaba con el de una urraca, buscaba en su interior: botones, trozos de cinta brillante, un pendiente extraviado. Jugaba a que algo de mucho valor se había perdido y yo lo estaba buscando...

Solo que esta vez no era un juego.

La señora Lane también sabía que esta vez era diferente. Como siempre hacía porque nunca lo llevaba, debería haberme preguntado: «¿Y su sombrero, señorita Enola?». Pero no dijo nada cuando salí.

Cuando salí a dar una vuelta para buscar a mi madre.

Convencida de que podía encontrarla yo sola.

En cuanto estuve lo suficientemente lejos de la cocina como para que no me vieran, empecé a correr de un lado a otro como un perro beagle, olisqueando cualquier señal de mamá. El día anterior por la mañana, como capricho de cumpleaños, me permitieron holgazanear en la cama hasta

tarde, así que no la había visto marcharse. Pero supuse que, como era su costumbre, habría salido algunas horas para dibujar bocetos de flores y plantas, por lo que primero la busqué en los terrenos de Ferndell.

Mamá administraba las tierras, y le gustaba que las cosas crecieran a su propio ritmo y sin interferir. Vagué por los jardines de flores silvestres, por los pastos invadidos de aliagas y zarzas, por los bosques cubiertos de vides salvajes y hiedra. Y durante todo ese tiempo, el cielo gris siguió llorando lluvia sobre mí.

Reginald, el viejo perro collie, trotó a mi lado hasta que se cansó de mojarse y fue a buscar cobijo. Qué criatura tan sensata. Calada hasta los huesos, sabía que debía imitarlo, pero no pude. Mi ansiedad y mi paso se habían acelerado guiados por el azote del pánico; pánico de que mi madre estuviera ahí fuera, herida, enferma o —un recelo que no podía ahuyentar por completo puesto que madre no era precisamente joven— de que hubiese tenido un ataque al corazón. Podía estar... pero no, no podía ni pensarlo; hay otras palabras. Fallecida. De viaje hacia el más allá. Difunta. Se fue con mi padre.

No, por favor.

Se podría pensar que como madre y yo no estábamos muy «unidas», su desaparición no iba a afectarme lo más mínimo. Sin embargo, fue más bien al contrario. Me sentí horrible. No dejaba de decirme que si algo le ocurría, sería culpa mía. Siempre me sentía culpable de... de todo. De respirar. De haber nacido indecentemente tarde en la vida de mi madre. Menudo escándalo, menuda carga. Y siempre había contado con resolverlo cuando creciera. Tenía la esperanza de que un día, de alguna manera, conseguiría hacer brillar una luz que sacaría mi vida de las sombras de la vergüenza.

Y entonces mi madre me querría.

De modo que tenía que estar viva.

Y yo estaba obligada a encontrarla.

En mi búsqueda, crucé y crucé los bosques en los que nuestros antepasados habían cazado liebres y urogallos. Subí y bajé por la roca de la gruta, toda ella tapizada con los helechos que dan nombre a la propiedad,\* un lugar que me encantaba pero en el que hoy no me entretuve. Continué hasta los límites de la finca, donde los bosques daban paso a las tierras de cultivo.

Busqué también allí, en las plantaciones, porque mamá podría muy bien haberse acercado por las flores. Al no estar muy lejos de la ciudad, en lugar de hortalizas y verduras, los arrendatarios de Ferndell cultivaban jacintos de los bosques, pensamientos y azucenas, pues veían que los ramilletes frescos que transportaban cada día a Covent Garden les procuraban mayor prosperidad económica. Allí crecían hileras de rosas, cosechas enteras de coreopsis, prados llameantes de cinias y amapolas, todas para Londres. Los campos de flores me hicieron soñar en una ciudad luminosa donde, cada día, las sonrientes doncellas arreglaban ramos frescos en cada una de las estancias de las mansiones, donde las mujeres gentiles y damas de la nobleza adornaban y perfumaban sus peinados, sus vestidos y a ellas mismas, con anémonas y violetas. Londres, donde...

Pero aquel día, las hojas y las flores de los prados estaban como mustias, empapadas por la lluvia, y mis sueños de Londres duraron uno o dos suspiros, evaporándose como la niebla que ascendía desde los campos. Campos vastos. Kilómetros de campos.

¿Dónde estaba madre?

En mi imaginación —no las de Londres, sino las que tratan sobre mamá

—, era yo quien la encontraba, cual heroína, y ella, al rescatarla, levantaba su mirada hacia mí con gratitud y adoración.

Pero eso solo eran sueños y yo, una niña inocente. Hasta el momento, únicamente había inspeccionado una cuarta parte de la hacienda, sin contar las tierras de labranza. Si mamá estaba herida y no podía moverse, exhalaría su último aliento antes de que yo, sin ayuda de nadie, pudiera encontrarla.

Di la vuelta y me apresuré a regresar a casa.

Una vez allí, Lane y la señora Lane se abalanzaron sobre mí como un par de tórtolas sobre su nido: él me desplumó del abrigo calado, del paraguas y las botas, y ella me empujó hacia la cocina para hacerme entrar en calor. Aunque no era la persona indicada para regañarme, no dudó en dejar claro lo que pensaba:

—Solo a un tonto se le ocurriría permanecer tantas horas bajo la lluvia —le dijo a la cocina de carbón mientras levantaba la tapa—. Los resfriados no distinguen entre aristócratas y campesinos. —Esto, a la tetera que ponía a calentar—. La tuberculosis no conoce ni a personas ni a circunstancias. —A la tetera de cerámica. No vi la necesidad de objetar, puesto que no se dirigía a mí concretamente. No hubiese osado decirme nada parecido—. Si alguien quiere ir por libre, ningún problema, pero no debería andar buscando atrapar unas anginas, o pleuritis o neumonía o algo peor. —A las tazas. En ese momento, se dio la vuelta, me miró y cambió su tono de voz—: Disculpe, señorita Enola, ¿desea almorzar? ¿No quiere acercar su silla un poco más a la estufa?

—Si me acerco, me quemaré como una tostada —contesté—. No, no quiero almorzar. ¿Se sabe algo de madre?

Aunque ya sabía la respuesta, puesto que Lane o la señora Lane me hubiesen informado en cuanto hubieran tenido noticias, no pude evitar formular la pregunta.

—Nada, señorita —dijo la señora Lane envolviendo sus manos en el mandil como si estuviera arrullando a un bebé.

—Entonces mejor voy a escribir algunos mensajes —dije mientras me ponía en pie.

—Señorita Enola, la chimenea de la biblioteca no está encendida. Permítame que le traiga sus cosas aquí.

Me alegré de no tener que sentarme en el gran sillón de cuero de esa lúgubre estancia. En la cálida cocina, la señora Lane me acercó el papel con el blasón familiar, el frasco de tinta y la pluma estilográfica del escritorio de la biblioteca, junto con un poco de papel secante.

Mojé la plumilla en el tintero, y en el papel color crema escribí unas breves palabras dirigidas a la policía local, informándoles de la desaparición de mi madre y solicitándoles amablemente que organizaran su búsqueda.

Allí sentada, me quedé pensando si todo aquello era realmente necesario.

Desafortunadamente, sí. No podía postergarlo.

Más sosegada, redacté otro mensaje, que pronto recorrería muchos kilómetros vía cable para ser transcrito por un dispositivo telegráfico:

**LADY EUDORIA VERNET HOLMES DESAPARECIDA DESDE AYER STOP POR FAVOR PIDO  
CONSEJO STOP ENOLA HOLMES**

El destinatario de aquel telegrama era Mycroft Holmes, en Pall Mall, Londres.

Y también envié el mismo mensaje a Sherlock Holmes, en Baker Street, Londres.

Mis hermanos.

## CAPÍTULO SEGUNDO



Tras sorber el té que la señora Lane me había apremiado a tomar, me vestí con unos bombachos secos y me preparé para salir hacia el pueblo a entregar los mensajes.

—Pero, señorita Enola..., si está lloviendo..., se mojará. Dick los llevará —me propuso la señora Lane mientras retorció el mandil con sus manos.

Se refería a su hijo mayor, que realizaba algunos trabajillos en la hacienda, siempre supervisado por Reginald, el collie, que, de alguna manera, era más inteligente que él. En vez de explicar a la señora Lane que no pensaba confiar a Dick un recado de tanta importancia, le dije:

—Aprovecharé para hacer algunas preguntas mientras esté allí. Cogeré la bicicleta.

La mía no era uno de esos velocípedos de rueda alta que te hacían los huesos picadillo, sino una bicicleta de seguridad «enana», muy sólida, con neumáticos con cámara de aire.

Pedaleé a través de la llovizna y me detuve un momento en la caseta del guarda, en la entrada. Ferndell no es tan grande como para considerarla una mansión; tan solo es una casa de piedra que saca pecho, por decirlo de algún modo, pero cuenta con un sendero, una puerta de hierro y, por lo tanto, con una caseta.

—Cooper —dije dirigiéndome al guarda—, ¿puedes abrirme la verja? Y por cierto, ¿recuerdas habérsela abierto ayer a mi madre?

El guarda respondió con una negativa que no escondía su sorpresa ante tal pregunta. No, en absoluto, Lady Eudoria Holmes no había pasado por allí.

Una vez franqueada la puerta, recorrí con la bicicleta la corta distancia que me separaba de la aldea de Kineford.

Tras pasar por la estafeta de correos y enviar los telegramas, dejé mi mensaje en la comisaría, donde tuve oportunidad de hablar con el alguacil antes de comenzar con mis pesquisas. Me detuve en la vicaría, la tienda de comestibles, la panadería, la tienda de dulces, la carnicería y la pescadería, y pregunté, tan discretamente como pude, si alguien conocía el paradero de mi madre. Nadie la había visto. La esposa del vicario, entre otros, me miró y alzó las cejas con extrañeza. Supongo que por mis bombachos. Para montar en bicicleta en público, era obligatorio, como mínimo, llevar una ropa «racional»,\* como una falda impermeable sobre los pantalones, y, en el caso más extremo, una prenda lo suficientemente larga como para taparme los tobillos.

Conocía las críticas que mi madre recibía por no cubrir correctamente cualquier tipo de vulgaridad, desde los cubos de carbón hasta la parte trasera del piano o hasta a mí misma.

Porque yo era una criatura que escandalizaba.

Jamás cuestioné mi desgracia, pues hacerlo hubiera supuesto abordar ciertos asuntos que cualquier «buena chica» debía ignorar. Sin embargo, sí había observado que, cada uno o dos años, la mayoría de mujeres casadas desaparecían en el interior de su casa, y reaparecían varios meses después con una nueva criatura, tal vez hasta que llegaban a la docena, hasta que dejaban de hacerlo o, simplemente, hasta que expiraban. Mi madre, en comparación, solo había engendrado a mis dos hermanos, bastante más mayores que yo. De alguna manera, la contención de la que habían hecho

gala mis padres en el pasado convirtió mi nacimiento algo tardío en un bochorno para un caballero seguidor de los postulados lógico-racionalistas y para su creativa y educada esposa.

Mientras atravesaba Kineford pedaleando de nuevo, las miradas y el alzamiento de cejas ante mis preguntas dieron paso a los cuchicheos. Efectué otra ronda de interrogatorios en la posada, la herrería, el estanco y la taberna, lugares en los que, por otro lado, raramente entraban las «mujeres de bien».

No averigüé nada.

Y a pesar de exhibir la mejor de mis sonrisas y unos modales acordes, casi podía percibir el bullicio que dejaba tras de mí y que crecía con cotilleos, conjeturas y rumores mientras regresaba a Ferndell Hall con los ánimos decaídos.

—Nadie la ha visto —contesté a la mirada muda y llena de preguntas de la señora Lane—, y nadie tiene la menor idea de dónde puede estar.

De nuevo rechacé su invitación a almorzar, aunque ya era casi la hora de la merienda, y subí con desfallecimiento las escaleras hasta la puerta que daba acceso a las habitaciones de mi madre, donde me quedé reflexionando. Mamá siempre cerraba sus aposentos con llave. El señor y la señora Lane eran el único servicio doméstico del que disponíamos, y para ahorrar trabajo a la señora Lane, mi madre se encargaba de la limpieza de sus habitaciones. Rara vez permitía la entrada, aunque dadas las circunstancias...

Decidí entrar.

Puse la mano en el pomo, suponiendo que no cedería y que tendría que salir en busca del señor Lane para que me diera la llave.

Pero el pomo giró.

Y la puerta se abrió.



Y en aquel momento comprendí, como si no lo supiera ya, que todo había cambiado.

Contemplé la sala de estar de mi madre, y en aquel sosiego experimenté más devoción de la que hubiera podido sentir de encontrarme en una capilla. De acuerdo, había leído los libros sobre lógica de padre, y a Malthus y a Darwin. Mis opiniones, como las de mis progenitores, eran racionales y científicas, pero el mero hecho de estar en la habitación de mamá me suscitó la necesidad de creer. En algo. En el alma, tal vez, o en el espíritu.

Mamá había convertido aquella estancia en un santuario del espíritu artístico. De las ventanas colgaban paneles de seda con estampados de flores de loto japonesas, recogidos para que la luz que penetraba en la sala se posara sobre unos elegantes muebles de madera de arce tallada para que pareciera bambú, muy diferente a la excesivamente oscura caoba del salón, donde todo el mobiliario estaba barnizado, las pesadas sargas cubrían las ventanas y, desde los retratos al óleo colgados de sus muros, te observaban las ceñudas miradas de los antepasados. Sin embargo, en los dominios de mi madre, la madera estaba pintada de blanco y de las paredes de color pastel colgaban un centenar de delicadas acuarelas: eran las flores livianas y amorosamente detalladas que pintaba mamá, cada una de ellas no más grande que una cuartilla y rodeada de un ligero marco.

Durante un instante, sentí la presencia de mamá en la habitación, como si hubiese estado allí todo el tiempo.

Ojalá fuera así.

Con delicadeza, como si no quisiera molestarla, caminé de puntillas hacia la habitación adyacente, su estudio, una estancia desnuda, con ventanas desprovistas de cortinas en aras de la luz y un suelo de madera de roble para

facilitar la limpieza. Al inspeccionar el caballete, la mesa inclinada, las estanterías con el papel y los materiales, advertí una caja de madera y fruncí el ceño.

Dondequiera que hubiese ido mamá, no se había llevado su estuche de acuarelas con ella.

Pero yo creía que...

Qué tonta había sido. Debería haber mirado allí en primer lugar. No había salido a pintar flores. Se había marchado, a alguna parte, por algún motivo, y yo, simplemente, lo desconocía. ¿Y cómo había podido pensar que podía encontrarla sin ayuda? Estaba tonta, tonta, tonta.

Con pesadumbre, atravesé el umbral que llevaba al dormitorio de mi madre.

Y, por varias razones, me detuve abruptamente, sorprendida. En primer lugar, y más notable, al ver su brillante y moderna cama de latón sin hacer. Durante todas las mañanas de mi vida, mamá me había obligado a hacer la cama y a asear mi habitación inmediatamente después de desayunar. Estaba segura de que ella jamás dejaría la suya con las sábanas a los pies, los cojines de cualquier manera y la colcha de plumas deslizándose hacia la alfombra persa.

Además, la ropa no estaba en su sitio. El traje marrón de *tweed* que utilizaba para salir a pasear estaba tirado sobre espejo de pie.

Pero si no llevaba puesto su traje habitual para pasear, con aquella falda que se alzaba mediante unas cintas para que solo se mojaran o mancharan las enaguas y que podía regresar a su posición original en el instante en que apareciera un varón en el horizonte, si no llevaba esa prenda tan actual y práctica para el campo, entonces, ¿qué llevaba puesto?

Descorrí las cortinas de terciopelo para permitir el paso de la luz, abrí las puertas del armario y me quedé ahí intentando dilucidar algo del batiburrillo

de ropa que había en su interior: lana, lana peinada, muselina y algodón, y también damasco, seda, tul y terciopelo. Como se podía comprobar, mamá era una librepensadora, una mujer de carácter, una defensora del sufragio femenino y de la reforma del vestido que incluso aprobaba los vestidos suaves y holgados que recomendaban Ruskin y el resto de los seguidores del esteticismo. Sin embargo, tanto si le gustaba como si no, también era la viuda de un caballero y, como tal, tenía ciertas obligaciones. Así que allí, junto a los trajes de paseo y las prendas «racionales», también había vestidos formales para ir de visita, un escotado vestido de noche, una capa para la ópera y un vestido de baile (uno de color púrpura oxidada que había utilizado durante años, puesto que no le importaba ir a la moda). Tampoco tiraba nada. Allí estaba la ropa de luto que había llevado durante el año posterior a la defunción de mi padre. Allí estaba el atuendo de color verde cobrizo que había utilizado durante las ya lejanas cacerías. Allí estaba su traje gris para la ciudad, con una capa que barría las aceras. Allí estaban los abrigos de piel, las chaquetas acolchadas de raso, las faldas de cachemira, blusas y más blusas... Era imposible desentrañar qué prendas faltaban en aquel desbarajuste de malvas, granates, grises azulados, lavandas, olivas, negros, ambarinos y marrones.

Cerré las puertas del armario y me quedé perpleja mirando a mi alrededor.

La habitación estaba completamente desordenada. Las dos mitades de un corsé, también llamadas «ballenas», se encontraban a la vista de todo el mundo sobre el lavamanos de mármol junto con otras prendas íntimas innombrables, y encima del tocador había un objeto que se asemejaba a un cojín o a un puf, hecho de bucles y embrollos de crin blanca. Levanté ese objeto tan peculiar y esponjoso al tacto y, sin comprender qué era o para qué servía, me lo llevé conmigo al abandonar los aposentos de mi madre.

En el vestíbulo del piso inferior, me topé con el señor Lane, que estaba lustrando la madera. Le enseñé lo que había encontrado y le pregunté:

—Lane, ¿qué es esto?

Como mayordomo que era, hizo lo que pudo para no mostrar expresión alguna, aunque tartamudeó ligeramente al responder.

—Eso, hum, es..., es..., un «embellecedor para el vestido», señorita Enola.

¿Un embellecedor para el vestido?

No iba destinado a la parte delantera, eso seguro. Por tanto, debía de ser para la de atrás.

Oh.

En mis manos, en un espacio de la casa por donde todo el mundo transitaba, en presencia de un hombre, sujetaba el innombrable secreto que se escondía en el interior del polisón de una dama, encargado de sostener las telas y los pliegues.

—¡Oh, lo siento! —exclamé mientras notaba que el calor ascendía por mi rostro—. No tenía ni idea. —Como nunca había llevado polisón, jamás había visto semejante objeto—. ¡Mil disculpas!

Pero en aquel mismo momento, una idea apremiante cruzó mi mente y, superando la vergüenza que sentía, pregunté:

—Lane, ¿cómo iba vestida mi madre cuando salió de casa por la mañana?

—Es difícil acordarse, señorita.

—¿Llevaba algún tipo de equipaje o paquete?

—No, señorita.

—¿Ni siquiera un bolsito o una bolsa de mano?

—No, señorita. —Mamá casi nunca llevaba ese tipo de complementos—. Creo que me habría dado cuenta si lo hubiese llevado.

—¿Por casualidad no llevaría un vestido con un, ejem...? —La palabra «polisón» era ciertamente poco indicada en una conversación con un hombre—. ¿Con una cola? ¿Con embellecedor?

Si así era, no hubiese sido nada propio de ella.

Pero los recuerdos se asomaron a los ojos de Lane y asintió:

—No puedo acordarme exactamente de su atuendo, señorita Enola, pero sí recuerdo que llevaba puesta su chaqueta con botonadura en la espalda.

Claro, la chaqueta perfecta para colocar un polisón.

—Y su sombrero gris de copa alta.

Conocía ese sombrero. De apariencia militar, tenía la forma de una maceta puesta del revés. Algunas veces, la gente corriente lo llamaba «tres pisos más planta baja».

—También llevaba su sombrilla de paseo.

Un utensilio largo y de color negro, que servía de apoyo, más robusto que el bastón de un caballero.

Qué extraño que mi madre hubiese salido ataviada con un bastón y un sombrero masculino y que, sin embargo, el polisón, esa cola tan sumamente femenina y coqueta, la siguiera siseando.

## CAPÍTULO TERCERO



Justo antes de la cena, apareció un mozo con la respuesta de mis hermanos:

**LLEGAMOS PRIMER TREN DE LA MAÑANA CHAUCERLEA STOP POR FAVOR RECÓGENOS EN ESTACIÓN STOP M Y S HOLMES**

Chaucerlea, la ciudad más cercana con estación de ferrocarril, estaba a unos dieciséis kilómetros de Kineford.

Para poder llegar a tiempo, tendría que partir al amanecer.

Así que decidí prepararme, y antes de ir a dormir me bañé, lo que me suponía una auténtica molestia, puesto que tenía que arrastrar la bañera metálica de debajo de la cama, ponerla delante del hogar y acarrear cubos de agua escaleras arriba, y después teteras con agua hirviendo que vertía por encima para conseguir que se calentara. La señora Lane no me fue de gran ayuda en todo este proceso, ya que, a pesar de que estábamos en verano, se empeñó en encender la chimenea de mi dormitorio, haciendo saber a la leña, a las brasas y, finalmente, a las llamas de que nadie en su sano juicio se bañaría en un día tan húmedo. También quería lavarme el pelo, pero no podía hacerlo sin la asistencia de la señora Lane, y esta había empezado a quejarse de un repentino ataque de reuma en los brazos mientras decía a las toallas que estaba calentando que «no han transcurrido más de tres semanas desde la última vez y no hace suficiente calor».

En cuanto terminé el baño, me acurruqué en la cama y la señora Lane,

que todavía hablaba entre dientes, colocó botellas de agua caliente a mis pies.

Por la mañana, me cepillé el pelo cien veces seguidas, tratando de que quedara brillante, y me lo recogí con un lazo blanco a juego con mi vestido —por si no lo sabíais, las chicas de clase alta deben ir de blanco, así se puede apreciar cualquier motita de suciedad. Me puse mi vestido más nuevo y menos manchado, y debajo, unos pololos muy bonitos de encaje blanco y las habituales medias negras con unas botas negras que Lane acababa de lustrar.

Después de tanta preparación a esa hora tan temprana, no tuve tiempo para desayunar. Como era una mañana muy fría, tomé un chal del estante del vestíbulo y monté en la bicicleta, pedaleando a toda velocidad para no llegar tarde.

Había descubierto que montar en bici me permitía pensar sin preocuparme de que alguien se percatara de mis muecas y expresiones.

Era un alivio, aunque no un consuelo, el hecho de poder madurar los acontecimientos recientes mientras pasaba velozmente por Kineford y tomaba el camino hacia Chaucerlea.

Me pregunté qué diablos le había pasado a mi madre.

Para alejar aquel pensamiento, me pregunté si tendría problemas en encontrar la estación de tren y a mis hermanos.

Me pregunté por qué diablos mamá había puesto a mis hermanos los nombres de «Mycroft» y «Sherlock». Del revés, se deletreaban «Tforcym» y «Kcolrehs».

Me pregunté si mamá estaría bien.

«En lugar de eso, piensa en Mycroft y Sherlock».

Me pregunté si los reconocería al llegar a la estación. No los había visto desde que tenía cuatro años, en el funeral de padre. Todo lo que podía

recordar de ellos era que me habían parecido muy altos en sus chisteras de crepé negro, y muy severos en sus levitas de color negro, guantes negros, negros brazaletes en señal de luto y negras y brillantes botas de charol.

Me pregunté si padre había fallecido a causa de la mortificación que le provocaba mi existencia, como algunos niños del pueblo me decían, o si había sucumbido a la fiebre y la pleuritis, como afirmaba mamá.

Me pregunté si mis hermanos me reconocerían después de diez años.

Por descontado, conocía la razón por la que no nos habían visitado a madre y a mí, la misma por la que nosotras tampoco lo habíamos hecho: por la vergüenza que había supuesto para la familia mi nacimiento. Mis hermanos no podían permitirse que se los relacionara con nosotras. Mycroft era un hombre ocupado e influyente que trabajaba en Londres al servicio del gobierno, y mi hermano Sherlock era un famoso detective que incluso contaba con un libro que hablaba sobre él: *Un estudio en escarlata*, escrito por su amigo y anterior compañero de piso, el doctor John Watson. Mamá había comprado un ejemplar...

«No pienses en mamá».

... y las dos lo habíamos leído. Desde entonces, soñaba con Londres, con su gran puerto marítimo; Londres, la sede de la monarquía, el corazón de la alta sociedad, y también, según el doctor Watson, «esa gran fosa séptica hacia la que todos los holgazanes y perezosos del Imperio se sienten arrastrados irremediablemente»; Londres, la ciudad en que, según *Black Beauty: autobiografía de un caballo*, otro de mis libros favoritos, hombres vestidos de frac y mujeres adornadas con diamantes asistían a la ópera mientras, en las calles, los despiadados cocheros hacían trabajar a sus caballos hasta la extenuación; Londres, la ciudad en que los académicos leían en el Museo Británico y las multitudes se agolpaban en los teatros para que los discípulos del mesmerismo las hipnotizaran; Londres, la ciudad



en que la gente famosa convocaba sesiones para hablar con los espíritus de los muertos, mientras que otras célebres personalidades intentaban explicar científicamente cómo un espiritualista había conseguido levitar a través de la ventana hacia un carruaje que esperaba en el exterior.

Londres, donde chiquillos sin un penique vestían harapos, corrían salvajes por las calles y no iban a la escuela. Londres, donde los villanos asesinaban a las damas de la noche —no tenía una idea muy clara de quiénes eran estas últimas— y arrebataban a sus bebés para venderlos como esclavos. En Londres había realeza y asesinos. En Londres, había maestros de la música, maestros del arte y maestros del crimen que secuestraban a las criaturas y las obligaban a trabajar en antros de iniquidad. Tampoco tenía una idea clara de qué eran estos últimos, pero sabía que mi hermano Sherlock, contratado en ocasiones por la realeza, se aventuraba en antros de iniquidad para medir su inteligencia con la de rufianes, ladrones y príncipes del crimen. Mi hermano Sherlock era un héroe.

Recordé aquella lista del doctor Watson que enumeraba las veintinueve aptitudes de mi hermano: académico, químico, soberbio violinista, experto tirador, espadachín, diestro con el bastón, púgil y brillante pensador deductivo.

Entonces conformé una lista mental de mis propias cualidades: capaz de leer, escribir y sumar; de encontrar nidos de pájaros; de buscar gusanos y pescar; ah, claro, y de montar en bicicleta.

Ante una comparación tan deprimente, dejé de pensar y presté especial atención a la carretera, puesto que me aproximaba a Chaucerlea. La multitud que se agolpaba en las calles adoquinadas me intimidó. Zigzagueando, traté de abrirme paso por las sucias calles llenas de personas y vehículos nunca vistos en Kineford: carretillas con vendedores de fruta, mujeres con cestas de dulces, niñeras que empujaban carritos de bebé,

multitud de transeúntes que intentaban sortear las carretas, calesas y berlinas, carromatos con cerveza y carromatos con carbón y carromatos con madera, un carruaje, incluso un ómnibus tirado ni más ni menos que por cuatro caballos. Y entre todo esto, ¿cómo se suponía que iba a encontrar yo la estación de ferrocarril?

De repente, vi algo en el cielo gris, erigiéndose sobre los tejados como la pluma de un avestruz en el sombrero de una dama, una pluma de color blanco: el humo de una locomotora de vapor.

Empecé a pedalear hacia allí, y pronto oí un clangor metálico y un rugido chirriante y estridente: la locomotora hacía su entrada. Llegué al andén justo al mismo tiempo.

Tan solo se apearon unos pocos pasajeros, y entre ellos, no tuve dificultad en reconocer a los dos altos londinenses que debían de ser mis hermanos. Iban vestidos con el atuendo habitual para el campo: trajes oscuros de *tweed* con orla trenzada, corbatas de tela suave y bombín. Y guantes de piel. Solo la aristocracia llevaba guantes en pleno verano. Uno de mis hermanos se había engordado un poco y su chaleco de seda sobresalía. Supuse que se trataba de Mycroft, siete años mayor que yo. El otro, Sherlock, enfundado en su traje color carbón y sus botas negras, estaba de pie, recto como un palo y esbelto como un galgo.

Haciendo girar sus bastones, miraban a uno y otro lado como si buscaran algo, aunque su escrutinio me pasó de largo.

Mientras tanto, todos los presentes en el andén los miraban de reojo.

Y para mi fastidio, al apearme de la bicicleta, advertí que estaba temblando. Una de las cintas del encaje de mis pololos se enredó en la cadena, se desgarró y quedó colgando sobre mi bota izquierda. Malditos refinamientos.

Al tratar de recogerla y embutirla hacia dentro, se me cayó el chal.

Aquello no iba a salir bien. Respiré profundamente, dejé el chal sobre la bicicleta, y la bicicleta, apoyada contra la pared de la estación. Me enderecé y me aproximé a los dos londinenses, aunque sin lograr mantener la cabeza alta.

—¿Señor Holmes? —pregunté—. ¿Y, hum, señor Holmes?

Dos pares de ojos grises y astutos se posaron sobre mí. Dos pares de cejas aristócratas se alzaron.

—Me pidieron, hum..., me pidieron que los viniera a recoger —dije.

—¿Enola? —exclamaron al unísono.

Después, en rápida alternancia, dijeron:

—¿Qué haces tú aquí?

—¿Por qué no has enviado el carruaje?

—Deberíamos haberla reconocido; es igualita que tú, Sherlock. —El más alto y esbelto era, entonces, Sherlock. Me gustaba su rostro huesudo, sus ojos de halcón, su nariz aguileña, pero percibí que la mención a nuestro parecido no era un cumplido.

—Pensé que era una de esas chiquillas callejeras.

—¿En bicicleta?

—¿Por qué en bicicleta? ¿Dónde está el carruaje, Enola?

Pestañeé. ¿Carruaje? Un landó y un faetón acumulaban polvo en la cochera; hacía años que no teníamos caballos, no desde que el caballo de caza de mi madre había partido hacia pastos más verdes.

—Supongo que podría haber alquilado caballos —dije lentamente—, pero no hubiese sabido cómo colocarles el arnés o conducirlos.

El corpulento, Mycroft, exclamó:

—Y entonces, ¿para qué pagamos un mozo de cuadra y un peón?

—¿Cómo?

—¿Me estás diciendo que no hay caballos?

—Más tarde, Mycroft. —Con una facilidad pasmosa para dar órdenes, Sherlock llamó a un muchacho que vagabundeaba por allí—. ¡Mozo! Busca una berlina.

Lanzó una moneda hacia el chico, que se arregló la gorra en señal de asentimiento y echó a correr.

—Será mejor que esperemos dentro —dijo Mycroft—. Si nos quedamos aquí afuera, con este viento, el cabello de Enola acabará pareciéndose cada vez más al nido de un grajo. ¿Dónde está tu sombrero, Enola?

Para entonces, de algún modo, se había disipado el momento de decir «¿Cómo están?» o de que ellos dijeran «Qué alegría volver a verte, querida» y darse un apretón de manos o algo por el estilo, aunque yo fuese la vergüenza de la familia. Para entonces, también estaba empezando a darme cuenta de que el «por favor recógenos en estación» era una petición de transporte, no de que acudiera en persona.

Bueno, pues si no deseaban el placer de mi conversación, estaban de suerte, porque me quedé callada y con cara de tonta.

Sherlock me agarró del brazo, me guio hacia el interior de la estación y, continuando con el reproche sobre el sombrero que acababa de lanzar su hermano, dijo:

—¿Y dónde están tus guantes? ¿O cualquier otro tipo de prenda decorosa y decente? Ya eres una joven dama, Enola.

Esa frase me devolvió el habla.

—Acabo de cumplir catorce.

Mycroft, en un tono contrariado y casi lastimero, murmuró:

—Pero yo he estado pagando a la modista para que...

—Deberías llevar falda larga desde los doce —decretó Sherlock en ese estilo imperial suyo tan informal—. ¿En qué estaba pensando tu madre?

Supongo que se habrá marchado con las sufragistas y se habrá abandonado a la causa.

—No sé adónde ha ido —contesté, y para mi sorpresa, porque no había derramado una sola lágrima hasta aquel preciso momento, rompí a llorar.

Se evitó entonces cualquier otra mención a mamá hasta que estuvimos sentados en la berlina, con mi bicicleta sujeta en la parte posterior, meciéndonos camino de Kineford.

—Somos un par de brutos sin tacto —observó Sherlock dirigiéndose a Mycroft mientras me ofrecía un pañuelo enorme y muy almidonado, poco agradable a la nariz. Estaba segura de que pensaban que lloraba por mamá, y era cierto. Pero, en verdad, también lloraba por mí misma.

Enola.

Sola.

Mis hermanos iban sentados codo con codo en el asiento frente a mí, pero no me miraban. Claramente, se avergonzaban de mi persona. Dejé de sorber y gemir unos minutos después de abandonar la estación, aunque fui incapaz de encontrar algo que decir. Una berlina, siendo poco más que una pequeña caja con ruedas y ventanas, no alienta especialmente la conversación, incluso aunque uno se sintiera inclinado a señalar la belleza del paraje, y no era el caso.

—Bien... Enola —dijo Mycroft bruscamente después de un momento—, ¿ya te sientes mejor para explicarnos qué ha ocurrido?

Así lo hice, pero había poco que añadir a lo que ya sabían. Mamá había salido de casa temprano el martes por la mañana y todavía no había regresado. No, no me había dejado ningún mensaje o explicación de ningún tipo. No, no había motivos para creer que hubiera enfermado; su salud era excelente. No, nadie nos había contactado con información sobre su

paradero. No, en respuesta a las preguntas de Sherlock, no había manchas de sangre, huellas o señales de que habían forzado la entrada y no había visto a ningún extraño merodeando por los alrededores. No, nadie había pedido un rescate. Si mamá tenía algún enemigo, yo no lo conocía. Sí, lo había notificado a la policía en la comisaría de Kineford.

—Y así es porque, según puedo observar —remarcó Sherlock inclinándose hacia delante para mirar por la ventana de la berlina al entrar en Ferndell Park—, por ahí andan, junto con todos los holgazanes del pueblo, rebuscando entre la maleza y fisgoneando de la manera más inefectiva.

—¿Esperan encontrarla cobijada bajo algún majuelo? —Mycroft soltó un gruñido al mover su amplio pecho y se inclinó a su vez para mirar. Sus cejas pobladas se alzaron bajo el ala de su sombrero—. Pero ¿qué les ha pasado a las tierras? —gritó.

—¡Nada! —protesté angustiada.

—Precisamente, por lo que parece no les ha ocurrido nada en absoluto durante años. Todo está extremadamente descuidado.

—Interesante —murmuró Sherlock.

—¡Una barbaridad! —se retorció Mycroft—. Hierba de un pie de alto, pimpollos, aulagas, zarzas...

—Eso son rosas silvestres. —A mí me gustaban.

—¿Creciendo en lo que debería ser el patio delantero? Dime, te lo ruego, ¿cómo se gana su jornal el jardinero?

—¿Jardinero? No tenemos ningún jardinero.

Mycroft se volvió hacia mí como si fuera un halcón encorvado.

—¡Por supuesto que sí! Ruggles, ese es su nombre, ¡y le he estado pagando doce chelines a la semana durante los últimos diez años!

Debo confesar que me quedé con la boca abierta, y por varias razones.

¿Cómo podía creer Mycroft que teníamos jardinero? No conocía a nadie que se llamara Ruggles. Además, no tenía ni idea de que Mycroft estuviera enviando dinero. Había dado por sentado que el dinero, como los pasamanos de la escalera, los candelabros y otras piezas del mobiliario, venía con la casa.

—Mycroft —intervino Sherlock—, si hubiese tal personaje, ten por seguro que Enola estaría al corriente.

—Bah, ni siquiera estaba al corriente de...

—No importa, Enola —lo interrumpió Sherlock, dirigiéndose a mí—. Mycroft se pone de bastante mal humor cuando perturban su recorrido habitual entre sus aposentos, su despacho y el Club Diógenes.

—Enola... —dijo su hermano ignorándolo e inclinándose hacia mí con tono interrogador—, ¿de verdad no hay caballos ni mozo de cuadras ni peón?

—No. Quiero decir, sí. —Sí, en realidad, no había.

—Bueno, entonces ¿sí o no?

—Mycroft —interrumpió Sherlock—, la cabeza de la muchacha, como observarás, es más bien pequeña en comparación con la altura de su cuerpo. Déjala tranquila. No sirve de nada que la confundas y la molestes, y más cuando lo podrás comprobar por ti mismo enseguida.

En efecto. Justo en aquel momento, la berlina alquilada se detuvo ante Ferndell Hall.

## CAPÍTULO CUARTO



Al entrar en los aposentos de mi madre en compañía de mis hermanos, advertí que encima de la mesita auxiliar había un jarrón japonés con flores. Sus pétalos se estaban volviendo marrones. Mamá debía de haber colocado aquel ramillete uno o dos días antes de desaparecer.

Cogí el jarrón y lo sostuve entre mis brazos.

Sherlock Holmes pasó por mi lado como un torbellino. Había rechazado el saludo de bienvenida de Lane, había declinado la taza de té ofrecida por la señora Lane; ni siquiera se había permitido hacer una pausa antes de dar comienzo a su investigación. Después de echar una ojeada al luminoso y aireado saloncito de mi madre, decorado con sus muchas acuarelas de flores, atravesó a zancadas el estudio y se dirigió a la alcoba. Desde allí profirió una aguda exclamación.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mycroft, que en aquel momento se paseaba tranquilamente por las estancias después de haber charlado durante unos momentos con Lane al dejar su bastón, sombrero y guantes al cuidado del mayordomo.

—¡Deplorable! —se quejó Sherlock desde la lejana habitación refiriéndose, como yo suponía, al desorden en general y a las prendas íntimas innombrables en particular—. ¡Indecente! —Sí, definitivamente estaba aludiendo a las innombrables. A zancadas, abandonó el dormitorio y se plantó en el estudio—. Al parecer, salió a toda prisa.



«Al parecer», pensé.

—O quizá se haya vuelto más descuidada en sus hábitos personales —añadió más calmado—. Al fin y al cabo, tiene sesenta y cuatro años.

El jarrón de flores que sostenía entre mis brazos despedía un olor de agua estancada y tallos en descomposición. Recién colocado y fresco, su aroma debía de haber sido maravilloso. Como observé, las flores, ahora mustias, eran guisantes de olor.

Y cardos.

—¿Guisantes de olor y cardos? —exclamé—. ¡Qué raro!

Ambos hombres fijaron sus ojos en mí no sin cierta exasperación.

—Tu madre era rara —dijo Sherlock bruscamente.

—Y todavía lo es, presumiblemente —añadió Mycroft con algo más de tacto y saliendo en mi ayuda, a juzgar por la mirada de advertencia que le lanzó a su hermano.

Así que ellos, al igual que yo, también pensaban que podía haber... fallecido.

—Por la manera en que dejó sus cosas, parece ser que ha pasado de la rareza a la demencia senil —dijo Sherlock en el mismo tono huraño.

Aunque todo el mundo lo considerara un héroe, él, y sobre todo sus modales, estaban empezando a irritarme. Y a afligirme: ¿cómo podía mostrarse tan frío? Mi madre era también su madre.

Entonces no sabía, y no tenía modo de saberlo, que Sherlock Holmes vivía en una especie de nube fría y sombría. Padecía melancolía, y a veces le sobrevenían ataques de tal severidad que se negaba a levantarse de la cama durante una semana o más.

—¿Demencia senil? —preguntó Mycroft—. ¿No puedes llegar a una deducción más provechosa?

—¿Como qué?

—Tú eres el detective. Limpia esa lupa tuya. Detecta.

—Ya lo he hecho. Aquí no hay nada más que investigar.

—¿Y afuera?

—¿Después de un día de lluvia? No habrá ninguna huella que indique qué camino tomó la muy insensata.

Desalentada por su tono y por este último comentario, me fui escaleras abajo a llevar el jarrón de flores marchitas a la cocina.

La señora Lane, cepillo de cerdas en mano, estaba agachada en el suelo y restregaba las tablas de roble con tanto ahínco que sospeché que su ánimo también estaba alterado.

Arrojé el contenido del jarrón japonés en el cubo de madera para los desperdicios, encima de algunas mondaduras de verduras.

Apoyada en sus manos y rodillas, la señora Lane le dijo al suelo:

—Vaya, con las ganas que tenía de ver de nuevo al señor Mycroft y al señor Sherlock...

Mientras la señora Lane seguía hablando, deposité el jarrón de arcilla verde en el fregadero de madera revestida de plomo y abrí el grifo de la cisterna para llenarlo de agua.

—Pero de nuevo la misma historia, la misma estúpida disputa —continuó—. Nunca tienen una palabra amable para su madre, y ella quizás esté tirada por ahí fuera...

Su voz se quebró. Yo no dije nada, para no disgustarla todavía más. Mientras seguía sollozando y restregando el suelo, la señora Lane declaró:

—No me extraña que estén solteros. Siempre tienen que salirse con la suya. Se creen que están en su derecho. No podrían soportar a una mujer de carácter.

Una de las numerosas campanas suspendidas en alambres ensortijados encima de los fogones tintineó.

—Y ahora, la campanilla del salón de mediodía. Supongo que deben ser ellos que quieren almorzar, y yo, restregando el suelo arremangada hasta los codos...

Como no había desayunado, hasta a mí me apetecía comer. También me apetecía saber qué ocurría. Salí de la cocina y me dirigí hacia el salón.

Sentados a la pequeña mesa de aquella estancia informal, Sherlock fumaba una pipa y miraba fijamente a Mycroft, que estaba frente a él.

—Las dos mentes más brillantes de Inglaterra deberían ser capaces de raciocinar este asunto —decía Mycroft—. ¿Se marchó madre voluntariamente o planeaba regresar? El desorden en su habitación...

—Bien puede significar que salió impulsivamente y con prisas, o bien puede reflejar la innata desprolijidad de la mente femenina —lo interrumpió Sherlock—. ¿De qué sirve la razón cuando tratamos con una mujer, y más con una cuyas facultades mentales estén posiblemente alteradas?

Ambos dirigieron la mirada hacia mí cuando entré en la habitación, esperando confiados que se tratara de una doncella, aunque para entonces ya deberían haber sabido que no había ninguna.

—¿Y el almuerzo? —preguntó Mycroft.

—Quién sabe —contesté mientras me unía a la mesa con ellos—. La señora Lane está de un humor incierto.

—No me digas.

Estudié a mis altos, guapos (al menos para mí) y brillantes hermanos. Los admiraba. Deseaba que me cayeran bien. Quería que ellos me...

«Tonterías, Enola. Te apañarás muy bien sola».

Mis hermanos no me prestaron más atención.

—Te puedo asegurar que madre ni está senil ni demente —dijo Mycroft a Sherlock—. Ninguna mujer senil podría haber recopilado los balances económicos que me ha estado enviando durante los últimos diez años,

perfectamente ordenados y claros, en los que se detallaban los gastos de instalación de un baño...

—Que no existe —interrumpió Sherlock con mofa.

—... y de un retrete...

—Que tampoco existe.

—... y con los constantes aumentos de sueldo de sirvientes, doncellas, cocineras, del servicio diario...

—Inexistentes.

—... del jardinero, del ayudante del jardinero, del manitas...

—También inexistentes, a menos que tengamos en cuenta a Dick.

—Que es un poco de todo —coincidió Mycroft. Sin duda, se trataba de una broma, pero no vi ni un atisbo de sonrisa en los rostros de mis hermanos.

—Me sorprende que madre no haya apuntado en su lista de gastos a un tal Reginald Collie, del que se podría afirmar que también pertenece al servicio. Ha incluido a caballos y ponis imaginarios, carruajes imaginarios, un cochero, peones, mozos de cuadra...

—No se puede negar que nos ha estado engañando del modo más lamentable.

—... y para Enola, un profesor de música, una profesora de danza, una institutriz...

En aquel momento, intercambiaron una mirada llena de asombro, como si a un problema de lógica le hubiera salido cara y pelo, y se ambos giraron a un tiempo, fijando sus ojos en mí.

—Enola —me preguntó Sherlock—, al menos has tenido institutriz, ¿verdad?

No, no la había tenido. Mamá me había enviado a la escuela con el resto de los niños del pueblo, y después de haber aprendido todo lo que había que

aprender allí, me dijo que consideraba que lo haría muy bien por mi cuenta, y yo pensaba que así había sido. Había leído todos los libros de la biblioteca de Ferndell Hall, desde *Jardín de versos para niños*, de Robert Louis Stevenson, hasta todos los tomos de la *Enciclopedia Británica*.

Como titubeé, Mycroft reformuló la pregunta:

—¿Has recibido la educación que corresponde a una joven señorita?

—He leído a Shakespeare —contesté— y a Aristóteles; también a Locke, las novelas de Thackeray y los ensayos de Mary Wollstonecraft.

Se quedaron helados. Si les hubiese dicho que había aprendido algún arte circense, como el trapecio, no creo que se hubieran horrorizado tanto.

Entonces, Sherlock se volvió hacia Mycroft y dijo suavemente:

—Es culpa mía. No se puede confiar en una mujer. ¿Por qué hacer una excepción con tu propia madre? A pesar de las molestias que me hubiese ocasionado, tendría que haber venido una vez al año para ver cómo iba todo.

—Al contrario, querido Sherlock —respondió Mycroft, con una voz tan suave y triste como la de su hermano—, soy yo el que no ha cumplido con su responsabilidad. Yo soy el mayor...

Se oyó un discreto carraspeo, y Lane entró con una bandeja de sándwiches de pepino, fruta cortada y una jarra de limonada. Durante unos momentos, mientras se servía el almuerzo, se produjo un agradable silencio, el cual aproveché para estructurar una pregunta que lancé una vez Lane se hubo retirado.

—¿Qué tiene que ver todo esto con el paradero de madre?

En lugar de responderme, Mycroft centró toda su atención en el plato que tenía delante.

Mientras tanto, Sherlock tamborileaba, arrugando el almidonado mantel de encaje.

—Estamos formulando una teoría —dijo finalmente.

—¿Y cuál es?

Silencio de nuevo.

—¿Voy a volver a ver a mi madre o no? —pregunté.

Ninguno de los dos osaba mirarme, pero después de un momento que pareció una eternidad, Sherlock se dirigió a su hermano y dijo:

—Mycroft, creo que tiene derecho a saberlo.

Mycroft suspiró, asintió, depositó lo que quedaba de su tercer sándwich en el plato y me miró.

—Estamos tratando de determinar —dijo— si lo que acaba de ocurrir guarda algún tipo de relación con lo que sucedió después de que padre mu... ejem, después de que padre falleciera. Supongo que no lo recordarás.

—Tenía cuatro años —contesté—. Lo único que recuerdo son los caballos negros.

—Así es. Bien, durante los días siguientes al entierro hubo cierto desacuerdo...

—Por decirlo con delicadeza —interrumpió Sherlock—. El término «batalla campal» me parece más adecuado.

Mycroft lo ignoró y continuó.

—... cierto desacuerdo sobre cómo administrar la propiedad. Ni Sherlock ni yo queríamos vivir aquí, así que madre pensó que debía beneficiarse directamente de las rentas y continuar administrando Ferndell Park.

Bueno, ella era quien lo administraba, ¿no? Sin embargo, Mycroft parecía considerarlo una idea absurda.

—Yo soy el primogénito, de modo que la propiedad es mía —continuó— y madre nunca lo discutió, pero parecía no entender por qué no debería administrarla en mi lugar, en vez de al contrario. Cuando Sherlock y yo le recordamos que, legalmente, ni siquiera tenía derecho a vivir aquí sin mi

permiso, no quiso entrar en razones y dejó bien claro que ya no éramos bien recibidos en el lugar que nos vio nacer.

Oh. Dios mío. La cabeza me empezó a dar vueltas, como si estuviera boca abajo, colgando de la rama de un árbol por las rodillas. Durante toda mi vida, había creído que mis hermanos guardaban las distancias a causa de mi vergonzosa existencia, cuando lo que estaban diciendo era que... ¿una disputa con mi madre?

No podía saber cómo se sentía Mycroft respecto a aquella revelación. O Sherlock.

Tampoco podía describir exactamente cómo me sentía yo, aparte de perpleja. Pero algo secreto aleteó en mi corazón como si fuera una mariposa.

—Le enviaba una asignación mensual —continuó Mycroft—, y ella me escribió una carta bastante formal reclamando un aumento. Respondí solicitándole los detalles de cómo gastaba el dinero, y me los envió. Sus continuas peticiones de fondos adicionales parecían tan razonables que jamás me negué. Pero, como hemos descubierto, sus cuentas eran ficticias. Y, ejem, no tenemos ni idea de qué ha pasado con todo ese dinero.

—Pero tenéis una teoría, ¿verdad? —dije, dándome cuenta de sus titubeos.

—Sí. —Respiró profundamente—. Creemos que lo ha estado guardando durante todo este tiempo mientras planeaba su escapada. —Volvió a respirar, incluso más lentamente—. Creemos que ha tomado lo que ella consideraba su dinero y, ejem, que se ha ido a alguna parte para... bueno, para faltarnos al respeto, por así decirlo.

¿Qué demonios estaba diciendo? ¿Que mamá me había abandonado? Permanecí sentada con la boca abierta.

—Apiádate de la capacidad craneal de la muchacha, Mycroft —murmuró

Sherlock a su hermano, y dirigiéndose a mí, dijo—: Enola, en pocas palabras, creemos que ha huido.

Pero... pero aquello era absurdo, imposible. Ella nunca me hubiese hecho eso.

—No —espeté—. No puede ser.

—Piensa, Enola —dijo Sherlock sonando como mamá—. Toda la lógica apunta hacia esa conclusión. Si estuviera herida, la habrían encontrado durante la batida, y si hubiera sufrido un accidente, nos habríamos enterado. No hay razón alguna para que alguien pretenda hacerle daño, y no hay señales de una mano criminal. No hay razón alguna para que alguien se la haya llevado por la fuerza, excepto la del rescate, y nadie lo ha reclamado. —Hizo una pausa para tomar aliento antes de continuar—. Sin embargo, sí tenemos razones para pensar que está viva, sana y salva y haciendo lo que le viene en gana...

—Como siempre —añadió Mycroft.

—... Puede que el desorden en su dormitorio no sea más que otra de sus astucias.

—Con el objetivo de desorientarnos, evidentemente —coincidió Mycroft—. De hecho, parece haber estado tramándolo y planeándolo todo durante años.

Me erguí en el asiento como si fuera el silbato de una locomotora.

—Pero si tuvo la oportunidad de huir en cualquier momento —me lamenté—, ¿por qué lo hizo el día de mi cumpleaños?

Ahora les tocaba a ellos quedarse sentados con la boca abierta. Había conseguido superarlos.

Sin embargo, justo mientras saboreaba aquel momento de triunfo, recordé con un estremecimiento que mamá había ordenado a la señora Lane



que me diera los regalos en caso de que ella no regresara a tiempo para el té.

O en caso de que no volviera jamás.

## CAPÍTULO QUINTO



Con los ojos llenos de lágrimas, me levanté de la mesa y me disculpé con cierta prisa del almuerzo.

Necesitaba salir. El aire fresco calmaría mis exaltados sentimientos. Me detuve para coger el nuevo set de dibujo que mamá me había regalado, atravesé el umbral de la puerta de la cocina y me dirigí corriendo por el huerto hacia la zona boscosa de la propiedad, dejando atrás los establos vacíos y los pastos descuidados. Llegué allí sin aliento, y al caminar entre los robles, empecé a sentirme un poco mejor.

Al parecer, estaba sola. La policía y la batida de búsqueda habían continuado hacia campos más lejanos y hacia los páramos.

El bosque hacía pendiente, y cuando llegué abajo, me encontré en mi lugar favorito: una hondonada rocosa donde los helechos recubrían las piedras como si fuera el vestido de noche verde de una dama, cuya cola se arrastraba hasta un arroyo guijarroso que formaba un pequeño estanque bajo un sauce inclinado. Ignorando mi vestido y los pololos, me encaramé sobre las rocas y los helechos hasta alcanzar el sauce, cuyo tronco abracé, depositando mi mejilla en su corteza musgosa. Después, me agaché esquivando las ramas y gateé hasta un hueco sombreado entre el enorme árbol colgante y el riachuelo.

Aquel fresco recodo era mi escondite secreto; solo yo lo conocía. Allí almacenaba todos aquellos objetos que me gustaban, objetos que la señora

Lane habría tirado a la basura si los hubiese llevado a casa. Con los ojos acostumbrándose poco a poco a las sombras, me instalé en mi madriguera y contemplé a mi alrededor los pequeños estantes que yo misma había construido con piedras. Sí, allí estaban mis conchas de caracol, mis guijarros de colores, mis capuchones de bellota, algunas alegres plumas de arrendajo, un gemelo y un medallón roto y otros muchos tesoros que había encontrado en los nidos de las urracas.

Con un suspiro de alivio, me hice una bolita, apoyando la barbilla contra mis rodillas de la forma menos apropiada para una dama, me abracé las espinillas y contemplé los remolinos que a mis pies formaba el agua. En el estanque nadaban algunos alevines de trucha. En otras ocasiones, al observar su frenética actividad, de un lado a otro, de un lado a otro, conseguían hipnotizarme hasta el aturdimiento.

Pero hoy no. Solo podía pensar en qué había sido de mamá, en cómo volvería a casa y ella no estaría para recibirme, pero mis hermanos sí, y en cuanto me vieran con el vestido completamente enlodado dirían...

«Al diablo con ellos».

Me arrodillé en la tierra y abrí mi nuevo set de dibujo para coger un lápiz y varias hojas de papel en blanco. En una de ellas dibujé un retrato apresurado y no muy agraciado de Mycroft, con sus polainas y su monóculo, y la gruesa correa de su reloj de bolsillo serpenteando por su prominente chaleco.

A continuación realicé un dibujo igualmente rápido de Sherlock, todo él piernas desgarbadas y nariz y barbilla.

Entonces quise dibujar a mamá, porque también estaba enfadada con ella. Quería esbozarla con el aspecto que, según imaginaba, debía de tener el día que se marchó: con ese sombrero que parecía una maceta del revés, esa chaqueta de botonadura trasera y el polisón, todo tan ridículo...

Y no se había llevado su estuche de pintura.

Y no tenía intención de regresar para mi fiesta de cumpleaños.

Lo había planeado. Por mucho que me doliera, había llegado el momento de aceptarlo.

Maldita sea. Durante todo el tiempo que yo había estado buscándola muerta de miedo, ella tan campante, disfrutando de su aventura sin mí.

Debería alegrarme de saber que estaba viva.

Sin embargo, era más bien al contrario. Me sentía miserable.

Me había abandonado.

¿Por qué no se había librado de mí en primera instancia? Podría haberme metido en un canasto y dejarme frente a cualquier puerta nada más nacer.

¿Por qué me había abandonado precisamente ahora?

¿Adónde podría haber ido?

En lugar de dibujar, me senté a recapacitar. Dejé a un lado mis bosquejos y anoté una lista de preguntas:

*¿Por qué mamá no me había llevado con ella?*

*Si tenía que recorrer cierta distancia, ¿por qué no había utilizado su bicicleta?*

*¿Por qué se había vestido con aquella ropa tan extraña?*

*¿Por qué no salió por la verja?*

*Si fue a campo través, ¿hacia dónde se dirigía?*

*De nuevo, suponiendo que hubiera encontrado un medio de transporte, ¿hacia dónde se dirigía?*

*¿Qué había hecho con todo el dinero?*

*Si estaba huyendo, ¿por qué no se había llevado equipaje?  
¿Por qué se había marchado justo el día de mi cumpleaños?  
¿Por qué no se había despedido de mí ni había dejado una nota que explicara su partida?*

Dejé el lápiz y contemplé los remolinos en el arroyo, los alevines que bajaban por la corriente como lágrimas negras.

Entre la maleza que flanqueaba el sauce, algo crujió. Justo cuando miré hacia allí, una cabeza peluda y conocida se asomó a mi escondite.

—Oh, Reginald —me quejé—. Déjame sola.

Pero me incliné hacia el viejo collie, que empujó su hocico ancho y plano hacia mi cara, moviendo la cola mientras yo abrazaba su enmarañado cuello.

—Gracias, Reginald —dijo una voz refinada.

Levanté la vista y me encontré con mi hermano Sherlock.

Sobresaltada, alejé a Reginald y busqué los papeles que había dejado en el suelo. Sin embargo, no fui lo suficientemente rápida. Sherlock los recogió primero.

Boquiabierto, examinó los dibujos que había hecho de Mycroft y de él mismo, y luego echó la cabeza hacia atrás y empezó a reír a carcajadas casi silenciosas pero sinceras, sacudiendo su cuerpo hasta que tuvo que sentarse en un saliente de la roca junto al sauce para recuperar el aliento.

Yo estaba roja de vergüenza, pero él seguía sonriendo.

—Buen trabajo, Enola —dijo riéndose entre dientes en cuanto pudo articular palabra—. Tienes un don para la caricatura. —Me devolvió los esbozos—. Quizá sería recomendable que Mycroft no los viera.

Con la cabeza gacha y las mejillas sonrojadas, deslicé las hojas al fondo

del set de dibujo.

—Supongo que ya imaginas que un día este árbol acabará por caer dentro del agua. Es mejor que no estés debajo cuando eso ocurra.

Al menos no se estaba burlando de mi escondite, aunque sentí un leve reproche en sus palabras y la petición indirecta de que saliera. Frunciendo el ceño, así lo hice.

—¿Qué es esa hoja de papel que tienes en las manos? —preguntó—. ¿Puedo verla?

La lista. Se la alcancé, diciéndome a mí misma que ya no me importaba lo que pensara de mí.

Mientras la leía, me senté, desplomándome sobre otra roca tapizada de helechos.

Prestó una especial atención a mi lista. En verdad, la estaba sopesando, con una expresión bastante seria en su severo rostro con nariz de halcón.

—Ciertamente, has tenido en cuenta los principales aspectos —dijo finalmente con cierto aire de sorpresa—. Creo que podemos deducir que no salió por la puerta porque no quería que el guarda viera qué dirección tomaba. Y no fue por los caminos por la misma razón, ya que podía encontrarse con algún testigo. Ha sido lo suficientemente inteligente como para no proporcionarnos ni una sola pista de si se ha dirigido hacia el norte, el sur, el este o el oeste.

Me erguí en mi asiento improvisado y asentí, sintiéndome infinitamente mejor. Mi hermano Sherlock no se había mofado de mis cavilaciones. De hecho, las comentaba conmigo.

En aquel momento, empecé a intuir qué podía ser esa mariposa sin nombre que revoloteaba en mi corazón.

Había comenzado a experimentarla al descubrir que el origen de las desavenencias de mis hermanos estaba en mi madre, y no en mí.

Era... una esperanza, un sueño; un deseo, en realidad. De que quizá podía haber una oportunidad.

Quería que mis hermanos... Aunque no me atrevía a pensar en términos afectivos, deseaba que ellos, de algún modo, sintieran un poco de cariño por mí.

—Y en lo que respecta a tus otras dudas, Enola —decía Sherlock mientras tanto—, espero ser capaz de esclarecerlas en breve.

Asentí de nuevo.

—Hay algo que no entiendo. Yo también interrogué a Lane sobre cómo iba vestida tu madre, pero no consigo ver qué tenía de extraño.

Me sonrojé, recordando la metedura de pata con Lane.

—El, ejem, relleno... —alcancé a murmurar.

—Ah, el polisón. —No había ningún problema en que él dijera esa palabra—. Como le dijo el caníbal a la esposa del misionero: «Señoras, ¿son ustedes todas deformes?». Bueno, el modo en que las damas deciden adornarse no nos atañe. Los caprichos del sexo débil desafían cualquier lógica. —Se encogió de hombros y zanjó el tema—. Enola, regreso a Londres en una hora, y es por este motivo que he salido a buscarte, para despedirme de ti y decirte que ha sido un placer verte después de todos estos años.

Me tendió la mano... enguantada, por supuesto. Yo la retuve un instante. No podía articular sonido alguno.

—Mycroft se quedará aquí durante unos pocos días más —continuó Sherlock—. Parece que de momento soporta el no poder frecuentar su querido Club Diógenes.

—¿Qué harás en Londres? —le pregunté después de tragar saliva y recuperar mi voz.

—Denunciaré la desaparición ante Scotland Yard. Buscaré en las listas de

pasajeros de las compañías de barcos de vapor a mujeres que viajen solas en el caso de que, según nuestras hipótesis, nuestra errante madre haya abandonado Inglaterra hacia el sur de Francia o hacia alguna meca artística similar... o quizás haya emprendido peregrinación a algún santuario de las sufragistas. —Me dirigió una mirada llena de franqueza—. Enola, tú la conoces mejor que yo. ¿Dónde crees que ha podido ir?

¿El gran Sherlock Holmes quería saber lo que yo pensaba? Pero no tenía nada que ofrecer. Era, al fin y al cabo, una muchacha con una capacidad craneal minúscula. Sentí de nuevo cómo el calor me subía por el cuello hacia las mejillas y negué con la cabeza.

—Bueno, el informe de la policía no ofrece pista alguna sobre su paradero, así que me marchó. —Se puso en pie, inclinando el ala de su sombrero no especialmente hacia mí, sino a modo de cortesía—. Anímate —me dijo—. No hay indicios para pensar que haya sufrido algún daño.

A continuación, balanceando su bastón y como si estuviera ascendiendo los peldaños de mármol de la escalera de un palacio de Londres, trepó con solemne agilidad por las rocas de la hondonada. Al llegar a la cima, levantó su bastón y, sin darse la vuelta, lo agitó a modo de despedida o como si me ordenara retirarme. Después, se alejó a zancadas hacia la casa, con el perro acompañándolo fielmente al trote.

Lo seguí con la mirada hasta que desapareció entre los árboles del bosque. Ya intuía que no volvería a hablar con él de nuevo durante un largo periodo de tiempo. Y no por su culpa.

En cuanto regresé a casa, fui en busca del objeto al que Lane se había referido como un «embellecedor para el vestido». Lo encontré en el vestíbulo principal, donde lo había dejado de la manera menos apropiada.



Me pregunté por qué mamá, en lugar de colocarlo en el interior del polisón, había dejado aquel cojín de plumas sobre su tocador.

Mientras reflexionaba, lo cogí y subí escaleras arriba para dejarlo de nuevo en su dormitorio en caso de que lo buscara si...

¿Regresaba?

Sin embargo, no había motivo alguno para pensar que iba a regresar.

Al fin y al cabo, era ella quien había decidido marcharse. Por voluntad propia.

Me hundí entre los recios brazos de madera de una de las sillas del pasillo y me dejé caer sobre el relleno de crines erizadas, abandonándome a una especie de sopor en el que me mantuve durante un buen rato.

Finalmente alcé la cabeza. Mi mandíbula estaba tensa por las ideas de venganza que pasaban por mi mente: si mamá me había abandonado, bien podía echar mano al contenido de sus aposentos.

Era una decisión motivada en parte por el rencor y en parte por necesidad: había arruinado mi vestido y necesitaba otro. Los pocos que tenía, en el pasado de color blanco, eran mucho peores, con un tono que oscilaba entre el verde y amarillo y salpicados de manchas de suciedad y grasa. Escogería alguna prenda del armario de mamá.

Me erguí, atravesé con dos pasos el pasillo del piso superior, me planté ante la puerta de los aposentos de mi madre y giré el pomo.

No sirvió de nada. La puerta estaba cerrada con llave.

Aquel estaba siendo un día realmente inaguantable. Me incliné en el pasamanos acechando las escaleras y con una voz desagradable grité:

—¡Lane!

—¡Chis! —Ante mi sorpresa (podría haber estado en cualquier lugar de la casa, desde la chimenea hasta la bodega), el mayordomo apareció al instante justo debajo de donde yo estaba.

—Señorita Enola —me dijo, indicándome con un dedo enguantado sobre los labios que guardara silencio—, el señor Mycroft está haciendo la siesta.

Puse los ojos en blanco y le hice señas a Lane para que subiera. Una vez lo tuve ante mí, le dije en voz baja:

—Necesito entrar en los aposentos de madre.

—El señor Mycroft ha dado orden de que esas habitaciones permanezcan cerradas con llave.

Mi irritación dio paso al asombro.

—¿Y a santo de qué?

—No soy quién para preguntar, señorita Enola.

—Muy bien. No necesito la llave si usted me abre.

—Debería pedir permiso al señor Mycroft para hacerlo, señorita Enola, y si lo despierto, seguro que se enojará. El señor Mycroft ha ordenado...

El señor Mycroft esto, el señor Mycroft aquello, el señor Mycroft podía ir y sumergir su cabeza en uno de los barriles para recoger el agua de lluvia. Compuse una sonrisa forzada y lancé el embellecedor para el vestido hacia Lane.

—Necesito devolver esto a su sitio.

El mayordomo enrojeció, lo que me causó una gran satisfacción, ya que nunca antes le había visto hacerlo.

—Además —continué suavemente entre dientes—, necesito buscar en el armario de mi madre algo que ponerme. Si bajo a cenar con este vestido, el señor Mycroft estará más que enojado. Sacará espuma por la boca. Abra la puerta.

Sin mediar palabra, Lane transigió a mi demanda, aunque se guardó la llave y se quedó en pie en el umbral de la puerta, esperándome.

Así que, poseída por el espíritu de la perversidad, me tomé mi tiempo, aprovechando para inspeccionar los vestidos de mi madre y reflexionar

también sobre aquel nuevo cambio en la situación. Puerta cerrada de los aposentos de mamá, entrada solo bajo autorización de Mycroft... Todo aquello era inaceptable.

Tal vez mamá había dejado su llave por algún sitio.

El pensamiento me horrorizó, ya que, si hubiese tenido en mente regresar, al vestirse para salir habría cogido la llave.

Por lo tanto, el hecho de haberla dejado allí solo podía significar una cosa.

Tardé unos instantes y varias inhalaciones profundas en alcanzar su traje de paseo, que todavía colgaba del espejo de pie.

Encontré la llave enseguida, en uno de los bolsillos de la chaqueta.

Sentí su peso en mi mano. Me quedé en pie, contemplándola como si nunca antes la hubiese visto. De mango ovalado y, en el otro extremo, rectangular y dentada. Qué peculiar y frío objeto de hierro.

Entonces... regresar no estaba en sus planes.

Sin embargo, aquel odioso esqueleto de metal se había convertido de repente en mi más preciada posesión. Aferrándome a la llave, oculté la mano bajo uno de los vestidos del armario de mi madre y salí.

—Ya he terminado, Lane —le dije sin gracia.

Y él, una vez más, cerró la puerta.

Durante la cena, Mycroft tuvo la cortesía de no hacer ningún comentario sobre mi atuendo prestado: un holgado vestido de noche de estilo estético que dejaba al descubierto mi cuello pero que colgaba del resto de mi cuerpo como una sábana de un palo de escoba. Aunque era tan alta como mamá, carecía de su figura femenina y, en cualquier caso, había elegido el vestido por el color (un tono melocotón con matices en crema que me encantaba), no porque pensara que me quedaba bien. Arrastraba un poco por el suelo,

pero ya me parecía bien, puesto que escondía mis botas de niña. Había utilizado una pretina para dar un poco de forma a mi cintura, me había puesto un collar e incluso había intentado arreglarme el cabello, aunque su indefinido tono castaño no lo hacía especialmente atractivo. En conjunto, seguro que parecía una niña jugando a disfrazarse de mayor, y yo era consciente de ello.

Aunque Mycroft no dijo nada, no estaba complacido en absoluto. Tan pronto como el pescado estuvo servido, me dijo:

—He solicitado que venga una modista de Londres para proporcionarte ropa adecuada.

Asentí. Estaría bien tener varias prendas nuevas y, si no me gustaban, siempre podía volver a mis cómodos bombachos una vez Mycroft se girara de espaldas. Sin embargo, dije:

—Hay una modista aquí mismo, en Kineford.

—Sí, lo sé. Pero la modista de Londres sabrá exactamente qué necesitas para el internado.

¿De qué estaba hablando?

—No voy a ir a ningún internado —dije bastante calmada.

—Desde luego que vas a ir, Enola —respondió él con igual calma—. He enviado las solicitudes a diversas instituciones exquisitas para señoritas jóvenes.

Madre me había hablado de aquellas instituciones. Las revistas sobre el vestido racional que leía estaban llenas de advertencias sobre sus prácticas a favor de la figura «reloj de arena». En una de aquellas «escuelas», la directora ceñía un corsé a la cintura de cada muchacha que se matriculaba, y allí se quedaba, día y noche, mientras caminaba o dormía, excepto durante una hora a la semana, que permitía que se lo quitara para sus «abluciones», es decir, para que pudiera darse un baño. Después se reemplazaba por otro,

todavía más ceñido, privando a la que lo llevaba de respirar con normalidad, con lo que la turbación más ligera provocaba que cayera de bruces desmayada. Y aquello se consideraba «encantador». Y también moral, siendo el corsé «un celador siempre presente que imponía la práctica del autocontrol a quien lo vestía»; en otras palabras, haciendo imposible que la malhadada víctima se encorvara o relajara su postura. Los corsés modernos, a diferencia de los viejos modelos con ballenas que poseía mi madre, eran tan largos que se fabricaban en acero para que no se rompieran, y su rigidez desplazaba los órganos internos y deformaba la caja torácica. Una de las costillas encorsetadas de una de las estudiantes le había perforado un pulmón, causando finalmente su defunción. Yacía en el ataúd, sí, pero su cintura medía treinta y ocho centímetros.

Todos estos pensamientos cruzaron mi mente en un instante mientras mi tenedor caía sobre el plato con estrépito. Permanecí sentada, estupefacta y asustada por el horror de mi situación, pero incapaz de mostrar mi rechazo. Era impensable hablar de tales intimidades de la forma femenina con un hombre. Tan solo pude susurrar:

—Pero, madre...

—No hay certeza alguna de que tu madre tenga intención de regresar en algún momento del futuro próximo y yo no puedo quedarme aquí indefinidamente. —Gracias a Dios, pensé—. Y tú no puedes permanecer aquí sola vegetando, ¿verdad, Enola?

—¿No van a quedarse Lane y la señora Lane?

Mycroft frunció el entrecejo y depositó el cuchillo que había estado utilizando para untar mantequilla en la hogaza de pan.

—Desde luego, pero los sirvientes no pueden proporcionarte una educación y supervisión adecuadas.

—Iba a decir que a madre no le gustaría...

—Tu madre ha fracasado en su responsabilidad hacia ti. —Su tono se había vuelto mucho más tajante que el cuchillo de la mantequilla—. ¿Qué será de ti si no adquieres ciertas habilidades, gracias y algo de refinamiento? Nunca podrás moverte en los círculos educados, y las perspectivas de casarte...

—Son de borrosas a inexistentes de cualquier modo —dije yo—. Me parezco a Sherlock.

Creo que mi candidez lo dejó atónito.

—Mi querida muchacha. —Suavizó su tono—. Eso cambiará, o haremos que cambie. —Sí, con las eternas horas que pasaré con un libro en la cabeza mientras toco el piano, supuse; una vida de tormentos con corsés, artilugios que favorecieran el atuendo y postizos para el cabello, aunque él nunca lo admitiría—. Provienes de una buena familia, y puliéndote un poco, estoy seguro de que no nos deshonrarás.

—Siempre he sido una deshonra —dije—, siempre seré una deshonra, y no voy a permitir que se me envíe a ningún centro de buenas maneras para jóvenes damas.

—Sí que irás.

Dejamos de lado cualquier intención de cenar y nos dedicamos a lanzarnos miradas fulminantes al resplandor de las velas. Estaba segura de que él sabía, como yo, que tanto Lane como la señora Lane estaban escuchando nuestra conversación desde el pasillo, pero por lo que a mí respecta, me traía sin cuidado.

—No —dije levantando la voz—. Tráeme una institutriz si es lo que quieres, pero no pienso ir a ninguno de esos internados. No puedes obligarme.

—Sí, puedo y debo —dijo en un tono más suave.

—¿Qué quieres decir? ¿Me vas a poner grilletes para llevarme hasta allí?

Mycroft puso los ojos en blanco.

—Igualita que su madre —dijo Mycroft hacia el techo. Después, fijó en mí una mirada tan mártir, tan condescendiente, que me dejó helada. Con un tono dulce, argumentó—: Enola, legalmente estoy al completo cargo de tu madre y de ti. Puedo, si así lo deseo, encerrarte en tu habitación hasta que te vuelvas más razonable o tomar cualquier otra medida que considere oportuna para conseguir el resultado deseado. Además, como tu hermano mayor, tengo una responsabilidad moral sobre ti, y es evidente que has estado sin control durante demasiado tiempo. Quizá no sea demasiado tarde para ayudarte a no desperdiciar tu vida. Harás lo que yo te diga.

En ese momento entendí a la perfección cómo se había sentido mamá durante los días posteriores a la muerte de mi padre.

Y también por qué no había intentado nunca visitar a mis hermanos en Londres ni invitarlos a Ferndell Park.

Y por qué había engañado a Mycroft con el dinero.

Me puse en pie.

—La cena ya no me apetece. Estoy segura de que sabrás excusarme.

Ojalá pudiera decir que abandoné la sala con gran dignidad, pero la verdad es que mi pie se enganchó en la falda y fui a trompicones hasta la escalera.

## CAPÍTULO SEXTO



Aquella noche no pude pegar ojo. De hecho, al principio ni siquiera podía estar quieta. Enfundada en mi camisón y con los pies descalzos, caminé y caminé y caminé de un lado a otro del dormitorio, como me imaginaba que lo haría un león del zoo de Londres en su jaula. Más tarde, cuando bajé la luz del candil, apagué las velas y me fui a la cama, mis párpados no querían cerrarse. Oí cómo Mycroft se retiraba a la habitación de invitados; oí los pasos de Lane y de la señora Lane hacia el piso superior, donde tenían su cuarto, y permanecí inmóvil, mirando las sombras.

La razón principal de mi angustia no era tan obvia como pudiera parecer en un principio. Sin duda, Mycroft me había hecho enfadar, pero eran los pensamientos contradictorios sobre mi madre los que me disgustaban, casi hasta el punto de provocarme náuseas. Resulta extraño pensar en tu propia madre como persona y no solo como madre, por resumirlo de algún modo. Pero ahora lo comprendía: había sido una persona débil y fuerte al mismo tiempo. Se había sentido tan atrapada como yo. Había sentido lo injusto de su situación con igual intensidad. Había sido obligada a obedecer, como a mí me obligarían a obedecer. Había querido rebelarse, como yo anhelaba desesperadamente rebelarme sin siquiera saber cómo iba a lograrlo o si sería capaz.

Pero al final, madre lo había conseguido. Rebelión, gloriosa rebelión.

Maldita sea, ¿por qué no me había llevado con ella?



Me sacudí de encima las sábanas para salir de la cama, encendí el candil, me acerqué al escritorio —cuya cenefa de flores ya no me animaba—, tomé papel y lápiz de mi set de dibujo y esboqué un retrato lleno de furia de mi madre, toda arrugas y carrillos, con una delgada línea como labios, partiendo con su tres pisos y planta baja y su chaqueta con botonadura trasera, blandiendo su sombrilla cual espada y seguida por la cola de su ridículo polisón.

¿Por qué no había confiado en mí? ¿Por qué me había abandonado?

Oh, de acuerdo, aunque fuera doloroso, podía entenderlo. No había querido confiar su secreto a una muchachita, pero... ¿por qué no me había dejado un mensaje con una explicación o una despedida?

¿Y por qué —¡por qué!— había elegido precisamente el día de mi cumpleaños para marcharse? En su vida, mamá nunca había dado puntada sin hilo. Había un motivo. ¿Cuál podría ser?

Porque...

De repente, me erguí en mi asiento delante del escritorio, sorprendida.

Ahora lo comprendía.

Desde el punto de vista de mamá.

Y cobraba todo el sentido. Mamá era muy pero que muy astuta.

Sí que me había dejado un mensaje.

En forma de regalo.

El día de mi cumpleaños. Y por eso había escogido precisamente ese día para marcharse. Un día en el que se dan regalos, con lo que nadie notaría...

Di un brinco. ¿Dónde lo había puesto? Tuve que encender una vela para inspeccionar el dormitorio. No estaba en la estantería. No estaba en ninguna de las sillas, ni en el tocador, ni en el lavamanos ni en la cama. No lo había dejado sobre el arca de Noé ni encima del caballito de madera, herencia de mis hermanos. Maldita sea, qué cabeza más estúpida y despistada la mía...

¿Dónde había puesto el...? ¡Ajá! Ahí. En mi casa de muñecas olvidada. De entre todos los lugares, ahí estaba: un manojo de delgadas hojas de papel artístico, crepitantes, pintadas y escritas a mano, dobladas precisamente por la mitad y cosidas a lo largo del pliegue.

Con rapidez, agarré el cuadernillo de mensajes en clave que mi madre había confeccionado para mí.

ALO NEA RIM NEI MAM ETN ASI RHC

Escrito en la letra voladiza de mi madre.

Un simple vistazo al primer acertijo había hecho que cerrara los ojos, que empezaban a llenarse de lágrimas.

«Piensa, Enola».

Era casi como si oyera la voz de mamá dentro de mi cabeza: «Te apañarás muy bien sola, Enola».

Abrí los ojos, examiné el revoltijo de letras y pensé.

Muy bien. En primer lugar, era extraño que una frase solo estuviera formada por palabras de tres letras. Tomé una hoja en blanco del set de dibujo, acerqué el candil con una mano y la vela con la otra, y copié las letras de la siguiente manera:

ALONEARIMNEIMAMETNASIRHC

La primera palabra saltó a mis ojos: «alone».

¿O tal vez era «Enola»?

«Prueba al revés».

CHRISANTEMAMIENMIRAENOLA

Mi mirada se posó sobre las letras que conformaban la palabra «mami». ¡Mamá! ¿Tal vez madre me estaba enviando un mensaje sobre ella misma?

## MAMI EN MIRA ENOLA

El orden de las palabras parecía estar al revés.

## ENOLA MIRA EN MI

Oh, por el amor de Dios. crisantema. Lo tendría que haber deducido por las flores pintadas en los márgenes de la página: crisantemos rojizos y dorados.

Había resuelto el mensaje encriptado.

No era tan estúpida.

O tal vez sí lo era, porque ¿qué diablos significaba «Enola, mira en mi crisantema»? ¿Mamá había enterrado algo en un parterre, en algún lugar de la propiedad? Poco propio de ella. Estaba segura de que jamás había cogido una pala. Dick se encargaba de esas tareas y, de todos modos, a madre no le gustaba la jardinería. Prefería dejar que las flores resistentes, como los crisantemos, cuidaran de sí mismas.

Los crisantemos en el exterior. ¿Y por qué debería considerarlos «su» crisantemo?

En el piso inferior, el reloj del salón dio las dos. Nunca antes me había quedado despierta hasta tan tarde. Mi mente parecía flotar, como si ya no estuviera anclada a mi cabeza.

Estaba cansada, y suficientemente calmada para ir a la cama. Pero no quería.

Un momento. Madre me había dado otro libro: *El significado de las flores*. Lo cogí y consulté el índice en busca de «crisantemo».

«Regalar crisantemos indica un vínculo familiar y, consecuentemente,

afecto».

El afecto implícito era mejor que nada.

Distraída, busqué la flor de los guisantes de olor.

«Adiós y gracias por el placer del tiempo compartido. Regalo que se hace antes de la partida».

Partida.

A continuación, miré el significado de los cardos.

«Resistencia».

Sonreí con tristeza. Al fin y al cabo, mamá me había dejado un mensaje. Partida y resistencia en el jarrón japonés. En su aireada sala de estar, en la que colgaban un centenar de acuarelas.

Acuarelas de flores.

Pestañeeé al tiempo que sonreía ampliamente.

—Enola —me susurré a mi misma—. Lo tienes.

«Mi» crisantemo. El que mamá había pintado.

Y enmarcado, y colgado a simple vista en la pared de su sala de estar.

Lo había comprendido.

No tenía ni idea de cómo algo podría estar «en» una pintura de mamá o qué podía ser ese algo, pero sabía que había entendido correctamente su mensaje, y comprendí que tenía que ir a comprobarlo. En ese preciso momento. En la hora más oscura de la noche. Cuando nadie, y especialmente no mi hermano Mycroft, se enterara.

Se supone que las niñas deben jugar con muñecas. Durante años, varios adultos bienintencionados me habían regalado varias. Yo las detestaba, y me dedicaba a arrancarles la cabeza siempre que podía. Sin embargo, durante las últimas horas, había encontrado por fin la manera de aprovecharlas. Había escondido la llave de los aposentos de mi madre en el

interior de la cabeza vacía de una muñeca de pelo amarillo. Tardé solo un instante en recuperarla.

A continuación, reduje la llama del candil, cogí la vela y, sin hacer ruido, abrí la puerta de mi dormitorio.

Los aposentos de mi madre estaban situados justo en el extremo opuesto del pasillo, directamente enfrente de la habitación de invitados.

Donde mi hermano Mycroft dormía.

O, al menos, eso esperaba yo.

Esperaba que durmiera profundamente.

Descalza, con el candelabro en una mano y la preciada llave en la otra, caminé de puntillas por el pasillo.

De detrás de la puerta cerrada del dormitorio de Mycroft salía un zumbido sonoro, semejante al que hace un cerdo estirado al sol.

Evidentemente, eran los ronquidos de mi hermano, una clara indicación de que estaba, en efecto, dormido.

Excelente.

Tan silenciosamente como me fue posible, inserté y giré la llave en la cerradura de la puerta. A pesar de mis esfuerzos, el mecanismo hizo clic. Y al girar el pomo, también se oyó un clic.

Un bufido interrumpió el ritmo de los ronquidos de Mycroft.

Paralizada, miré hacia la puerta de su dormitorio por encima del hombro.

Percibí sonidos de movimiento, como si se estuviera dando la vuelta. El armazón de la cama chirrió. A continuación, regresaron los ronquidos.

Cerré la puerta tras de mí y me escurrí en el interior de la sala de estar de mamá. Una vez dentro, exhalé profundamente.

Alcé la vela y contemplé las paredes.

¡Mi madre había pintado tantas acuarelas de tantos tipos de flores!

Inspeccioné las cuatro paredes, forzando la vista para ver las pinturas a la

débil luz de la vela. Finalmente, encontré una con crisantemos rojizos y dorados, iguales a los de mi cuadernillo de mensajes cifrados. Me puse de puntillas, aunque tan solo logré alcanzar la parte inferior del marco, que era frágil, tallado de tal forma que parecía, al igual que el mobiliario de la habitación de mi madre, hecho de troncos de bambú, con sus extremos cruzados y prominentes. Con delicadeza, lo incliné, tratando de sacar el alambre que lo sostenía del clavo para poder así descolgarlo. Me lo llevé a la mesita, coloqué la vela al lado y lo examiné.

«Enola, mira en mi crisantema».

Había visto muchas veces cómo mamá enmarcaba sus cuadros. Boca abajo encima de una mesa, primero se colocaba el marco; después, el cristal, nítido. Le seguía entonces un tipo de marco interno hecho de un papel tintado bastante grueso y al que estaba ligeramente pegada la parte superior de la acuarela. Después, un soporte fino de madera pintado de blanco. Todas estas piezas se sostenían con pequeños clavos en el borde del marco y, por norma general, madre solía enganchar un papel de color marrón en la parte posterior del marco para que los clavos no se vieran y no entrara el polvo.

Di la vuelta al cuadro del crisantemo y observé el papel marrón. Inhalé profundamente y rasqué una de las esquinas con la uña, intentando sacar el papel de un solo tirón. En lugar de eso, lo que conseguí fue desgarrar una larga tira. Pero no importaba, porque enseguida reparé en que había algo encajado en la parte inferior del cuadro, entre el papel marrón y el soporte de madera. Algo doblado y de color blanco. ¡Una nota de mamá!

Una carta en la que explicaría su deserción, expresaría sus remordimientos y su cariño, tal vez incluso invitándome a reunirme con ella...

Con el corazón que me salía del pecho y gritaba «por favor», saqué el

rectángulo de papel crujiente. Y, con dedos temblorosos, lo abrí.

Sí, se trataba de una nota de mamá, pero no era el tipo de nota que yo esperaba.

Era un billete de cien libras.

Una cantidad mucho mayor que la que la gente corriente veía en un año.

Pero no era dinero lo que yo quería de mi madre.

Debo reconocer que lloré hasta que me dormí. Y que, finalmente, lo hice a pierna suelta, de un tirón hasta la mañana siguiente sin que nadie me molestara, excepto la señora Lane, que en una ocasión entró y me despertó para preguntarme si me encontraba bien. Le dije que sí, que solo estaba cansada, y se marchó. Escuché que hablaba con alguien en el pasillo, probablemente con su marido:

—Está extenuada, pobre angelito, y no es para menos.

Cuando me desperté, a la hora de la sobremesa, aunque de buena gana hubiese engullido el desayuno y la comida juntos, no salté inmediatamente de la cama. Al contrario, me quedé tumbada, inmóvil durante unos instantes, reconsiderando la situación con la cabeza despejada.

Muy bien. Aunque no había obtenido lo que esperaba, el dinero era algo.

Mamá me había entregado en secreto una suma considerable.

Que había obtenido, sin duda, de Mycroft.

Con malas artes.

¿Era correcto por mi parte quedarme con ella?

No se trataba de una suma que él hubiera ganado, sino que, por lo que podía entender, lo recibía en condición de primogénito.

Era la herencia de un señor. Siglos de dinero de rentas, que aumentaban con cada año que pasaba. ¿Y por qué? Por Ferndell Hall y sus terrenos.

En el sentido más estricto, el dinero, al igual que los candelabros, sí venía

con la casa.

Una casa que era, o debería ser, la de madre.

Legalmente, el dinero no nos pertenecía ni a madre ni a mí, pero moralmente... Muchas, muchas veces mamá me había explicado cuán injustas eran las leyes. Si, por ejemplo, una mujer trabajaba como escritora y publicaba un libro, cualquier ganancia iba a parar a su marido. ¿No era eso absurdo?

Del mismo modo, ¿no sería también absurdo por mi parte devolver ese billete de cien libras a mi hermano Mycroft solo porque había nacido primero?

Las leyes podían hundirse en el estanque, decidí para mi satisfacción. Moralmente, ese dinero era mío. Mamá se había sacrificado y esforzado para obtenerlo. Y me lo había pasado a mí.

¿Cuánto más habría? Me había dejado muchos acertijos.

¿Qué pretendía madre que hiciera con él?

Por su ejemplo, ya intuía la respuesta a esa pregunta.



## CAPÍTULO SÉPTIMO



Cinco semanas después, estaba lista.

Es decir, para los habitantes de Ferndell Hall, estaba lista para ir al internado.

Pero yo tenía en mente una empresa muy diferente.

En lo que respectaba al internado, la modista de Londres había llegado, se había instalado en una habitación que llevaba desocupada bastante tiempo y que había pertenecido a la doncella de una dama, había suspirado al ver la vieja máquina de coser de pedal y después me había tomado las medidas. Cintura: 50 centímetros. Chasqueó la lengua. Demasiado ancha. Pecho: 53 centímetros. Chasqueó la lengua. Demasiado pequeño. Caderas: 56 centímetros. Chasqueó la lengua. Horrorosamente inadecuadas. Pero todo podía arreglarse. En una revista de moda que mi madre nunca hubiese permitido en Ferndell Hall, la modista encontró el siguiente anuncio:

### **AUMENTADOR**

**Corsé ideal para perfeccionar la figura delgada. Las palabras no bastan para describir su encantador efecto, incomparable a los que consiguen otros corsés del mundo. Su interior acolchado y suave (junto con otras mejoras que combinan la suavidad, la ligereza y la comodidad) regulan, según el gusto de la portadora, el relleno deseado, confiriéndole las curvas de un pecho hermosamente proporcionado. Envíos por correo ordinario a la recepción del giro. Garantizado. Si no queda satisfecha, le devolvemos el dinero. Evite sucedáneos inservibles.**

Aquel artilugio fue debidamente encargado, y la modista empezó a confeccionar un conjunto de vestidos de corte remilgado y colores apagados, con altos cuellos rellenos de ballenas que me estrangulaban, talles que no me permitían respirar y faldas que, colocadas sobre más de media docena de ostentosas enaguas de seda, se arrastraban por el suelo y casi no me dejaban caminar. Propuso coser dos vestidos con una cintura de 49,5 centímetros, dos más con una de 48 centímetros y así hasta 47 centímetros y menos, con la expectativa de que cuando creciera, decrecería.

Mientras tanto, los cada vez más breves telegramas de Sherlock no informaban de ninguna novedad sobre madre. Había localizado a sus viejos amigos, a sus colegas artistas, a las compañeras sufragistas; incluso había viajado a Francia para sondear a los Vernet, unos parientes lejanos, pero sin éxito. De nuevo volví a preocuparme por mamá. ¿Cómo era posible que el gran detective no hubiera sido capaz de localizarla? ¿Habría sufrido algún desgraciado accidente? ¿O, peor todavía, habría sido víctima de algún crimen repugnante?

Sin embargo, mis preocupaciones se desvanecieron el día en que la modista dio por terminado el primero de los vestidos.

Era el mismo momento en que debía ponerme el «corsé ideal» (que había llegado, tal y como prometían, envuelto en un discreto envoltorio de color marrón), con sus reguladores frontales y laterales, además de, por supuesto, un «embellecedor para el vestido» patentado que nunca más permitiría que mi espalda se reclinara y descansara al sentarme. También debía peinarme el cabello en un moño, fijado con unas horquillas que se clavaban en mi cráneo, y rematado por un flequillo de rizos falsos ensartado de forma similar. Como recompensa, podía ponerme mi vestido nuevo y, en mis zapatos nuevos igual de insufriblemente dolorosos, tambalearme por la casa para practicar cómo ser una joven señorita.

Ese día me di cuenta, con una certeza irracional pero absoluta, de dónde había ido mi madre: a algún lugar en que las horquillas, los corsés («ideales» o de cualquier otro tipo) y los «embellecedores para el vestido» patentados no existieran.

Mientras tanto, mi hermano Mycroft había enviado un telegrama en el que informaba de que todo estaba preparado y daba instrucciones: me tenía que presentar en tal y tal «escuela de buenas maneras» (casa de los horrores) en tal y tal día, y ordenaba a Lane que me llevara a mi destino.

Sin embargo, y más importante en lo que se refería a mi propia empresa, pasé tanto tiempo como pude en bata, encerrada en mi habitación y durmiendo, alegando ansiedad y nervios. La señora Lane, que a menudo me ofrecía gelatina de pies de ternera y cosas similares (¡no es de extrañar que los enfermos se queden en los huesos!), estaba tan preocupada que avisó a Mycroft, quien le aseguró que el internado, donde desayunaría avena y llevaría prendas de lana directamente sobre la piel, me haría recobrar la salud. Ella, no obstante, hizo llamar al boticario del pueblo primero y después hizo venir desde Londres a un médico de Harley Street, aunque ninguno de los dos encontró dolencia alguna.

Su diagnóstico era correcto. Estaba, sencillamente, evitando los corsés, las horquillas, los zapatos apretados y torturas similares mientras, además, recuperaba el sueño retrasado. Nadie sospechaba que, cada noche, después de que todos los habitantes de la casa se retiraran, me levantaba y trabajaba en mi cuadernillo de enigmas hasta altas horas de la madrugada. Al fin y al cabo, como me encantaba encontrar cosas, les había tomado el gusto a los mensajes encriptados, y los de mamá me proporcionaban una nueva manera de hacerlo, descubriendo primero el significado oculto, y después, el tesoro. Cada enigma que descifraba me conducía hasta los aposentos de mamá en

busca de las riquezas que ella había escondido para mí. Algunos de los acertijos eran difíciles de resolver y, ante mi fracaso, me frustraba hasta tal punto que me planteaba destrozarme todas las acuarelas de mamá, aunque aquello sin duda hubiese denotado una falta de deportividad. Además, había muchos, muchos, demasiados cuadros y, lo más importante, no todos los mensajes me dirigían hacia ellos.

Por ejemplo, una página en mi cuadernillo de enigmas estaba decorada con una mata de hiedra que se enredaba en una cerca de madera. Enseguida, sin ni siquiera estudiar el acertijo, entré sigilosamente en los aposentos de madre para buscar una acuarela en la que apareciera la hiedra. Encontré dos, y rasgué el dorso de ambas sin éxito antes de regresar de mal humor a mi habitación para enfrentarme al mensaje:

LNAINSTM RDMMC AOERMEEAEEIAA

¿Qué diablos quería decir aquello?

Busqué la entrada para «hiedra» en *El significado de las flores*. Decía que la enredadera simboliza la «fidelidad». Muy emotivo, pero no era de gran ayuda. Pasé un buen rato estudiando el acertijo con el ceño fruncido hasta que descubrí que, si combinaba las tres primeras letras de la primera línea con las dos primeras letras de la segunda, obtenía mi nombre. Entonces me di cuenta de que mamá había pintado la hiedra enredándose de un modo peculiar en la valla, surgiendo de la parte superior y dirigiéndose hacia la inferior. La hiedra, además, crecía de derecha a izquierda. Puse los ojos en blanco y, tomando el zigzag de la planta como patrón, reescribí el enigma:

CAMAMIDEREMATESEN MIRAENOLA

## CAMA MI DE REMATES EN MIRA ENOLA

O, leyendo las palabras de derecha a izquierda:

## ENOLA MIRA EN REMATES DE MI CAMA

En mitad de la noche, caminé de puntillas hasta los aposentos de mamá. Una vez allí, retiré los remates y descubrí una cantidad sorprendente de billetes encajados en las patas de la estructura de la cama.

Yo también tenía que encontrar escondites inteligentes en mi propio dormitorio para que la señora Lane, en sus habituales incursiones para limpiar el polvo, no descubriera nada. Las barras de las cortinas, hechas de latón como la cama de madre y con remates en sus extremos, me sirvieron a la perfección.

Y debía hacerlo todo antes de que los Lane se despertaran al amanecer.

En resumen, mis noches fueron mucho más activas y productivas que mis días.

Nunca encontré lo que más deseaba: una nota de despedida, un mensaje afectuoso o una explicación de mamá. Pero la verdad es que, llegados a este punto, las explicaciones estaban de más. Sabía que había mentido por mí, al menos en parte. Y sabía que el dinero que me había transferido tan hábilmente tenía como único fin proporcionarme la libertad.

Por lo tanto, y gracias a mamá, una soleada mañana de finales de agosto, en un estado de ánimo sorprendentemente esperanzado aunque también nerviosa, me instalé en el asiento del vehículo que me alejaría del único hogar que había conocido en mi vida.

Lane había convenido con un granjero del pueblo el préstamo de un caballo y un vehículo híbrido: una especie de carreta con un asiento tapizado para

mí y para el cochero, con el que viajaría a la estación de ferrocarril con comodidad, aunque no con mucho estilo.

—Espero que no llueva —observó la señora Lane, aguardando de pie en el camino para despedirse.

Hacía semanas que no llovía; desde el día en que había salido a buscar a mi madre.

—No creo —dijo Lane, ofreciéndome la mano para que subiera al asiento como una verdadera señorita, con mi pequeña mano enguantada en la suya, mientras que con la otra sostenía el parasol de volantes—. No se ve ni una nube.

Dedicando una sonrisa al señor y a la señora Lane, me dispuse a sentarme, primero el polisón y después yo misma, al lado de Dick, que haría de cochero. De la misma manera que el polisón ocupaba la parte trasera de mi asiento, la señora Lane había peinado mi pelo para que ocupara la parte trasera de mi cabeza, como era la moda, así que el sombrero, que se parecía más a un plato llano adornado con cintas, se inclinaba sobre mis ojos. Llevaba un traje gris oscuro con un ligero tinte pardo, escogido cuidadosamente por su color poco animado y hasta feo, de 49,5 centímetros de cintura, compuesto por una falda larga y una chaqueta bastante discreta. Había dejado el talle de la falda sin abrochar bajo la chaqueta para poderme ceñir el corsé lo menos posible. Casi podía decir que estaba cómoda. Podía respirar.

Y sería muy útil en breve.

—Parece toda una dama, señorita Enola —dijo Lane retirándose—. Estoy seguro de que será motivo de orgullo para Ferndell Hall.

Cuánto ignoraba.

—La echaremos de menos —balbuceó la señora Lane, y durante un

momento, al ver las lágrimas que corrían por su amable rostro envejecido, me sentí culpable.

—Gracias —dije secamente, endureciendo el corazón ante mis propias emociones—. Dick, vámonos.

Durante todo el camino hasta la puerta, me dediqué a mirar fijamente las orejas del caballo. Mi hermano Mycroft había contratado a algunos hombres para que limpiaran las «malas hierbas» de la propiedad, y no quería partir con la imagen de mis rosales silvestres arrancados.

—Adiós, señorita Enola, y buena suerte —dijo el guarda al abrirnos la verja y darnos paso.

—Gracias, Cooper.

Con el caballo trotando por Kineford, suspiré y dejé que mi mirada deambulara, intentando guardar en la retina imágenes de la carnicería, la tienda de verduras, las casitas de paja encaladas y soportadas por travesaños negros, de la taberna, la estafeta de correos y telégrafos, la comisaría, de más casitas estilo Tudor con pequeñas ventanas que fruncían el ceño bajo sus pesados flequillos de paja, de la posada, de la herrería, la vicaría y la capilla de granito, con su tejado de pizarra cubierto de musgo y las lápidas inclinadas a uno y otro lado en el cementerio...

Casi ya lo habíamos dejado atrás, cuando, de repente, como si se me hubiera ocurrido en aquel preciso instante, dije:

—Dick, detente. Me gustaría despedirme de mi padre.

—¿Qué quiere decir, señorita Enola? —dijo mientras tiraba de las riendas del caballo.

Cuando se trataba de Dick, era necesario dar explicaciones sencillas y justas.

—Quiero visitar la tumba de mi padre —le dije pacientemente palabra por palabra—, y rezar una oración por él en la capilla.

Pobre padre, jamás hubiese deseado esas oraciones. Mamá me había dicho que, como lógico y ateo que era, no había querido funeral; su última voluntad fue que lo incineraran, pero después de su defunción, se había pasado por alto ese deseo por miedo a que Kineford no se recuperara nunca del escándalo que habría supuesto.

—Pero... Señorita... Tengo que llevarla a la estación —dijo Dick en su habitual tono lento y preocupado.

—Tenemos tiempo. Puedes tomarte una pinta en la taberna mientras me esperas.

—¡Oh! A la orden.

Hizo girar el carromato para retroceder sobre nuestros pasos hasta llegar a la puerta de la capilla. Permanecimos un momento sentados hasta que recordó sus modales, aseguró las riendas, se apeó y me ayudó a descender.

—Gracias —le dije mientras retiraba mi mano enguantada de su puño mugriento—. Ven a buscarme en diez minutos.

Tonterías. Sabía perfectamente que transcurriría media hora o más antes de que abandonara la taberna.

—Sí, señorita —me respondió, ladeando la gorra.

En cuanto Dick se hubo alejado, mi remolino de faldas y yo caminamos con delicadeza hacia el interior de la capilla.

Tal como pensaba y esperaba, la encontré desierta. Después de inspeccionar que los bancos estuvieran vacíos, sonreí, lancé el parasol a la caja de ropa usada para los pobres, me subí la falda hasta las rodillas y corrí hacia la puerta trasera.

Hacia afuera, hacia el soleado cementerio.

Corrí por un tortuoso sendero entre las tambaleantes lápidas, tratando de ocultarme en todo momento tras el edificio de la capilla de cualquier posible testigo que pudiese pasar por la calle de la aldea. Cuando llegué a



los setos que cercaban los terrenos de la capilla, en vez de ascender, salté de dos en dos los peldaños de la pequeña escalera, giré a la derecha, corrí un poco más y ¡sí, por supuesto que sí!, allí estaba mi bicicleta, escondida detrás de los arbustos, justo donde la había dejado ayer. O más concretamente, ayer por la noche, a altas horas de la madrugada, a la luz de una luna casi llena.

Había instalado dos recipientes en la bicicleta: una cesta delante y una caja detrás, ambos llenos de, entre otras cosas, sándwiches, pepinillos, huevos duros, una botella de agua, vendas por si tenía un accidente, un kit de reparación de pinchazos, mis bombachos, mis viejas y cómodas botas negras y pasta de dientes.

Además, llevaba encima dos recipientes más, escondidos bajo el traje color gris oscuro con un ligero tinte pardo: uno delante y el otro, detrás. El delantero era un peculiar aumentador de busto que había ido cosiendo secretamente de diversos materiales hurtados del armario de mamá. Para el recipiente trasero, había concebido de forma similar un embellecedor para el vestido.

¿Por qué sino mi madre se marchó de casa ataviada con un polisón pero había prescindido del relleno de crines?

En aquel momento, la respuesta me parecía evidente: para esconder en su interior el equipaje que necesitaba para su fuga.

Y yo, que había sido bendecida con un pecho plano, había llevado su ardid un paso más allá. Mis diversos reguladores, aumentadores y embellecedores se quedaron en Ferndell Hall, embutidos en la chimenea de mi habitación para ser exactos. En los lugares de mi cuerpo donde supuestamente hubiese debido colocarlos, llevaba bolsas de tela —equipaje— repletas de prendas innombrables y fardos de billetes. Además, había doblado un vestido extra, que había escogido cuidadosamente, y lo había

sujetado a mi espalda, entre las enaguas, con lo que la cola del vestido abultaba tal y como era de esperar. En los bolsillos del traje tenía un pañuelo, una barra de jabón, un peine y un cepillo, mi ahora precioso cuadernillo de mensajes cifrados, sales aromáticas, dulces para conservar la energía... De hecho, se podría haber llenado un enorme baúl con todas las cosas indispensables que había cogido.

Salté sobre la bicicleta, dejando que mis enaguas y faldas cubrieran modestamente mis tobillos, y empecé a pedalear, alejándome a través de la campiña.

Un buen ciclista no necesita utilizar los caminos. De momento, seguiría los senderos de las granjas y atravesaría los pastos. La tierra estaba dura como el hierro. Los neumáticos de mi bicicleta no dejarían marcas.

A la mañana siguiente, imaginé, mi hermano el gran detective Sherlock Holmes estaría tratando de localizar, además de a una madre, a una hermana desaparecida.

Seguro que pensaría que mis intenciones serían huir de él. Así que haría todo lo contrario: huiría hacia él.

Sherlock vivía en Londres. Como Mycroft. Y por esa misma razón, y porque también era una ciudad grande y peligrosa, constituía el último lugar en la tierra donde cualquiera de los dos esperaría verme.

Por lo tanto, hacia allí me dirigiría.

Supondrían que me disfrazaría de chico. Seguramente ya habían oído hablar de mis bombachos y, en todo caso, en las obras de Shakespeare y otros escritores, las damiselas que huyen siempre se disfrazan de chicos. Así que haría todo lo contrario.

Me disfrazaría de la última cosa que mis hermanos imaginaban que sería capaz de disfrazarme, puesto que cuando pensaban en mí, solo veían a una niña larguirucha vestida con una prenda que apenas le cubría las rodillas.

Me disfrazaría de mujer adulta.

Y después me determinaría a encontrar a mi madre.

## CAPÍTULO OCTAVO



Podría haber pedaleado directamente hasta Londres por la carretera principal, pero si lo hubiese hecho, nunca lo habría logrado. Me habría visto demasiada gente. No, mi plan para llegar a Londres era no seguir ningún plan, algo sencillo y, esperaba, absurdo. Si ni yo misma sabía lo que hacía, ¿cómo iban a adivinarlo mis hermanos?

Formularían hipótesis, claro. Dirían: «Madre la llevó a Bath, así que quizás esté allí» o «En su habitación había un libro sobre Gales con un mapa que tenía anotaciones a lápiz; quizás haya ido hacia allí». (Esperaba que encontraran el libro que había colocado en la casita de muñecas para hacerles seguir una pista falsa. Sin embargo, había escondido *El significado de las flores*, demasiado grande para llevarlo conmigo, en la biblioteca del piso inferior, entre otros ejemplares voluminosos.) Mycroft y Sherlock aplicarían el razonamiento inductivo; por lo tanto, razoné que debía confiar en el azar. Permití que el terreno me indicara el camino hacia el este, escogiendo los senderos, como los de piedras, en los que las ruedas de los neumáticos de mi bici dejaban menos marca.

No importaba hasta dónde llegara o estuviera cuando aquel día o el siguiente tocaran a su fin. Cenaría pan con queso, dormiría al aire libre como una gitana y, a la mañana siguiente, después de caminar un rato, encontraría la vía del ferrocarril. Si la seguía, hacia un lado o hacia el otro, en algún momento me toparía con una estación, y mientras no se tratara de

Chaucerlea (en donde con toda seguridad mis hermanos preguntarían), cualquier estación de Inglaterra valía, porque todas las vías conducen a Londres.

Adiós a la cintura de 43 centímetros, a la avena para desayunar, a las prendas de lana raspándome la piel, a los planes de matrimonio, a las habilidades indispensables en toda joven dama, etcétera.

Esos eran mis felices pensamientos mientras pedaleaba a través de una zona de pasto de vacas, por un verde sendero que me llevaba a un páramo abierto, lejos de la campiña que conocía.

En el cielo azul sobre mi cabeza, las alondras cantaban acompañando a mi corazón.

Como me mantuve siempre en caminos apartados y evité las aldeas, no me vio mucha gente. Algún granjero me observó desde su campo de nabos, y tampoco se sorprendió mucho por el hecho de ver a una dama en bicicleta, puesto que las entusiastas del ciclismo habían aumentado en número. De hecho, me encontré con otra figura ataviada de beis en un camino de grava para carretas y nos saludamos con la cabeza. Brillaba por el esfuerzo y el calor. Es de dominio público que los caballos sudan y los hombres transpiran, mientras que las damas brillan. Estoy segura de que yo también brillaba. De hecho, debajo del corsé podía sentir cómo el brillo me chorreaba por los costados y cómo las varillas de acero se clavaban bajo mis brazos de la forma más incómoda.

Cuando el sol alcanzó un punto suficientemente alto, me sentí lista para detenerme y almorzar, y más todavía teniendo en cuenta que no había pegado ojo la noche anterior. Sentada bajo un extenso olmo encima de un cojín de musgo, luché por no inclinarme y utilizarlo como almohada. Cuando acabé de comer, me obligué a montar de nuevo en la bicicleta y

seguir pedaleando. Sabía que debía alejarme lo máximo que pudiese antes de que empezara la búsqueda.

Aquella misma tarde, y con bastante acierto considerando que justo había pensado en ellos, me topé con una caravana de gitanos con sus carros de techo redondeado pintados de alegres colores. La mayoría de gente despreciaba a los gitanos, pero madre, en ocasiones, les había permitido acampar en las tierras de Ferndell, y de niña me fascinaban. Incluso en aquel momento me detuve para verlos pasar, contemplando con entusiasmo sus caballos de muchos colores, que cabriolaban y sacudían sus cabezas a pesar del calor, mientras que sus conductores trataban, en lugar de azuzarlos, dominarlos. Saludé a los viajeros de los carros sin miedo, porque, de toda la gente del mundo, los gitanos eran probablemente los últimos que hablarían con la policía. Los hombres me ignoraron, pero algunas de las mujeres, que llevaban la cabeza, el cuello y los brazos descubiertos, agitaron sus manos a modo de saludo, mientras que los niños harapientos levantaban los brazos, gritaban y coreaban, mendigando. Desvergonzados, sucios y ladrones, hubiese dicho la señora Lane, y supongo que con razón. Sin embargo, si hubiese llevado un par de peniques en el bolsillo, se los habría lanzado.

También durante aquella misma tarde, en un camino de tierra, me crucé con un vendedor ambulante y su carro, repleto de objetos de hojalata y parasoles y cestas y esponjas de mar y jaulas para pájaros y tablas de lavar y todo tipo de cachivaches. Hice que se detuviera y le pedí que me mostrara todo lo que llevaba, desde las teteras de cobre hasta los peines de carey, con el fin de disimular mi verdadero propósito de comprar lo único que realmente necesitaba: una bolsa de viaje.

La entrecrucé en el manillar y seguí pedaleando.

Me encontré con otros viajeros, a pie y sobre vehículos que iban desde

carruajes de cuatro caballos a carretas tiradas por burros, pero mis recuerdos se iban perdiendo a medida que el cansancio nublaba el día. Cuando cayó la noche, me dolía cada parte de mi ser y me sentía más agotada de lo que nunca había estado en mi vida. Tras caminar por unos pastos rasurados por las ovejas, inclinada sobre mi bicicleta para empujarla, todavía me quedaba por remontar una pequeña colina cubierta de piedra caliza sobre la que se extendía un bosquecillo de hayas. Una vez alcancé el escondite que me procuraban los árboles, dejé caer la bicicleta de cualquier manera y me derrumbé sobre la suciedad y las hojas marchitas. Con el ánimo tan apagado con la llegada del atardecer como había estado encendido al alba, me pregunté si encontraría fuerzas para subirme de nuevo a la bicicleta al día siguiente.

Podía dormir allí mismo. A menos que... un pensamiento vino a mi mente por primera vez: ¿Y si se ponía a llover?

Con cada uno de mis exhaustos pasos, mi plan de no tener plan alguno parecía más y más ridículo.

Tras dejarme llevar por la desmoralización durante un buen rato, conseguí ponerme en pie tambaleándome y, oculta en la oscuridad, me despojé del sombrero, de las horquillas y del equipaje que llevaba encima, junto con el corsé atormentador. Estaba tan exhausta que no podía ni pensar en comida, así que volví a recostarme en el suelo y, con mis enaguas y mi traje de color gris como única protección, me quedé dormida en segundos.

Sin embargo, al cabo de un rato me desperté. Mis costumbres se habían vuelto muy nocturnas. El sueño había desaparecido, pero tenía un hambre atroz.

Pero aquella noche no había luna. El cielo estaba encapotado y anunciaba lluvia. Además, sin la luz de la luna ni de las estrellas, no podía ver, y por tanto, no encontraba la comida que había colocado en la cesta de la

bicicleta. Tampoco daba con la caja de cerillas, que me hubiesen alumbrado en ese momento, y que, estúpida de mí, había puesto en el mismo sitio. De hecho, me podría dar con un canto en los dientes si tropezara con la bicicleta.

—¡Maldita sea! —murmuré con poca educación cuando la ramita de una haya me arañó el rostro y se enganchó a la ropa cuando traté de ponerme de pie.

Pero al instante me olvidé de la comida. En cuanto me incorporé, no muy lejos, vislumbré unas luces.

Farolas de gas. Brillaban en la distancia como estrellas terrestres entre los troncos de los árboles de la colina.

Un pueblo. Había subido por una cara de la colina sin saber —y demasiado cansada para darme cuenta— que al otro lado había un pueblo.

O, mejor dicho, una ciudad, lo suficientemente grande como para disponer de alumbrado de gas.

¿Una ciudad con, tal vez, una estación de ferrocarril?

Nada más pensarlo, a través de la oscuridad de la noche, flotó hasta mis oídos la larga y grave llamada del silbato de un tren.

A la mañana siguiente, muy temprano, tan temprano para que pocos o nadie me vieran, salí sigilosamente del bosquecillo de hayas. No es que temiera que fueran a reconocerme, sino que simplemente alguien podría encontrar extraño que una viuda bien ataviada, a pie y cargando una bolsa de viaje, emergiera de un alojamiento tan primitivo.

Sí, una viuda. De negro de los pies a la cabeza. Vestía el traje de duelo que había escogido del armario de mi madre. Aquel atuendo, al indicar que había estado casada, le añadía una década a mi edad real y me permitía seguir llevando mis viejas botas negras, que pasarían inadvertidas, y



recogerme el cabello en un simple moño, algo que podía hacer fácilmente. Lo mejor de todo es que me hacía prácticamente irreconocible. Del ala de mi sombrero negro de fieltro colgaba un velo negro y denso que envolvía por entero mi cabeza, casi dando la sensación de que me disponía a fumigar una colmena. Unos guantes negros de piel de cabritilla me cubrían las manos (un accesorio, por otra parte, imprescindible al no tener alianza) y un aburrido vestido de seda negra me tapaba desde la barbilla hasta los pies, enfundados en mis botas negras.

Diez años antes, mamá estaba más delgada, así que su vestido me quedaba bien, incluso sin llevar ceñido el corsé. En verdad, no hubiese sido necesario ningún corsé si no fuera para mantener mi improvisado equipaje en las zonas necesarias. Había colocado los contenidos de los recipientes de la bicicleta en la bolsa de viaje o en los bolsillos. Como no era muy amiga de los bolsitos, mi madre se había asegurado de que todos sus vestidos tuvieran amplios bolsillos para guardar pañuelos, caramelos de limón, algunas monedas, etcétera. Bendita sea la cabeza tozuda e independiente de mi madre, que también había sido la que me había enseñado a montar en bicicleta. Me dolió tener que abandonar ese leal corcel mecánico en el bosquecillo de hayas, aunque no lamenté para nada deshacerme del horrible traje color topo.

En cuanto la tenue luz gris del alba apareció, me dirigí cuesta abajo por una vereda abierta entre los arbustos. Agarrotada por el esfuerzo del día anterior, me di cuenta de que, en realidad, las agujetas eran una bendición: me obligaban a caminar despacio. Así que, con los andares propios de una dama conforme a mi disfraz, caminé hasta llegar a un camino de grava y, desde allí, hasta la ciudad.

El alba había dado paso a una mañana apagada que amenazaba lluvia. Los tenderos justo empezaban a quitar los postigos; el repartidor de hielo, a

punto de empezar su ronda, enganchaba su rocín de lomo hundido a la carreta; una doncella arrojaba bostezando un balde de algo indescriptible a la alcantarilla; una mujer harapienta barría un trozo de calle; los chicos de los periódicos lanzaban fardos de la edición matinal hacia las aceras; sentado en una esquina, un vendedor de cerillas (un mendigo, en realidad) gemía: «¡Sea la luz! ¿Una cerilla, caballero?». Algunos de los que pasaban a su lado eran, en efecto, caballeros con sombrero de copa; y aunque otros no eran más que obreros con gorras y ropa de trabajo de franela o vestían igual de harapientos que él, a todos los emplazaba con un «caballero». Evidentemente, no intentó venderme ninguna cerilla, puesto que no era para nada corriente que las damas fumaran.

barbería belvidere, anunciaban unas letras doradas pintadas en una puerta de cristal al lado de un poste con espirales rojos y blancos. ¡Ah, sí! En alguna ocasión había oído el nombre de esa ciudad y, para mi alegría, se encontraba a bastante distancia de Kineford. Inspeccionando a mi alrededor, vi una caja de ahorros de belvidere en el dintel de piedra de un cercano edificio señorial. Muy bien, había conseguido mi objetivo. «Bien hecho —pensé mientras sorteaba los excrementos de caballo en la calle—, para una chica de capacidad craneal limitada».

—¡Cebollas, patatas, chirivías! —gritó un hombre que empujaba una carretilla.

—¡Claveles frescos para el ojal del caballero! —vociferaba una mujer ataviada con un chal y una cesta de flores.

—¡Sorprendente secuestro! ¡Lea los detalles! —decía en voz algo más baja un repartidor de periódicos.

¿Secuestro?

—¡El vizconde Tewksbury, raptado en Basilwether Hall!

Aunque deseaba conocer todos los detalles, mi prioridad era encontrar la

estación de ferrocarril.

Con la noticia en mente, seguí a un caballero vestido con un sombrero de copa, una levita y unos guantes de piel que se estaba colocando un clavel fresco en la solapa. Con aquel atuendo tan formal, lo más probable es que fuera a la ciudad a pasar el día.

Para confirmar mi hipótesis, pronto se oyó el rumor de una locomotora. A medida que fue aproximándose, el rumor se convirtió en un estruendo que hizo vibrar la tierra bajo mis botas. Fue entonces cuando distinguí el tejado en pico y las torrecillas de la estación, con el reloj de su torre central marcando las siete y media en punto, y oí los aullidos y chirridos de los frenos del tren.

Nunca sabré si mi inconsciente acompañante se dirigía a Londres, puesto que, al acercarnos al andén, toda mi atención se dirigió hacia la escena que se estaba desarrollando allí mismo.

Una multitud se agolpaba boquiabierta. Un grupo de agentes formaban una línea para mantener a los curiosos a raya, mientras que unos guardias de uniforme azul se adelantaban a zancadas hacia el tren que acababa de llegar, una locomotora con un solo vagón en el que, con letras importantes, se leía: expreso de policía. De él se apearon varios hombres con unas capas de viaje que barrían el suelo de forma espectacular, aunque, como pensé al acercarme lentamente a través de la multitud a la ventanilla de la estación, parecían algo ridículos con esas solapas de sus gorros de tela a conjunto, sujetas en la parte superior con un lacito como si fueran las orejitas de un conejo.

Todo el mundo a mi alrededor bullía con voces excitadas.

—Sí, seguro que son de Scotland Yard. Detectives de paisano.

—He oído que también han pedido que venga Sherlock Holmes...

¡Oh, Dios mío! Me detuve y escuché con interés.

—... pero parece que no va a venir. Se ha ausentado por un tema familiar. El hombre que estaba hablando se alejó, maldita sea, y ya no pude oír nada más sobre mi hermano, aunque sí otros muchos rumores.

—Mi prima es la segunda ayudante de la doncella del primer piso de la mansión...

—Dice la gente que la duquesa se ha vuelto completamente loca.

—... y me ha dicho que...

—Y que el duque está que echa chispas por los ojos.

—El viejo Pickering, el del banco, dice que todavía están esperando que pidan rescate.

—¿Quién querría al chico si no es para pedir un rescate?

Mmm... Según todo indicaba, el «¡Sorprendente secuestro!» había ocurrido cerca de allí. De hecho, vi cómo el grupo de detectives subía a un landó bastante bonito y se dirigieron hacia un frondoso parque un poco más allá de la estación. Por encima de los árboles, por lo que pude deducir de las conversaciones a mi alrededor, se encaramaban las grises torres góticas de la mansión de los Basilwether.

Qué interesante. Pero lo primero es lo primero. Tenía que comprar un billete...

Sin embargo, y según lo que anunciaba el gran cartel con los horarios en la pared de la estación, no carecía de opciones para ir a Londres. Cada hora más o menos durante todo el día y hasta bien entrada la tarde.

—¡El hijo del duque ha desaparecido! ¡Lea todos los detalles! —decía otro repartidor, de pie debajo del cartel con los horarios.

Aunque no creía en la providencia, era lógico que me preguntara qué casualidad me había traído hasta allí, hasta aquella escena del crimen y con mi hermano, el gran detective, en alguna otra parte. Mis pensamientos empezaron a revolotear rebeldes, y sentí la terrible tentación de dejarme

arrastrar hacia donde me guiaban. Abandoné el intento de llegar hasta la ventanilla para adquirir los billetes y, en lugar de eso, compré un periódico.

## CAPÍTULO NOVENO



Me senté a una mesa situada en un rincón de un salón de té que había al lado de la estación de Belvidere, mirando hacia la pared para poderme retirar el velo. Necesitaba hacerlo por dos motivos: para desayunar té con panecillos y para mirar la fotografía del joven vizconde Tewksbury Basilwether.

Un retrato formal de estudio ocupaba casi la mitad de la primera plana del periódico y mostraba al chico vestido con terciopelo, encajes y volantes. «Por el amor de Dios», pensé, «espero que no tenga que llevar ese atuendo a diario». Aunque ¿de qué otro modo podía hacerlo con ese pelo rubio lleno de artísticos tirabuzones que le llegaban hasta los hombros? Con toda seguridad, su madre era una entusiasta de la obra *El pequeño lord*, de Frances Hodgson Burnett, un libro irritante, además de responsable de las agonías de toda una generación de chicos de buenas familias. Educado durante el auge de la moda Fauntleroy, el pequeño Lord Tewksbury llevaba zapatos de charol con hebilla, medias blancas, pantalones hasta las rodillas, de terciopelo negro con lazos de satén a los costados, y una faja de satén debajo de su chaqueta de terciopelo negro con cuello y puños de encaje blanco. Miraba hacia la cámara con rostro inexpresivo, aunque me pareció advertir una huella de frialdad en su mandíbula. El titular decía:

**EL JOVEN HEREDERO DEL DUQUE,**

## DESAPARECIDO EN TERRIBLES CIRCUNSTANCIAS

Tomé un segundo panecillo y seguí leyendo:

Un escándalo de alarmantes implicaciones aconteció el pasado miércoles a primera hora de la mañana en Basilwether Hall, la mansión ancestral de los duques de Basilwether, cercana a la bulliciosa ciudad de Belvidere, cuando un ayudante del jardinero advirtió que la puerta acristalada del salón de billar había sido forzada. Una vez todos los miembros del servicio estuvieron al corriente, se descubrieron las maliciosas marcas de un cuchillo en el pomo de la puerta de la habitación que da acceso a la casa. El mayordomo, temiendo naturalmente que fuera un robo, revisó la alacena en la que se guarda la cubertería de plata y, para su sorpresa, no echó nada en falta. Nadie había tocado los candelabros ni los platos del salón-comedor, así como tampoco se ha echado en falta ninguno de los innumerables objetos de valor del salón de dibujo, la galería, la librería o de cualquier otra de las numerosas estancias de Basilwether Hall. De hecho, no se había forzado ninguna otra puerta. Sin embargo, cuando las doncellas del piso superior empezaron a llevar los habituales aguamaniles con agua caliente a los aposentos de la familia ducal para sus abluciones matinales, se alarmaron al ver entreabierta la puerta de la habitación del vizconde Tewksbury, marqués de Basilwether. Sus enseres, desparramados por toda la habitación, daban testimonio mudo de una lucha desesperada. No había rastro del noble personaje. El vizconde, heredero y, de hecho, único hijo de Lord Basilwether, es un niño de solo doce años...

—¿¡Doce!?! —exclamé incrédula.

—¿Sucedo algo, señorita? —preguntó la camarera a mis espaldas.

—Ah, no, nada. —Apresuradamente, dejé el periódico en la mesa y deslicé el velo sobre mi rostro para cubrirme de nuevo—. Creía que era más joven.

Y mucho más joven, de hecho, con aquellos tirabuzones y aquel traje de cuento. ¡Doce años! El chico ya debería vestir una robusta chaqueta de lana,

unos pantalones bombachos y un cuello estilo Eton con corbata, además de llevar un corte de pelo decente, más varonil...

Me di cuenta de que mis pensamientos eran muy similares a los que manifestó Sherlock al conocerme.

—¿Se refiere al pobre desaparecido Lord Tewksbury? Ah, sí. Su madre siempre lo ha tratado como si fuera un bebé. Se dice que se ha vuelto loca de pena, la pobre señora.

Me levanté de la silla, dejé medio penique sobre la mesa, salí del salón de té y, después de dejar mi bolsa de viaje en la estación al cuidado de un botones, me dirigí hacia Basilwether Park.

Aquello iba a resultar bastante más entretenido que pasarse el día en busca de guijarros brillantes y nidos de aves. Se tenía que encontrar algo muy valioso, y yo quería encontrarlo. Y pensaba que quizá sería capaz de hacerlo. Sospechaba dónde podría estar Lord Tewksbury. Lo intuía, aunque desconocía la manera de demostrarlo. Caminé en una especie de trance por el interminable camino bordeado de álamos gigantes, imaginando adónde podría haber ido el vizconde.

Las primeras puertas estaban abiertas, pero en las segundas un guarda, cumpliendo con su obligación de mantener alejados a curiosos, reporteros y cualquiera con intenciones similares, me detuvo.

—¿Su nombre, señora? —me preguntó.

—Enola Holmes —contesté sin pensar.

Al instante me sentí tan sumamente estúpida que deseé que la tierra me tragase. Al escaparme había escogido, como no, un nuevo nombre: Ivy Meshle. «Ivy», hiedra en inglés, que simbolizaba la fidelidad (a mi madre); y «meshle» era una especie de acertijo: se divide «Holmes» en dos («holmes»), se le da la vuelta («mes hol») y después se escribe como lo pronunciaría un anglófono («Meshle»). Sería una auténtica casualidad



encontrarme con alguien que pudiera relacionarme con alguna familia inglesa (¿Es usted pariente de los Meshle de Tottering Heath, en Sussex?), y más insólito todavía que me vincularan con alguien llamado Holmes. Ivy Meshle. Era tan ingenioso. ¡Ivy Meshle! Y ahora, como una estúpida, acababa de decirle «Enola Holmes» al guarda.

A juzgar por la impasibilidad de su rostro, el nombre no le decía nada. Todavía. Si mi cacería había dado comienzo, parecía que los gritos con que se azuzaba a los perros todavía no habían alcanzado aquel lugar ni a aquel hombre.

—¿Y qué la trae por aquí, señora, mmm, Holmes? —preguntó.

Como ya había metido la pata, decidí que sacaría el mayor partido.

—El señor Sherlock Holmes no puede atender personalmente este asunto y me ha solicitado que venga a echar un vistazo.

—¿Es usted pariente del detective, señora? —murmuró mientras alzaba sus cejas con desconcierto.

—Así es —repliqué con autoridad, y pasé por su lado, adentrándome en los terrenos de Basilwether Park.

La mansión, que se erigía ante mí en la glorieta al final del camino, podría haber albergado diez Ferndell Hall... Sin embargo, no me acerqué a sus amplias escaleras de mármol ni a sus puertas con columnas. No me interesaba aquella noble mansión, ni tampoco los elegantes jardines a su alrededor, tachonados de setos podados a la perfección y de radiantes rosas perfectamente recortadas. Giré bruscamente y salí del camino, pasando a través de una extensión de césped hacia el parque propiamente dicho, es decir, hacia las arboledas que rodeaban la mansión y los jardines.

No eran bosques, sino arboledas. Una vez bajo las copas, esperaba ver un par de matorrales, un pedazo de musgo o dos, algunas zarzas gemelas... Sin

embargo, en lugar de eso, encontré un césped mullido y cortado tan a ras que hasta se hubiese podido jugar a croquet.

¡Vaya lugar más soporífero! Seguí caminando, pero no descubrí ninguna oquedad, hondonada o cueva interesante. Los terrenos de Basilwether Hall eran llanos y anodinos. «¡Qué decepción!», pensé, mientras irrumpía en otro terreno de pastos. La única posibilidad sería...

—¡Señora Holmes! —gritó una alterada voz de soprano.

Al girarme, me topé con la desconsolada madre, la duquesa, que se precipitaba sobre mí. La reconocí por su exuberante vestido de día: una capa bordada de color gris plata con un cargado ribete sobre un vestido malva fruncido que dejaba ver una falda plisada de satén de color gris rosáceo. Sin embargo, no había nada de opulencia en las lágrimas que rodaban por su rostro, ni tampoco nada de nobleza en la forma en que voló hacia mí entre los árboles, como si fuera un cisne ensangrentado, cuyas alas eran unos cabellos casi canos que caían de debajo de su sombrero y aleteaban sobre sus hombros.

Un par de doncellas con caras asustadas aparecieron corriendo tras ella. Seguramente la habían seguido desde la casa, vistos sus delantales y cofias de encaje blanco.

—¡Su excelencia! —gritaron para tratar de persuadirla—. Excelencia, por favor, regrese al interior y tome una taza de té. Se lo suplicamos. Está a punto de llover.

Pero la duquesa parecía no oírlas.

—Señora Holmes... —Me agarró con unas manos frías y trémulas—. Usted es una mujer, con un corazón de mujer. Dígame, ¿quién ha podido cometer esta fechoría? ¿Dónde puede estar mi Tewky? ¿Qué voy a hacer ahora?

Mientras cogía con sus manos temblorosas las mías, me sentí agradecida

por el tupido velo que cubría mi rostro conmocionado, por los guantes que separaban mi piel caliente de la suya, tan fría.

—Coraje, mmm, su excelencia, y... —balbuceé—, tenga esperanza. —Después busqué torpemente las palabras—. Permítame que le pregunte algo: ¿conoce usted...? —por la manera en que lo adoraba, seguramente lo espiaba o, al menos, lo supervisaba—... ¿conoce usted algún lugar en la propiedad al que su hijo fuera para poder estar solo?

—¿Para poder estar solo? —me respondió completamente perpleja, con unos ojos hinchados y rojos—. ¿Qué está tratando de decirme?

—Una auténtica bobada —proclamó una resonante voz de contralto a mis espaldas—. Esta viuda insignificante no sabe absolutamente nada. Yo encontraré a su hijo, excelencia.

Al darme la vuelta, me encontré ante la mujer más extraordinaria que jamás había visto, incluso más alta que yo y bastante más voluminosa. Para mi sorpresa, no llevaba sombrero ni iba peinada. Sus tiesos cabellos sobresalían de su cabeza y se extendían de hombro a hombro, como si su rostro fuera una lámpara de color blanco y su pelo, una sombra roja: no de color cerezo, ni cobrizo, sino rojo auténtico, casi escarlata, del color de una amapola. Sus ojos, oscuros y tiznados como el negro corazón de la amapola, te fulminaban desde su rostro empolvado. Sus facciones y cabellos eran tan llamativos que apenas me fijé en su atuendo. Solo recuerdo una vaga impresión de una prenda de algodón con un estampado salvaje en color carmesí, tal vez procedente de Egipto o India, que caía de cualquier modo sobre su cuerpo igual de desordenadamente que el cabello de tonalidad amapola en su cara.

—¿Madame Laelia? —dijo casi sin aliento la duquesa—. ¡Oh, Madame Laelia! ¡Ha venido, tal y como le pedí!

¿Madame qué? Madame Espiritista Médium, supuse, por ser este uno de

los roles en los que las mujeres, género moral y espiritualmente superior, inspiraban mayor respeto que los hombres. No obstante, este tipo de personajes —o charlatanes, como mi madre los denominaría—, convocaban a los espíritus de los muertos, y con toda seguridad la duquesa deseaba fervientemente que su hijo no estuviera entre ellos, así que ¿qué hacía esa corpulenta mujer...

—Madame Laelia Sibyl de Papaver, perditoriana astral, a su servicio — proclamó la imponente señora—. Puedo hallar cualquier cosa que esté perdida, puesto que los espíritus vagan por todas partes, lo saben todo, lo ven todo y son amigos míos.

En aquel momento, la duquesa tomó las manos de la enorme mujer, cubiertas con unos guantes amarillos, mientras que yo, al igual que las dos tímidas doncellas, permanecí inmóvil, boquiabierta, atónita. Pero en mi caso no era por la grotesca apariencia de la mujer ni por su cháchara espiritual. Aunque me encantaría creer que seguiría existiendo después de que mi cuerpo hubiese desaparecido, imaginaba que, de ser así, tendría cosas mejores que hacer que dar golpes en el mobiliario, tocar campanillas o mover mesas. Tampoco había sido el término «astral» el que me había impresionado. De todo lo que había dicho Madame Laelia Sibyl de Papaver, solo una palabra me había paralizado y dejado sin habla.

Esa palabra era «perditoriana», del latín *perditus*, que significa «perdido».

Un perditoriano era aquel que encontraba aquello que estaba perdido.

Pero... ¿cómo se atrevía aquella mujer, con toda su perorata sobre los espíritus, a otorgarse un título de tal nobleza? Conocedora de lo perdido, sabia de lo perdido, buscadora de lo perdido: esa era mi vocación.

Yo era una perditoriana. O lo sería. Aunque no astral, sino profesional. La primera perditoriana profesional, lógica y científica.

En un breve arrebato de inspiración, lo supe, con la misma seguridad como que mi apellido real era Holmes.

Apenas me di cuenta de que las doncellas acompañaban a la duquesa y a Madame Laelia hacia la mansión, tal vez para tomar el té, tal vez para una sesión; me traía sin cuidado. Regresé a las arboledas que rodeaban Basilwether Park y caminé sin rumbo, ajena a la llovizna que había empezado a caer, con miles de ideas bulléndome en la cabeza para ejecutar mi plan original de encontrar a mamá.

Aquel plan seguía siendo sencillo: una vez en Londres, alquilaría un carruaje, le pediría al cochero que me llevara a un hotel respetable, en el que cenaría y dormiría, recuperando el sueño perdido. Permanecería en el hotel hasta encontrar un alojamiento adecuado, abriría diversas cuentas bancarias... Bueno, no, primero me dirigiría a Fleet Street e insertaría diversos anuncios personales encriptados en las publicaciones que solía leer mamá. ¿No lo seguiría haciendo allá donde estuviera? Seguro que sí. Después, esperaría a que contestara. Me limitaría a esperar.

Eso bastaría, siempre y cuando, y a menudo necesitaba decírmelo para tranquilizarme, mamá estuviera verdaderamente sana y salva.

En cualquier caso, lo único que podía hacer era esperar.

O, al menos, eso creía. Pero en ese momento, en ese preciso momento que había encontrado mi vocación, podía hacer mucho más. Dejaría que Sherlock fuera el Único Detective Privado Independiente del Mundo todo lo que quisiera; yo sería la Única Perditoriana Privada Independiente del Mundo, y como tal, podría relacionarme con las mujeres profesionales de Londres que se reunían en sus propios salones de té —¡mujeres que tal vez conocían a mamá!— y con los detectives de Scotland Yard, ante los que Sherlock ya había denunciado la desaparición, y con otros dignatarios, y tal

vez también con gente poco honesta que vendía cualquier información que tuviese y... ¡oh, las posibilidades eran infinitas! Había nacido para ser una perditoriana. Para encontrar a aquellos seres amados que se habían perdido. Y...

Y tenía que dejar de soñar y empezar a actuar. En aquel mismo instante.

La única posibilidad en la que había pensado antes de que me interrumpieran era en, tal vez, un árbol. Retrocedí a través de las aburridas y cuidadas arboledas de Basilwether Park y me concentré en buscar aquel árbol en concreto. No debía de estar demasiado cerca de Basilwether Hall y su elegante jardín ni de los límites de Basilwether Park, sino más bien en mitad del bosque, el último lugar en que se entrometerían los ojos de los adultos. Y al igual que mi refugio bajo el sauce en el valle de helechos de Ferndell, de alguna manera tenía que ser especial. Diferente. Digno de un escondite.

La fina lluvia había parado, el sol brillaba en lo alto y casi ya había explorado toda la propiedad cuando lo encontré.

En realidad, no era un árbol, sino cuatro que crecían de una misma base. Cuatro semillas de arce habían caído en el mismo lugar, y las cuatro habían sobrevivido para formar un grupo simétrico, cuyos cuatro troncos se erigían inclinados con cierto ángulo de separación, dejando un espacio cuadrado perfecto entre ellos.

Aseguré mi bota en un nudo del tronco y, agarrándome a una rama cercana, subí para elevarme casi un metro por encima del suelo dentro de la envolvente uve que formaban los troncos, un eje perfecto en el centro de un universo cuadrado rodeado de hojas. Delicioso.

Me percaté con satisfacción de que alguien, probablemente el joven Lord Tewksbury, había estado allí. Con un martillo, en la parte interior del tronco de uno de los árboles, había hundido un enorme clavo, de hecho, un clavo

de las vías del ferrocarril. Sobresalía con claridad, aunque nadie que hubiese pasado por allí podría haberlo advertido.

¿Tal vez para colgar algo? No, un clavo más pequeño hubiese hecho esa función. Sabía para qué servía aquel clavo en concreto.

Para apoyar un pie. Para trepar.

¡Oh, qué día tan glorioso! Después de tantas semanas de encierro femenino, pude de nuevo encaramarme a un árbol. Pero ¡oh, consternación!, ¿qué pasaría si alguien me viese? ¿Una dama viuda subida a un árbol?

Miré a mi alrededor, vi que no había nadie y decidí arriesgarme. Me liberé del sombrero y del velo, y los escondí entre las hojas por encima de mi cabeza; me levanté la falda y las enaguas, apretujándolas por encima de mis rodillas, y las sujeté con los alfileres del sombrero; después, coloqué el pie en el clavo, agarré una rama y empecé a trepar.

Algunas ramitas se enganchaban a mi pelo, pero no me importaba. A excepción de los habituales arañazos en el rostro, fue tan fácil como subir una escalera, algo positivo, ya que mis miembros doloridos se quejaron durante cada centímetro del ascenso. Pero Lord Tewksbury, afortunadamente, había colocado más clavos de vías de tren allí donde no había ramas de arce para sujetarse. Era un chico inteligente, el joven vizconde. Sin duda había obtenido los clavos de las vías que pasaban al lado de los terrenos de su padre. Esperaba que ningún tren hubiese descarrilado por ello.

Después de haber subido algo más de seis metros, me detuve para ver hacia dónde me dirigía. Alcé la cabeza hacia arriba y...

¡Cielo santo!

El chico había construido una plataforma en el árbol, una estructura que no podía verse desde el suelo por el follaje de los árboles, pero que se podía

contemplar claramente desde donde yo estaba: un armazón cuadrado hecho de trozos de maderos sin pintar, colocados entre los cuatro arcos. Se sostenían con unos travesaños que iban de tronco a tronco, calzados en ramas principales o en otros lugares, y sujetos con cuerdas amarradas en las esquinas. Diversos tablones cruzaban los travesaños a modo de suelo. Me lo imaginé sacando a hurtadillas los maderos de sótanos o de establos o Dios sabe de dónde, arrastrándolos hasta aquí, escabulléndose sigilosamente por la noche para subirlos al árbol con una cuerda y colocarlos.

Y durante todo ese tiempo, su madre seguía empeñada en hacerle tirabuzones y vestirlo de satén, terciopelo y encajes. Por Dios.

En una de las esquinas de la plataforma había dejado una abertura para poder entrar. Cuando asomé la cabeza por ella, el respeto que sentía por el joven Lord Tewksbury no pudo más que aumentar. A modo de techo, había colgado una lona cuadrada, tal vez procedente de algún vagón. En las esquinas había colocado algunas mantas obtenidas de los establos que, presumiblemente, había «tomado prestadas», doblándolas a modo de cojines. En los cuatro troncos de los árboles había clavos de los que colgaban cuerdas enredadas, cuadros de embarcaciones, un silbato de metal y muchos otros objetos interesantes.

Me encaramé, entré y eché un vistazo.

Sin embargo, en cuanto lo hice, toda mi atención quedó atrapada en lo que había, sorprendentemente, en el centro de la plataforma.

Trozos, fragmentos, pedazos de ropa cortados y rasgados de forma tan atroz que tardé varios instantes en reconocer qué era: terciopelo negro, encaje blanco, satén celeste. Los restos de lo que en algún momento del pasado habían sido prendas de vestir.

Y encima de esa pila de ruinas, cabello. Largos y rizados mechones de cabello rubio.



Como parecía evidente, el chico se había cortado el pelo, dejándolo solo unos pocos centímetros de largo.

Eso después de desgarrar su elegante ropa hasta convertirla en harapos.

El vizconde Tewksbury había entrado en aquel refugio por su propio pie. Ningún raptor hubiese podido traerlo hasta aquí.

Y como todo indicaba, el vizconde Tewksbury había abandonado su escondite de la misma manera en que había llegado: por su propio pie. Aunque no dispuesto a seguir siendo el vizconde Tewksbury, marqués de Basilwether.

## CAPÍTULO DÉCIMO



De vuelta en el suelo, con la falda en su lugar, el sombrero negro de nuevo sujeto para cubrir mi despeinada cabeza y el velo tapándome el rostro, empecé a caminar de forma espontánea. No sabía qué hacer.

Enroscado en uno de mis dedos enguantados, guardaba un largo mechón de cabello rubio y rizado. El resto lo había dejado en el mismo sitio donde lo había encontrado. Imaginé que los pájaros los tomarían uno a uno para construir sus nidos.

Pensé en el mensaje silencioso y lleno de rabia que el chico huido había dejado en su santuario secreto.

Pensé en las lágrimas que había visto en el rostro de su madre. Pobre señora.

Pero, al mismo tiempo, pobre chico. Obligado a vestir terciopelo y encaje. Casi tan horroroso como llevar un corsé de ballenas de acero.

En aquel momento, y no por casualidad, pensé en mi situación. Yo, Enola, también huía, como el joven Lord Tewksbury, excepto que esperaba que él hubiese sido lo suficientemente sensato como para cambiarse el nombre. Qué estúpida había sido al presentarme como Enola Holmes; había corrido un riesgo innecesario. Necesitaba alejarme de allí cuanto antes.

Pero antes tenía que tranquilizar a la desdichada duquesa... No. No, tenía que salir de Basilwether Park tan pronto como fuera posible, antes de que...

—¿Señora Holmes?

Mis músculos se tensaron al oír una voz. No sé cómo había llegado hasta allí, pero me encontraba en el camino de carruajes justo delante de la mansión de los Basilwether, sin saber si avanzar o retroceder.

—¡Señora Holmes!

Escondí el mechón de pelo rubio en la palma de la mano y me di la vuelta. Un hombre con atuendo de viaje descendía con rapidez los escalones de mármol. Uno de los detectives de Londres.

—Disculpe que me dirija a usted como si la conociera —dijo cuando estuvo ante mí—, pero el guarda nos ha informado de su presencia en la propiedad y me preguntaba... —Era un hombre pequeño, como una comadreja, muy alejado de la corpulencia que se le presupone a un policía, aunque la manera en que sus ojos pequeños, redondos y brillantes me miraban daba miedo, como si fueran dos negras mariquitas resplandecientes que trataban de reptar por mi velo—. Soy un viejo conocido del señor Sherlock Holmes —continuó con una voz bastante aguda—. Me llamo Lestrade.

—Encantada. —No le ofrecí la mano.

—Igualmente, señora. Debo decir que es un placer inesperado conocerla. —Su tono buscaba información. Sabía que mi nombre era Enola Holmes. Podía ver que era viuda, y por ello utilizaba el tratamiento de «señora», pero le extrañaba que si mi único parentesco con la familia Holmes era gracias a mi matrimonio, ¿por qué Sherlock me había enviado en su lugar? —. Holmes jamás la ha mencionado.

—Evidentemente —asentí con educación—. ¿Habla usted con él de sus asuntos familiares?

—¡No! Ejem... quiero decir..., nunca se ha dado la ocasión.

—Por supuesto que no.

Esperaba que mi tono siguiera sonando anodino, pero mis pensamientos

piaban cual pinzón. A la primera oportunidad que tuviera, aquel fisgón le relataría a Sherlock nuestro encuentro, y no obviaría detalle. ¡No, todavía peor! Como inspector de Scotland Yard, en cualquier momento podía recibir un cable en el que se informara sobre mi desaparición. Tenía que escabullirme antes de que eso sucediera. Ya parecía sospechar. Tenía que distraer al inspector Lestrade y evitar que indagara.

Abrí mi mano enguantada, desenrosqué el mechón de cabello rubio y se lo tendí.

—En lo que respecta a Lord Tewksbury —dije como si fuera yo la que estaba al mando, imitando a mi famoso hermano—, el chico no ha sido secuestrado. —Detuve con la mano sus protestas—. Ha decidido tomar las riendas de su vida; se ha escapado. Usted también lo haría si lo hubieran vestido con un traje de terciopelo como a una muñeca. Quiere hacerse a la mar en una barca. En una embarcación, quiero decir. —Había visto los cuadros de los barcos de vapor, los clíperes y demás tipos de navíos—. En concreto, siente una gran admiración por esa enorme monstruosidad que parece un abrevadero de vacas flotante, con velas en la parte superior y ruedas de palas a los lados... ¿Cuál es su nombre? El del barco que instaló el cable telegráfico transatlántico...

Pero la mirada del inspector Lestrade no se apartaba del mechón rubio y rizado que tenía en la mano.

—¿Qué...? ¿De dónde...? ¿Cómo supone que...?

—El *Great Eastern* —recordé al fin. Ese era el nombre del barco más grande del mundo—. Hallará a Lord Tewksbury en un puerto, seguramente en los muelles de Londres, con toda probabilidad tratando de que lo enrolen como tripulación o grumete. Incluso ha estado aprendiendo a hacer nudos marinos. Se ha cortado el pelo y, de algún modo, ha conseguido un atuendo común, puede que de los chicos de los establos. Tal vez quiera

interrogarlos. Tras una transformación tan acusada, me imagino que, de coger el tren, nadie en la estación lo habrá reconocido.

—Pero... ¿y qué me dice de la puerta rota y del cerrojo forzado?

—Lo hizo para hacerles pensar que había sido un secuestro y no una fuga. Ha sido bastante mezquino por su parte preocupar así a su madre — admití, reconciliándome conmigo misma por el hecho de haberles proporcionado la información—. Tal vez desee enseñarle esto a su excelencia. —Tendí el mechón hacia el inspector Lestrade—. Aunque, para serle sincera, no sé si disipará o aumentará su pena.

Pestañeando, el inspector Lestrade levantó su mano derecha y aceptó los tirabuzones del hijo del duque. Parecía no ser dueño de sus actos.

—Pero... ¿dónde ha encontrado usted esto?

Con su otra mano intentó agarrarme del codo y conducirme a Basilwether Hall, pero retrocedí y me aparté. Al hacerlo, me percaté de que una tercera persona había presenciado nuestra conversación: en lo alto de la escalera de mármol, imponente entre balaustradas y columnas griegas, Madame Laelia nos observaba y escuchaba.

Bajé la voz y contesté la pregunta del inspector Lestrade con un susurro:

—En el primer piso, por decirlo de alguna manera, de un arce con cuatro troncos.

Le indiqué el camino con el dedo y mientras él se giraba para mirar, aproveché para alejarme y enfilarme, con un paso algo más rápido del que debería una dama, el camino hacia la verja de hierro.

—¡Señora Holmes! —gritó siguiéndome.

Sin alterar el ritmo de mi marcha o volver la vista atrás, levanté una mano en un ademán educado pero esquivo, imitando el modo en que mi hermano había hecho bambolear su bastón cuando se despidió de mí. Contuve el impulso de correr y seguí caminando.

Una vez al otro lado de la verja de hierro, suspiré, soltando el aire que había estado reteniendo.

Como nunca antes había tomado un tren, me extrañó que el vagón de segunda clase estuviera dividido en compartimentos cuyo interior se asemejaba al de un carruaje, con cuatro butacas de piel encaradas. Esperaba algo más espacioso, como un ómnibus. Pero no era así: un revisor me condujo por un estrecho pasillo, abrió una puerta y, quisiera o no, me encontré compartiendo vagón junto a tres extraños. Ocupé el único asiento que quedaba libre, de espaldas a la locomotora.

Pocos instantes más tarde, al principio lentamente y después acelerando de forma gradual, sentí cómo progresaba hacia atrás, hacia Londres.

Un progreso muy apropiado, puesto que el inspector Lestrade había trastocado de tal manera mis planes que ya no podía prever qué me deparaba el futuro.

Con toda seguridad le diría a mi hermano Sherlock que había hablado con una viuda mema llamada Enola Holmes, así que debía deshacerme de mi disfraz casi perfecto.

De hecho, tenía que reconsiderar enteramente mi situación.

Suspiré y, sentándome en el borde de la butaca debido al polisón —o más bien a mi equipaje—, adopté la posición más cómoda que pude para mi progreso hacia atrás. El tren se mecía y tambaleaba mientras avanzaba a una velocidad al menos dos veces mayor que la que se podía obtener al bajar en bicicleta colina abajo.

Árboles y edificios aparecían y desaparecían en la ventana con una rapidez tan tumultuosa que tuve que apartar la vista.

Me sentí un poco mareada, pero por más de un motivo.

El plan cómodo y seguro que había trazado, consistente en alquilar un

carruaje, buscar un hotel y, más tarde, un alojamiento refinado en el que esperar con placidez, ya no servía. Me habían identificado. Me habían reconocido. Lestrade o mi hermano no tendrían problema alguno en seguir los pasos de una joven viuda por todo Belvidere y descubrirían que había tomado el expreso de primera hora de la tarde en dirección a la ciudad. ¡Con todas las molestias que me había tomado para despistar a mis hermanos y hacerlos ir hacia Gales! Y aunque no tenían ni idea de mi holgura financiera, al menos habrían averiguado que me dirigía a Londres, y no había nada que yo pudiera hacer para evitarlo.

Excepto... ¿tal vez abandonar Londres nada más llegar y subir en el primer tren hacia cualquier destino?

No. Con toda seguridad mi hermano interrogaría a los vendedores de billetes, y el negro atuendo que llevaba me delataba. Si Sherlock Holmes averiguaba que una viuda había cogido el tren hacia, por decir algo, Houndstone, Rockingham o Puddingsworth, lo investigaría. Y seguramente me encontraría con más facilidad en Houndstone, Rockingham o Puddingsworth u otro lugar similar que en Londres.

Además, yo deseaba ir a Londres; no porque pensara que madre estaba en la ciudad —más bien al contrario—, sino porque me resultaría más fácil iniciar la búsqueda desde allí. Y siempre había soñado con visitar Londres. Sus palacios, sus fuentes, sus catedrales. Teatros, óperas, caballeros con frac y damas salpicadas de diamantes.

Asimismo, la idea de esconderme bajo las mismas narices de mis hermanos me entusiasmaba más ahora que lo sabían. Con solo pensarlo me encontré sonriendo debajo del velo mientras progresaba de espaldas hacia la gran ciudad. Los haría recapacitar sobre su opinión acerca de la capacidad craneal de su inesperada hermanita.

Muy bien. Hacia Londres entonces.

Sin embargo, las circunstancias habían cambiado, y ya no podía alquilar un carruaje en cuanto llegara a la ciudad. Sherlock Holmes interrogaría a los cocheros. Por lo tanto, tendría que caminar. Pero la noche se acercaba y tampoco podía refugiarme en la habitación de un hotel. Con toda seguridad, mi hermano preguntaría en todos los hoteles. Tendría que caminar un trecho importante para alejarme de la estación de ferrocarril... pero ¿hacia dónde? Si tomaba la calle equivocada, podría tropezar con gente poco recomendable. Podría encontrarme con un ladronzuelo o... o tal vez incluso con un asesino.

Muy desagradable.

Justo con aquel último pensamiento en mi mente, aparté los ojos del mareante paisaje al otro lado de la ventanilla del tren y miré hacia el cristal de la puerta del pasillo.

Y casi se me escapa un grito.

Allí, el rostro de un hombre, enorme como una luna llena, inspeccionaba el compartimento.

Tenía la nariz pegada al cristal y sus ojos escrutaban a cada uno de los ocupantes. Sin abandonar su gélida expresión, posó su sombría mirada sobre mí. Después, dio media vuelta y desapareció.

Tragué saliva y miré a mis compañeros de viaje para comprobar si ellos también se habían asustado. Pero parecía que no. En el asiento de al lado, un hombre con gorra roncaba despatarrado, con sus botas de punta cuadrada tiradas en medio del suelo. Delante de él, otro hombre, que vestía unos pantalones a cuadros y un sombrero de fieltro, examinaba con atención un periódico, el cual, a juzgar por los aguafuertes de jinetes y caballos, debía de ser de carreras.

Y al lado de este, y frente a mí, una anciana rechoncha me miraba fijamente con ojos alegres.



—¿Pasa algo, cielito? —inquirió.

¿Cielito? Vaya manera de dirigirse a alguien. Aunque me pareció extraño, lo dejé correr y le pregunté:

—¿Quién era ese hombre?

—¿Qué hombre, cielo?

O bien la señora no había reparado en él o yo me estaba volviendo loca y era perfectamente normal que un hombre enorme con una gorra de tela que cubría su calva cabeza fisgara en el interior de los compartimentos de los trenes.

—No importa —murmuré, moviendo la cabeza con desdén, mintiéndome a mí misma.

—Pareces un poco pálida debajo de toda esa ropa negra —declaró mi nueva amistad.

Era una arpía ordinaria y sin dientes, que, en lugar de un sombrero adecuado, llevaba una cofia enorme y pasada de moda con una ala que se ensanchaba como un hongo, amarrada debajo de su puntiaguda barbilla con una cinta de color naranja. En lugar de vestido, iba ataviada con un mantón de piel medio mocho, una blusa que se alejaba del blanco y una vieja falda púrpura decorada con un galón nuevo que había sido enganchado recientemente al desteñido dobladillo.

—¿Es una pérdida reciente, cielito? —me increpó de nuevo, mirándome como si fuera un petirrojo que esperaba miguitas de pan.

¡Oh, quería saber los detalles del deceso de mi querido y ficticio marido! Asentí.

—¿Y ahora te diriges a Londres?

Asentí.

—La historia de siempre, ¿verdad, cielo? —La vulgar anciana se inclinó hacia mí con más alegría que pena—. Pillaste a uno de los buenos, pero se

ha muerto... —Aquella fue la brutal palabra que empleó—. Va y se muere, y ahora ni siquiera cuentas con medios para alimentarte, ¿verdad? Y vete tú a saber, con esa mala cara que tienes, no me extrañaría que llevaras su fruto en el vientre, ¿eh, cielito?

Al principio apenas entendí sus palabras. Pero después me quedé estupefacta, sin habla, puesto que nunca había oído a nadie pronunciar tales obscenidades en voz alta y en un lugar público, y menos en presencia masculina (aunque ninguno de los dos parecía escucharnos). Enrojecí de rabia.

Mi nueva y atormentadora amiga entendió que el rubor que había asomado a mi rostro le daba la razón.

—Y ahora piensas que en la ciudad encontrarás la manera de sobrevivir, ¿eh? —dijo mientras asentía y se acercaba todavía más a mí—. ¿Has estado alguna vez en Londres, querida?

Conseguí negar con la cabeza.

—Entonces, cielito, no cometas el error habitual. No escuches las promesas de los caballeros. —Se inclinó todavía más, como si estuviera a punto de confesarme un gran secreto, aunque no bajó la voz—. Si necesitas algunos peniques, este es el truco: quítate una o dos de esas enaguas que llevas debajo del vestido...

Creí que iba a desmayarme, con franqueza. Afortunadamente, el trabajador seguía roncando, pero el otro hombre sin duda había elevado un poco el periódico para esconder su rostro.

—... no las echarás de menos —siguió cotorreando la arpía desdentada—. Sí, cielito, muchas mujeres de Londres no tienen ni una enagua, y tú, por el bulto y crujidos que se oyen, llevas ahí media docena al menos...

Deseaba con desesperación que el viaje y aquella tortura terminaran, así que me arriesgué a mirar por la ventana. Casas y casas ya se sucedían tras el

cristal, y también edificios más altos, unos al lado de las otras, ladrillos al lado de piedras.

—... Llévalas a Ropa Usada Culhane, en Saint Tookings Lane, una vez pasada Kipple Street —continuó sin piedad la vieja bruja achaparrada, que en aquel momento me recordaba más a un sapo que a un petirrojo—. En el East End, ¿sabes? Es fácil llegar si sigues el olor de los muelles. Y cuidado, una vez estés en Saint Tookings Lane, no te dejes engatusar por otros comerciantes, no. Ve derechita a Culhane, que allí te las pagarán razonablemente, eso si son de seda auténtica.

El hombre agitó el periódico y carraspeó. Me agarré al borde del asiento para apartarme de la fastidiosa arpía tanto como me lo permitió el polisón.

—Gracias —musité, porque, aunque no tenía en mente vender mis enaguas, la intención de aquella horrible y ordinaria anciana había sido ayudarme.

Me había estado preguntado cómo iba a deshacerme de mis ropas de viuda y conseguir un nuevo atuendo. Disponía de una gran cantidad de dinero y, evidentemente, podía encargarme lo que deseara, pero la confección tomaría su tiempo. Además, mi hermano, con toda probabilidad, interrogaría a las modistas profesionales, las cuales, con toda seguridad, recordarían a una viuda de los pies a la cabeza que había pedido una nueva prenda que no fuera negra, sino tal vez gris con un toque de lavanda o blanco, tal y como se permitía una vez transcurrido el primer año de duelo. De todos modos, dada la astucia de mi hermano, nada de eso funcionaría. No podía limitarme a modificar mi apariencia; tenía que transformarla completamente. Pero ¿cómo? ¿Cogiendo la ropa que colgaba de los tendederos?

Ahora ya sabía cómo lo conseguiría. Las tiendas de ropa usada. Saint

Tookings Lane, una vez pasada Kipple Street. En el East End. No creía que mi hermano fuera a interrogar a sus habitantes.

Aunque tampoco sospechaba —como debería haberlo hecho— que, al aventurarme en aquel barrio, iba a poner mi vida en peligro.

# CAPÍTULO DECIMOPRIMERO



Desde mi asiento en el tren, tan solo había podido formarme una imagen bastante fugaz de Londres. Sin embargo, al salir de la estación de Aldersgate, aunque tenía pensado alejarme rápidamente, quedé embelesada por la vasta y densa metrópolis ante mis ojos. A mi alrededor se erigía una jungla creada por el hombre, cuyos edificios eran más altos e imponentes que cualquier árbol en la Tierra.

¿De verdad vivían aquí mis hermanos?

¿En esta... esta grotesca parodia del mundo que hasta ahora había conocido hecha de ladrillos y piedras, con todas aquellas chimeneas y picos de tejados que se dibujaban en aquel vaporoso cielo de un estridente color naranja? El ocaso lanzaba unos tenues rayos entre unas nubes color carbón que colgaban justo por encima de nuestras cabezas; las torres góticas de la ciudad se erigían graciosas, aunque también siniestras en contraste con aquel cielo encapotado, como si fueran las velas del pastel de cumpleaños del diablo.

Me quedé observando hasta que sentí los empujones de las indiferentes hordas de londinenses que se dirigían a sus quehaceres. Respiré hondo, cerré la boca, tragué saliva y di la espalda a aquel, curiosamente, aciago atardecer.

«En Londres, como en cualquier otro lugar», me dije a mí misma, «el sol se pone por el oeste». Así que me obligué a mover mis miembros

entumecidos y caminé por una amplia avenida hacia la dirección contraria, puesto que quería ir hacia el este, hacia las tiendas de ropa usada, hacia los muelles y los barrios pobres. Hacia el East End.

Después de recorrer unas manzanas, me introduje por unas calles estrechas y oscuras en las que había unos edificios altos y llenos de gente. Detrás de mí, el sol empezaba a desaparecer. La noche de la ciudad no tenía el brillo de la luna o de las estrellas; solo algunos retazos de luz amarillenta procedente de los escaparates se reflejaban en el pavimento, tornando la oscuridad todavía más negra. De ella surgían transeúntes como si fueran visiones, desvaneciéndose de nuevo unos pasos más allá. Como si fueran siluetas de un sueño, volvían a aparecer y desaparecer en las esquinas, iluminadas por los pálidos triángulos de luz de las farolas de gas.

O, para ser exactos, como si fueran las siluetas de una pesadilla. Las ratas atravesaban las sombras a toda velocidad, ratas insolentes de ciudad que ni se inmutaban al verme pasar. Intenté no mirarlas, hacer como si no existieran. Traté de no fijarme en un hombre sin afeitarse ataviado con un pañuelo de cuello carmesí, en un chico famélico y harapiento, en un hombre fornido con un delantal manchado de sangre, en una gitana que mendigaba... ¿De modo que en Londres también había gitanos? Aunque no eran los orgullosos nómadas que transitaban por la campiña. Aquella, descalza en una esquina, estaba llena de mugre y suciedad como un deshollinador.

¿Esto era Londres? ¿Dónde estaban los teatros y los carruajes, las señoras enjoyadas y envueltas en pieles y vestidos de noche, los caballeros con gemelos de oro y chaqué?

En lugar de eso, pasó por mi lado un hombre pálido que parecía la desdicha personificada y que llevaba unos carteles colgados por delante y por detrás de su cuerpo:

**Para**  
**UN BRILLO DE CABELLOS**  
**IRREPROCHABLE**  
**Utilice**  
**Aceite de Macasar**  
**Van Kempt**

Unos niños sucios se arremolinaban a su alrededor, burlándose y quitándole su bombín abollado.

—¿Dónde guardas la mostaza? —le gritó una niña que no paraba de dar saltos.

Evidentemente, era una broma, y bastante buena, porque todos sus compañeros se reían como si estuvieran chiflados.

Las calles oscuras se llenaban con millones de ruidos: algunos tenderos echaban a los mocosos con un «¡Largo de aquí!» mientras las carretas, con sus dueños vociferando, traqueteaban al pasar; los pescaderos vendían «¡Merluza fresca *pa* su cena!» y los marineros se lanzaban saludos; de un portal sin barrer, una mujer regordeta bramaba: «¡Sarah! ¡Willie!». Me pregunté si sus hijos estarían entre los que atormentaban al hombre-anuncio. Mientras tanto, todos transitaban sin reparar en mí, pasando por mi lado rozándome y charlando en voz alta de forma vulgar. Aceleré la marcha, esperando poder escapar de algún modo de todo aquello.

No es de extrañar que, encontrándome en un lugar desconocido y con tanta conmoción, no oyera los pasos que me seguían.

No me di cuenta hasta que la noche ya era cerrada y negra, o al menos así lo pareció al principio. Después comprendí que eran las calles mismas las que se habían tornado más lúgubres. Las luces de las tiendas se habían apagado y ahora solo quedaban las procedentes de las resplandecientes

tabernas de las esquinas, que derramaban su ruido de borrachos en la oscuridad. Apoyada en un umbral, vi a una mujer con el rostro maquillado, los labios rojos, la piel blanca y las cejas negras, y me figuré que estaba ante una señorita de la noche. Enfundada en un vestido escotado y de mal gusto, el olor a ginebra superaba incluso el de un cuerpo que no conocía el aseo personal. Aunque no era la única con ese hedor: todo el East End de Londres apestaba a repollo hervido, a humo de carbón, a peces muertos en las orillas del cercano Támesis, a aguas residuales en las alcantarillas.

Y a gente. En las alcantarillas.

Vi a un hombre tirado, no sé si borracho o enfermo. Vi a unos niños durmiendo apiñados como cachorros, y comprendí que no tenían hogar. Con un pinchazo en el corazón, quise despertarlos y darles dinero para que compraran pan y pasteles de carne, pero me obligué a seguir adelante, acelerando el paso. Intranquila. Una sensación de peligro me...

De repente, una forma oscura apareció frente a mí, reptando.

Sí, reptando, en sus manos y rodillas. Arrastrando sus pies descalzos.

Me paré en seco y observé paralizada y con la mente en blanco a una anciana reducida a un estado lamentable, ataviada únicamente con un vestido hecho jirones que apenas la cubría, sin nada debajo ni nada en la cabeza, ni siquiera un trapo que ocultara la falta de cabello, su cráneo únicamente protegido por una masa de úlceras. Ahogué un grito al verla, y ella, lentamente, como si fuera un caracol, se arrastró con sus nudillos y rodillas, levantando la vista unos centímetros del suelo hacia mí. Nuestras miradas se cruzaron, y vi sus ojos, pálidos como la uva espina...

Me quedé paralizada durante unos momentos. Durante unos momentos que se prolongaron demasiado. Tras de mí, oí unos pasos enérgicos.

Intenté escapar, pero ya era tarde. Las pisadas se abalanzaron sobre mí.



Alguien me apretó con fuerza el brazo. Empecé a gritar, pero una mano helada como el acero me tapó la boca.

—Si te mueves o chillas, te mataré —gruñó una voz profunda cerca de mi oreja.

El terror me paralizó. Estaba sin aliento, con los ojos abiertos, fijos en la oscuridad. Sin apenas poder respirar, noté cómo me soltaba y serpenteaba alrededor de mi cuerpo para sujetarme los brazos contra los lados, empujando mi espalda contra una superficie que, de no ser porque sabía que era su pecho, bien hubiese podido ser una pared de piedra. Su mano se apartó de mi boca, pero, en ese instante, antes de que mis labios temblorosos pudieran articular sonido alguno, distinguí el brillo del acero en la oscuridad de la noche. Largo y agudo, como si fuera un carámbano. El filo de un cuchillo.

Vagamente también pude ver la mano que la empuñaba.

Una mano enorme enfundada en un guante de terciopelo de un color leonado.

—¿Dónde está? —preguntó el hombre en tono amenazador.

¿Cómo? ¿Dónde estaba quién? No podía pronunciar palabra.

—¿Dónde está Lord Tewksbury?

Aquello no tenía sentido. ¿Por qué un hombre me abordaba en pleno Londres y me preguntaba sobre el paradero del noble fugitivo? ¿Quién podía saber que había estado en Belvidere?

Entonces recordé el rostro que había visto en el tren, pegado al cristal de la puerta, inspeccionando el compartimento.

—Solo te lo preguntaré una vez más —dijo susurrando entre dientes—. ¿Dónde está el vizconde Tewksbury, marqués de Basilwether?

Debía de ser pasada la medianoche. En las tabernas, todavía se oían gritos desdibujados por la cerveza y también cantinelas obscenas y

desafinadas, pero en las calles y aceras adoquinadas no había un alma. Al menos, hasta donde yo podía ver. Cualquier cosa podía estar al acecho, oculta entre las sombras. No era el tipo de lugar en el que socorrían a una pobre dama en apuros.

—Yo... yo... eh... —conseguí balbucear—... no lo sé.

Vi el resplandor del cuchillo bajo mi barbilla, y por encima del cuello alto de mi blusa, noté la presión en la garganta. Tragué y cerré los ojos.

—Nada de juegucitos —me advirtió mi captor—. Sé que te diriges a su encuentro. ¿Dónde está?

—Se equivoca —dije, intentando hablar con calma, aunque me temblaba la voz—. Se confunde. No sé nada de...

—Mentirosa.

Los músculos de su brazo se tensaron y en aquel momento supe que iba a asesinarme. Con un gesto rápido de la mano que empuñaba el cuchillo, me rajó la garganta, pero en su lugar encontró las varillas del cuello de mi blusa. Grité con todas mis fuerzas con lo que podía haber sido mi último aliento. Sacudiéndome y retorciéndome, conseguí zafarme de su abrazo asesino y empecé a dar bandazos arriba y hacia atrás con la bolsa de viaje. Antes de que la soltara, noté que lo había golpeado en alguna parte del rostro. Una maldición aterradora salió de sus labios, pero aunque aflojó su opresión, no me dejó escapar. Aullé de nuevo al sentir el largo filo de su cuchillo introduciéndose por mi costado, y a pesar de que el corsé detuvo algunos golpes, él siguió apuñalándome, tratando de encontrar el camino hasta la carne. En su empeño solo consiguió rajarme el vestido, una herida en la tela larga y hecha de harapos, que se rasgó cuando me aparté de él y hui corriendo.

—¡Socorro! —grité—. ¡Que alguien me ayude!

Me tambaleé en la oscuridad, sin dejar de correr, sin saber adónde.

—Aquí, señora —dijo una voz masculina, aguda y chillona, desde las sombras.

Por fin alguien había oído mis gritos de auxilio. Casi llorando de alivio, me dirigí hacia la voz, adentrándome en un callejón estrecho entre dos edificios que apestaba a alquitrán.

—Por aquí.

Noté cómo una mano huesuda me agarraba por el codo, guiándome por un tortuoso camino hacia algo que brillaba en la noche. El río. Mi salvador tiró de mí hacia una estrecha pasarela de madera que se movía bajo nuestros pies.

Un recelo, una duda, el instinto y mi corazón, que latía más fuerte que nunca, hicieron que me opusiera.

—¿Hacia dónde nos dirigimos? —susurré.

—Haz lo que te digo.

Y en menos de lo que se tarda en decirlo, me retorció el brazo y me empujó hacia delante, hacia lo desconocido.

—¡Basta!

Clavé los tacones de mis botas en las tablas de madera. De repente, sentía más rabia que miedo. Al fin y al cabo, me habían atacado, había perdido mi bolsa de viaje, me habían amenazado con una navaja, me habían estropeado el vestido, mis planes también estaban hechos jirones y además, el que pensaba que era mi salvador, se había convertido en un nuevo enemigo. Había tenido más que suficiente.

—¡Detente, villano! —grité tan alto como pude.

—¡Mantén la boca cerrada! —dijo mientras me empujaba y me retorció dolorosamente el brazo.

—¡Maldito seas! ¡Suéltame! —continué gritando mientras tropezaba.

De repente, un objeto contundente me golpeó en la oreja derecha y me

desvanecí en la oscuridad.

No sería justo decir que me desmayé. No me he desmayado en mi vida y espero no hacerlo nunca. Digamos que, durante un periodo indeterminado de tiempo, perdí la consciencia.

Cuando pestañeé y abrí los ojos, me encontré en una posición incómoda, ni sentada ni tumbada, sobre un extraño suelo de tablones curvados, con las manos atadas a la espalda y los tobillos sujetos de forma similar con una áspera cuerda de cáñamo.

Colgada de un tablón del techo cerca de mi cabeza, una lámpara de aceite iluminaba tenuemente el lugar al tiempo que desprendía un olor cálido y asfixiante. A mis pies, vi unas grandes piedras apiñadas cerca de un charco de agua del color del aguarrás, como si fuera una horrible parodia de mi rincón favorito en el valle. Aturdida, cerré los ojos y esperé a que se me pasara el mareo.

Pero el mareo, o más bien la sensación de estar moviéndome, no pasó. Y entonces me di cuenta de que me sentía ligera de cabeza porque mi captor, fuera quien fuese, me había quitado el sombrero, probablemente por miedo a las agujas. Me sentía desprotegida, tan solo ataviada con mi cabello embrollado, y todo a mi alrededor parecía sacudirse y balancearse, pero no estaba enferma.

Estaba, más bien, en la bodega de una embarcación.

«Para ser exactos, en el casco», pensé cuando me acordé de que así lo llamaban. No sabía nada de barcazas y barcos y demás, pero había navegado en un barco de remos un par de veces y, por decirlo de algún modo, identificaba el movimiento de una embarcación al mecerse y chocar contra el amarradero. Estaba flotando, con su proa atada a un noray. La cubierta estaba justo encima del techo del que colgaba la lámpara. El charco

asqueroso a mis pies se llamaba «sentina», y las piedras, según creía, eran el «lastre».

Abrí los ojos, intentando entrever algo en la oscuridad, e inspeccioné mi sombría prisión. No estaba sola.

En el lado opuesto del casco, justo al otro lado de la sentina, un chico también atado de manos y tobillos me observaba.

Me estudiaba.

Con las cejas fruncidas, a través de sus oscuros ojos y con la mandíbula tensa.

Vestido con ropa barata que no era de su talla. Con los pies descalzos, unos pies que parecían suaves, doloridos y pálidos.

Con un cabello rubio que empezaba a crecer de forma irregular.

Y con un rostro que había visto antes, aunque solo en la portada de un periódico.

Ante mí tenía al vizconde Tewksbury, marqués de Basilwether.

## CAPÍTULO DECIMOSEGUNDO



Pero aquello... aquello era absurdo. Imposible. Se suponía que se había escapado para hacerse a la mar.

—¿Qué diablos haces tú aquí? —exclamé sin esperar una presentación formal.

—¿Nos conocemos, señorita? —dijo arqueando sus cejas doradas.

—Por el amor de Dios, no nos conocemos de nada. —Me enderecé, indignada y sorprendida. Y también enojada—. Sé quién eres, Tewky.

—¡No ose llamarme así!

—Muy bien, Lord Tewksburbujas-en-el-mar, ¿qué hace usted descalzo en un barco?

—También yo podría preguntar con igual ecuanimidad qué hace una mocosa como tú vestida de viuda y callejeando por Londres —respondió mordaz e incluso en un tono más aristocrático.

—Oh, vaya —le atacé—, un grumete con acento de Eton.

—Oh, vaya, una viuda sin alianza.

Como tenía mis manos atadas detrás de la espalda, no había reparado en ello. Pero ahora que las había apoyado encima del polisón para intentar desatar el cordaje que me sujetaba las muñecas, me di cuenta.

—¿Por qué me ha quitado los guantes? ¿Para qué los quiere? —exclamé.

—«Te han» —corrigió su excelencia el vizconde—. En plural. Son dos. Querían robarte el anillo, pero no lo encontraron. —A pesar de su aire

arrogante y aleccionador, pude distinguir la palidez de su rostro y el temblor de sus labios al hablar—. También fisgaron en tus bolsillos, y encontraron unos pocos chelines, algunas horquillas, tres barritas de regaliz, un pañuelo bastante sucio...

—Es verdad —dije, tratando de cortar su letanía.

La idea de que, mientras estaba inconsciente, unos hombres que no conocía de nada habían metido sus sucias manos en mis bolsillos me estremecía. Afortunadamente, no me habían tocado, porque mi improvisado equipaje seguía en el mismo lugar. Podía notar el aumentador de busto, los reguladores de cadera y el embellecedor para el vestido en su posición original.

—... un peine, un cepillo, un cuadernillo lleno de flores con unos...

Sentí una punzada en el corazón, como si acabaran de asesinar a mi madre frente a mí. Las lágrimas se agolpaban en mis ojos. Sin embargo, me mordí el labio. No era ni el momento ni el lugar de lamentar la pérdida.

—... y como uno de los costados del vestido está rajado de arriba abajo, también echamos un vistazo a ese escandaloso corsé rosa que llevas puesto.

—¡Canalla! —Mi tristeza alimentó mi rabia. Muerta de vergüenza y temblando por la ira, estallé—: Te mereces estar donde estás, atado de pies y manos...

—¿Y cómo es que tú, querida niña no mucho mayor que yo, mereces el mismo trato?

—Soy mayor que tú.

—¿Cuánto de mayor?

Cuando estaba a punto de decírselo, recordé que una dama no debía revelar su edad bajo ningún concepto. Maldito chico, era listo.

Y a pesar de sus fanfarronadas, estaba asustado.

Tan asustado como yo.

—¿Cuánto hace que estás prisionero? —le pregunté con suavidad después de suspirar profundamente.

—Hace aproximadamente una hora. Mientras el pequeño me agarraba, el corpulento decidió seguirte por algún motivo que desconozco. Yo...

Calló al oír unos pasos enérgicos por encima de nuestras cabezas. Las pisadas se detuvieron, y la luz de una linterna apareció al otro extremo de nuestra prisión. Me encontré ante la absurda visión de unas botas de goma que bajaban por una escalera, seguidas de un hombre de espaldas.

—No hace más de una hora —dijo mientras descendía dirigiéndose a alguien en la cubierta. Reconocí su voz chillona. Delgado, raquítico, encorvado, el hombre parecía tener tanto miedo como un chucho apaleado y mal alimentado—. Lo encontré justo donde me dijiste en tu telegrama, dando vueltas por el muelle en el que está atracado el *Great Eastern*. Ya sabemos qué haremos con él, pero ¿y la chica?

—Más o menos lo mismo —gruñó la voz del otro hombre, que también empezaba a bajar por las escaleras. Reconocí su voz, y miré estoicamente cómo aquellos pies enfundados en unas botas negras iban seguidos de unos enormes miembros cubiertos por unas prendas de color oscuro que, aunque tal vez en el pasado pertenecieron a un caballero, ahora habían venido a menos. Sus pálidos guantes en cuero de cabritilla, como podía ver gracias a la luz de la linterna que sujetaba en su mano, eran amarillos. La alta burguesía, tanto hombres como mujeres, llevaban este tipo de guantes, a menudo de color amarillo, para denotar la clase social a la que pertenecían.

Sin embargo, cuando la nuca del gigantesco hombre apareció, comprobé que no llevaba el sombrero de un caballero, sino la gorra de tela de un trabajador corriente.

De modo que, cuando se dio la vuelta y pude ver su rostro, ya me había hecho una idea.



Era, tal como había supuesto, el rostro frío y pálido que, como una luna o una calavera blanca y siniestra, se había pegado al cristal del compartimiento del tren. Cuando se quitó la gorra, pude comprobar que estaba casi calvo, excepto por algunos mechones ensortijados de cabello rojizo que salían de sus orejas. Me hizo pensar en un gusano repugnante.

—Pensaba que solo irías tras ella en caso de que yo no pudiera atraparlo —dijo el otro.

—Bueno, así nos aseguramos bien —respondió el calvo gigantesco arrastrando las palabras—. Además dice que se llama Holmes. —Mientras hablaba con su compañero, me contemplaba maliciosamente, disfrutando y sonriendo ante mis ojos como platos y mi boca abierta. No pude evitar mostrarme sorprendida. ¿Cómo sabía quién era yo? ¿Cómo podía saberlo? Satisfecho con mi reacción, siguió conversando con su compañero—. Dice que es pariente de Sherlock Holmes. Si es cierto, podemos conseguir un buen botín por ella.

—Entonces, ¿por qué has intentado matarla?

Así que aquel hombre voluminoso con pelos en las orejas era, como bien había supuesto, el despiadado que me había atacado.

—Me puso de mal humor —dijo, encogiéndose de hombros con indiferencia.

Conseguí cerrar mi boca abierta y empecé a ver que todo cobraba sentido. Había estado buscándome en el tren. Me había seguido desde la estación.

Sin embargo... nada tenía sentido. ¿Por qué me había asaltado pensando que yo conocía el paradero de Lord Tewksbury?

—Víbora. —El malhechor me lanzó una mirada asesina con unos ojos que parecían hielo negro. Algo en ellos me era familiar, pero no negaré que estaba tan asustada que me puse a temblar—. Has tenido suerte. La mayoría

de chicas por estos barrios no tienen dinero para corsés. He abierto en canal a más de una. No vuelvas a ponerme de mal humor.

Permanecí callada, sin saber qué responder.

Francamente, estaba aterrada.

Pero entonces, el otro hombre, el raquítrico, contestó por mí:

—Bien, entonces será mejor que vigiles, no vaya a ser que hagas enfadar a Sherlock Holmes. Por lo que he oído, ese caballero no bromea.

—Haré enfadar a quien me dé la gana —dijo el más grande volviéndose hacia él con un tono amenazador como el filo de una navaja—. Me voy a dormir. Tú haces la guardia.

—Esa era mi intención de todos modos —musitó el otro, pero solo cuando el bruto hubo desaparecido escaleras arriba.

El delgaducho, el chucho guardián, se acomodó con la espalda contra la escalera y nos lanzó una mirada depravada.

—¿Quién eres? —le pregunté.

Aunque apenas había luz, pude ver que a su sonrisa amarillenta le faltaban varios dientes.

—Príncipe Encantado de Caballomanzana, a su servicio —me dijo.

Ante una broma tan obvia, le dirigí una mueca de disgusto.

—Ya que estamos de presentaciones —me dijo Lord Tewksbury—, ¿te importaría decirme cómo te llamas?

Me giré para mirarlo.

—Nada de cháchara —dijo Raquítrico.

—¿Qué piensan hacer usted y su amigo con nosotros? —le pregunté fríamente.

—Llevaros a un baile, queridos. Nada de cháchara he dicho.

Sin deseos de ofrecerle a aquel ser reprobable más momentos de

diversión, me tumbé de lado sobre los tablones, dejando la parte del vestido con la raja en la parte inferior, y cerré los ojos.

No resulta fácil dormir, o incluso hacerse la dormida, cuando se está maniatada a la espalda. Para empeorar la situación, los extremos de las ballenas de acero de mi corsé se me clavaban dolorosamente en las axilas.

Mi mente, al igual que mi cuerpo, tampoco estaba dispuesta a descansar. Habían mencionado la palabra «botín», lo que significaba dinero, y lo que me llevaba a deducir que me retenían para obtener un rescate. No podía imaginar un modo más humillante de volver con mis hermanos, quienes, sin dudar un instante, me darían un azote y me mandarían derecha al internado. Me preguntaba si me quitarían el dinero. Me preguntaba cómo, cómo, cómo aquel gigantesco rufián había sabido de mi existencia y me había seguido, y, más espeluznante si cabe, cómo se había enterado de lo del vizconde Tewksbury y había conseguido enviar un telegrama a su cómplice con cara de chucho. Me preguntaba qué había querido decir con «Más o menos lo mismo». Temblando de miedo, me obligué a mantenerme alerta por si surgía cualquier posibilidad de escapar. Pero, al mismo tiempo, reconocía que era mejor respirar calmadamente, dejar de temblar, hacer acopio de energías e intentar dormir.

Debido a la forma del casco de la embarcación, estaba tumbada en un lugar inclinado como una hamaca que no resultaba nada cómodo, incluso con todo el relleno que llevaba encima. Moví las piernas y busqué una posición en la que no me sintiera tan entumecida. No lo logré: las varillas de acero del maldito corsé no solo atormentaban mis brazos, sino que se empezaron a clavar a través de la rasgadura del vestido, recordándome de forma muy vívida cómo el cuchillo de aquel malhechor había...

Acero. Cuchillo.

De repente, me quedé muy quieta.

¡Ajá! Si solo pudiera...

Después de pensarlo durante unos instantes, entreabrí los ojos para ver a Raquíto el Chucho Guardián a través de mis pestañas. Afortunadamente, mi recato me había obligado a tumbarme sobre el lado derecho, de cara a él, para ocultar el corsé. Todavía estaba sentado con la espalda apoyada contra la escalera, pero su cabeza colgaba. Se había dormido.

Sí. Tal vez mi idea funcionara. Sin embargo, mientras él estuviera delante de la escalera, nadie podría pasar sin despertarlo. Aunque ya me ocuparía de aquel detalle más tarde.

Tan silenciosamente como pude, giré el torso e intenté tocar con mis muñecas atadas una de las varillas que salía del corsé.

No era fácil, puesto que la raja estaba en un costado. No obstante, apretando los dientes para no hacer ruido, alargué lo más que pude un brazo mientras me apoyaba en el codo del brazo contrario y me las ingenié para introducir la cuerda que sujetaba mis muñecas en el extremo de una de las ballenas de acero que sobresalía del corsé.

Mi postura era tan complicada que apenas podía moverme. Aun así, conseguí romper la tela almidonada en la que la varilla estaba enfundada.

Después, todavía más contorsionada, empecé a cortar las cuerdas.

No miré ni una vez hacia Lord Tewksbury. Intentaba pensar lo menos posible en él, y si lo hacía, trataba de convencerme de que estaba durmiendo. De otro modo, me hubiese avergonzado de mi postura poco educada.

Adelante y atrás, adelante y atrás. No sin dificultad, mis manos y brazos se movían cual sierra mientras presionaba las muñecas maniatadas contra el acero. Con dolor y durante un buen rato. No podría decir cuántas horas transcurrieron porque, en aquel agujero, no había manera de diferenciar el día de la noche. Tampoco había manera de saber si estaba progresando con

las cuerdas porque no podía ver qué estaba haciendo. Lo que sí podía notar era que me cortaba. Sí, a mí misma. Pero apreté los dientes y presioné lo más que pude, con la mirada fija en el guardia durmiente y aguzando el oído para escuchar más allá de mi agitada respiración. De repente, más que oír, empecé a sentir los lengüetazos de las olas, la porquería de las aguas residuales, las sacudidas amortiguadas contra el embarcadero...

Raquítico se revolvió como si estuviera lleno de pulgas. Tuve el tiempo justo de recostarme y esconder las manos de su mirada antes de que abriera los ojos.

—A ver... ¿Qué pasa? —se quejó—. ¿Por qué estás moviendo el maldito barco?

## CAPÍTULO DECIMOTERCERO



Me quedé de piedra, encogiéndome de miedo como un conejo en un matorral.

Pero del extremo opuesto del casco, una voz arrogante dijo:

—¿Cómo que por qué? Es mi deseo que este barco se mueva y, por tanto, le exijo, no, le ordeno que se mueva.

Y sí, se movía. Allí estaba el joven vizconde Tewksbury, marqués de Basilwether, inclinándose hacia delante y hacia atrás y hacia delante otra vez, desbaratando la paz de nuestra prisión.

—¡Oye, tú! —dijo Raquítico mirándolo fijamente—. ¡Ya basta! ¡Deja de hacer eso!

—Oblígame. —Un altanero Lord Tewksbury le devolvió la mirada y siguió moviéndose.

—¿Me estás pidiendo que te obligue? —Raquítico se puso en pie tambaleándose—. Te crees muy señorito, ¿verdad? Pues ahora verás.

Con los puños apretados, caminó hasta donde estaba Tewksbury, y al hacerlo, me dio la espalda, lo que aproveché para sentarme y contorsionarme de nuevo en busca de la varilla del corsé con mis manos atadas.

Nuestro depravado captor golpeó la pierna del joven Lord Tewksbury con fuerza.

El chico no articuló sonido alguno, aunque yo bien hubiese podido

chillar. Quería coger a ese hombre tan desagradable y apalearlo, detenerlo. De hecho, me invadió tal rabia que empecé a luchar brutalmente contra las cuerdas que amarraban mis muñecas. Mis gestos eran tan brutos que podría haberme dislocado el hombro.

En ese momento, oí un chasquido. Dolía mucho.

Raquítico golpeaba de nuevo a Tewksbury.

—¡Venga, sigue! —le decía el chico—. Esto me encanta.

Pero su voz forzada desvelaba que mentía.

Me dolían tanto los brazos que por un momento pensé que, en lugar de la cuerda, me había roto un hueso. De repente, como si no fueran las mías, me encontré con mis propias manos delante de los ojos. Estaban lastimadas, ensangrentadas y algunas hebras de cáñamo había quedado adheridas a las muñecas.

—Así que te encanta, ¿eh? Ah, sí, ya lo veo —chilló nuestro ruin y despreciable carcelero, pateando fuertemente a Lord Tewksbury por tercera vez.

Esta vez Tewky soltó un gemido.

Y mientras él lo hacía, yo me puse en pie, con los tobillos todavía sujetos. Pero no tuve que caminar porque me encontraba justo detrás de nuestro captor. Cuando Raquítico se preparaba para lanzar una nueva patada, mis manos, que todavía parecían saber lo que hacían mejor que yo, escogieron una gran roca del lastre. Antes de que pudiera golpear al chico, levanté aquella arma tan primitiva y la hice caer sobre su cabeza con gran determinación.

Sin emitir sonido alguno, se desplomó sobre el agua hedionda, inmóvil.

Me quedé quieta, mirándolo boquiabierta.

—¡Desátame, idiota! —gritó Lord Tewksbury.

El hombre seguía sin moverse, inerte, aunque aún respiraba.

—¡Desátame, estúpida!

El tono autoritario del chico me devolvió a la realidad. Le di la espalda.

—Pero ¿qué estás haciendo, mema?

Estaba preservando el escaso recato que me quedaba, aunque no se lo aclaré. Desabroché una parte del corpiño y rebusqué en la parte central de mi equipaje el cortaplumas del set de dibujo que había guardado en mi «aumentador de busto» junto con un lápiz y varias hojas de papel en blanco. Después de abrocharme de nuevo, saqué el cortaplumas, me incliné y corté las cuerdas que me sujetaban los tobillos.

Incapaz de ver qué estaba haciendo debido a la amplitud de mi falda negra, Lord Tewksbury había dejado de dar órdenes y había empezado a suplicar.

—Por favor, ¡por favor! Me di cuenta de lo que estabas haciendo y te he ayudado, ¿no? Por favor, ¿puedes...?

—¡Chis! Un momento.

Una vez conseguí desatarme los pies, me di la vuelta y, pasando al lado de nuestro carcelero, que seguía inmóvil, me incliné delante del chico cautivo. Con un rápido movimiento, corté la cuerda de sus manos, maniatadas a la espalda. Después le cedí la navajita para que pudiera hacer lo propio con sus tobillos, mientras yo limpiaba la sangre de mis muñecas con la falda de mi malogrado vestido. Examiné los cortes —no eran tan profundos como para causar problemas—, y después me palpé la cabeza: mis cabellos caían completamente despeinados sobre mis hombros, y cualquier atisbo de moño había desaparecido. Entre la maraña de pelo, encontré unas pocas horquillas con las que traté de cerrar el desgarró del vestido.

—¡Venga, vamos! —me apremió el joven vizconde Tewksbury, que



ahora estaba en pie blandiendo mi cortaplumas, todavía abierto, como si fuera un arma.

Tenía razón, desde luego. No era momento de acicalarme. Asintiendo, me acerqué a la escalera que conducía a la libertad con Lord Tewksbury a mi lado. Sin embargo, una vez allí, intercambiamos una mirada, desconfiados.

—¿Las damas primero? —dijo con poca convicción su excelencia.

—Cedo el paso al caballero —respondí.

En mi mente solo cabía el pensamiento de que una chica jamás debe encontrarse en una postura en que un varón pueda mirar por debajo de su falda. En ningún momento me paré a pensar en qué nos esperaba una vez arriba.

Asintiendo y todavía blandiendo el cortaplumas, Tewksbury subió por la escalera.

La luz me cegó en cuanto levantó la escotilla. La noche se había convertido en día, aunque no sabía si era mañana o tarde. Solo recuerdo la silueta, vaga y entre pestañeos, del joven vizconde sacando la cabeza con cautela para mirar. Silenciosamente, depositó la escotilla a un lado, salió y con rapidez me hizo señas para que lo siguiera.

Escalé lo más rápido que pude y, al llegar arriba, lo encontré esperando, con su mano tendida para ayudarme a salir de la bodega. Aunque me había llamado sucesivamente idiota, estúpida y mema, sin duda el chico era todo un caballero. Habría sido más inteligente por su parte irse sin mí, pero parecía lógico y justo que, como habíamos sido compañeros de cautiverio, también fuéramos compañeros de escapada. Ciertamente, a mí no se me hubiera ocurrido dejarlo atrás, y, evidentemente, él tampoco lo había considerado.

Alcancé el final de la escalera, cogí su mano y...

Con un rugido, una voz horrible soltó la maldición más terrible que había

oído o imaginado en toda mi vida. Cuando llegué con la cabeza a la altura de la escotilla, vi una enorme forma escarlata que salía de una cabina y se precipitaba hacia nosotros por el escaso trozo de cubierta que nos separaba.

En ese horrible momento descubrí que los caballeros, o al menos un poco caballerosos, vestían, de la muñeca a los tobillos, innombrables de franela roja como la sangre. Me puse a gritar.

—¡Vamos! —Tewksbury se puso en pie de un salto y me empujó, alejándome de la amenaza roja que se cernía sobre nosotros—. ¡Corre!

Parecía que quisiera impedirle el paso a aquel bruto con el pequeño cortaplumas.

—¡Tú también!

Con una mano me recogí la falda y las enaguas por encima de las rodillas, mientras que con la otra lo agarré del cuello y lo estiré hasta el otro extremo de la embarcación. Juntos, aunque ya sin agarrarlo, saltamos por encima de casi un metro de agua hacia unos inseguros tablones que supuse debían de ser el «embarcadero». Entonces, recogiendo mi falda con las dos manos, empecé a correr tan rápido como pude por aquel camino estrecho y tembloroso.

—¡No iréis lejos! —bramó una fiera voz desde el barco—. ¡Esperad a que me vista y os ponga las manos encima!

Tengo las piernas largas y me encanta correr, pero no me gusta hacerlo cuando tropiezo con mi maldita ropa y, definitivamente, no sobre un laberinto de tablones cubiertos por un barro verde en descomposición. Un laberinto de muelles y agua salobre, poleas y pasarelas y más agua putrefacta se extendían entre nosotros y las tabernas y los cobertizos que se erigían a lo largo de la orilla del Támesis.

—¿Por dónde... vamos? —dijo Tewky con la voz entrecortada. Ya no

pensaba en él como un *lord*, vizconde o como el hijo de un duque; era mi camarada, jadeando justo a mi lado.

—¡No lo sé!

Pero poco importaba. En un callejón sin salida, rodeados de masas de agua oscurecidas por el alquitrán, resbalamos y caímos. Tuvimos que regresar sobre nuestros pasos para encontrarnos con un brazo de agua que bloqueaba nuestro camino. Empecé a temblar, pensando que si caía en ese río de color negro, sería el fin. Me ahogaría. Dudaba que Tewksbury supiera nadar. Pero no había tiempo para titubeos. A muy poca distancia de nosotros, nuestro corpulento enemigo abandonaba su cabina de nuevo, esta vez vestido con decencia.

—¡Os mataré a los dos! —rugió.

Como si fuera un oso en pleno ataque, se lanzó desde la embarcación hacia el laberinto de muelles. Y para empeorar la situación, una figura pequeña y encorvada lo seguía, del mismo modo en que un perro hambriento sigue al mendigo. Estaba claro que no había atizado a Raquíitico lo suficientemente fuerte.

—¡Salta! —chillé, y con la falda y las enaguas inflándose al viento, me precipité hacia otro embarcadero.

Aunque se balanceó bajo mis pies, conseguí mantener el equilibrio. Justo cuando recuperaba el aliento, se movió de nuevo cuando Tewksbury aterrizó con un ruido sordo a mi lado. Sin aliento siquiera para emitir un grito, rechiné como el carrete oxidado de un tendedero. Tewky me agarró del brazo y gritó:

—¡Corre!

Y esta vez, mientras huíamos, tomó la delantera. En algún momento de la persecución había perdido mi cortaplumas. Su mano derecha, desarmada,

temblaba. Mi estremecimiento aumentó cuando noté que la pasarela bajo nuestros pies se zarandeaba a causa de las enérgicas pisadas del asesino.

—¡Oh, no! —grité al llegar a otra plataforma que no llevaba a ningún sitio.

Tewky profirió una maldición que no repetiré.

—¡Debería darte vergüenza! ¡Vamos, por aquí!

Dando la vuelta, tomé de nuevo la delantera y, al fin, unos instantes después, prorrumpimos despavoridos hacia un suelo firme de adoquines, ladrillos y cemento. Pero nuestros enemigos, que conocían el camino, alcanzaron la orilla al mismo tiempo que nosotros, solo a un tiro de piedra por detrás, tan cerca que podía distinguir la sangre en la cabeza de Raquíco y la rabia que albergaban sus ojos bizcos; tan cerca que podía ver los pelos en las orejas del asesino corpulento y cómo la ira hacía enrojecer su cara llana. Sangre en la luna, un mal presagio.

Confieso que volví a gritar; a decir verdad, aullé como un conejo herido. Sin saber por dónde huir, tomé la mano de Tewky, enfilé una calle estrecha y doblé la esquina.

—¡Vamos, deprisa!

Zigzagueamos entre vagones cargados de mercancías tirados por jamelgos agotados y atravesamos la calle en diagonal hasta el siguiente cruce.

Estaba sin aliento, con la cara y la ropa empapadas por el calor, pero todavía oía los pasos que corrían tras nosotros.

Tewky se estaba rezagando. Aunque lo estiraba, podía sentir cómo se doblaba de dolor con cada zancada. Iba descalzo, y sus pies, llagados, chocaban contra el duro pavimento. Y todo cuesta arriba, para alejarnos del río.

—¡Vamos!

—No puedo... —jadeó el chico tratando de desembarazarse de mi sujeción.

—Claro que puedes... Tienes que hacerlo —le dije agarrándolo más fuerte.

—No... Vete. Sálvate.

—Ni lo sueñes.

Me olvidé del pánico atroz que sentía y miré a mi alrededor sin dejar de correr. Nos acercábamos al final de los vagones, las dársenas y los cobertizos. Estábamos en una calle decadente, con edificios zarrapastrosos y comercios todavía más descuidados: una pescadería, una tienda de empeños, un reparador de parasoles. Y también con algunos vendedores ambulantes:

—¡Mejillones vivos! ¡Ostras vivas!

—¡Tengo dulces helados! ¡Dulces helados de fresa!

Entre los transeúntes, había un barrendero con una carreta tirada por un burro, varios hombres con carretillas llenas de chatarra, mujeres y chicas con cofias y mandiles que en el pasado habían sido blancos pero que se habían vuelto del color de los champiñones. Había gente, pero no el tipo de gente que podría ayudarnos, y no tanta como para que un chico descalzo a la fuga pasara desapercibido, y mucho menos una chica desaliñada y sin aliento ataviada con un vestido de viuda salpicado de sangre y hecho jirones.

—¡Deteneos, ladrones! —vociferó una voz ronca pero todavía con la fuerza de un rugido a nuestras espaldas—. ¡Detengan a esos dos bribones! ¡Villanos! ¡Rateros!

Los transeúntes se volvían para observarnos mientras huíamos por una calle llena de tiendas de cachivaches: mobiliario de segunda mano, ropa usada, sombreros renovados, zapatos y botas con suelas reparadas, más ropa

usada. Los rostros se nos aparecían en un abotargamiento de calor y miedo; se acercaban amenazadores por un momento y desaparecían un segundo después.

Mientras huíamos, reconocí uno de aquellos rostros, aunque no supe decir dónde lo había visto con anterioridad.

Entonces, mientras corríamos sin parar, lo recordé.

—¡Tewky! ¡Rápido!

Abandonamos la calle y nos dirigimos a toda velocidad hacia un estrecho pasadizo entre dos pensiones destartaladas. Tras un cobertizo de vacas, doblamos la esquina y nos dimos a la fuga entre los malolientes callejones por detrás de los edificios, callejones que apestaban a burros, cabras, gansos y gallinas. Doblamos de nuevo una esquina y...

—¡No podéis escapar! —rugió una voz aterradora desde detrás del cobertizo, demasiado cerca como para no horrorizarnos.

—¡Rendíos! —dijo otra voz, en esta ocasión chillona.

—¡Idiota! —gritó Tewksbury, dirigiéndose evidentemente hacia mí—. ¡Estamos corriendo en círculo! ¡Nos atraparán!

—Espera y verás. Sígueme.

Le solté la mano y, abandonando el último ápice de decoro que me quedaba, tiré de los botones y abrí el corpiño superior de mi atuendo. Mientras corríamos por un callejón bastante sucio, rebusqué y encontré un paquete de papeles crujientes que había colocado en el equipaje frontal. Saqué uno. Lo oculté en la palma de mi mano, doblamos la esquina que nos llevaba de nuevo hasta la calle y me dirigí hacia una tienda de ropa usada.

La propietaria estaba en la puerta exterior, observando lo que ocurría en la calle y disfrutando de la refrescante brisa. Sin embargo, cuando vio que iba directa hacia ella, su alegre expresión se congeló y se convirtió en una

mueca de alarma. Ya no parecía un petirrojo o un sapo, sino más bien un ratón bajo la zarpa de un gato.

—¡No! —masculló al ver cómo me acercaba corriendo—. No, Cuchillo me matará. Sería jugarme la vida...

No había tiempo para discutir. Tewky y yo solo teníamos unos segundos antes de que los dos malhechores aparecieran de nuevo en la calle y nos vieran. Embuté un billete de cien libras en la mano de, supuestamente, la señora Culhane, agarré a Tewky de la manga y lo arrastré hacia el interior del Emporio de Ropa Usada Culhane.

## CAPÍTULO DECIMOCUARTO



Sin aliento, nos precipitamos al interior de la tienda, a una sala que parecía un horno, oscura, sucia y llena de trastos. De una pared colgaban varios mantones y capas, y a modo de escondite improvisado, nos arrebujamos entre las sombras que proporcionaban sus pliegues. Observaba la puerta temblando y con los puños apretados, esperando que mi engaño funcionara.

—¡Escóndete debajo de la mesa! —susurró Tewky.

Negué con la cabeza. Lista para escapar si era necesario, vi a través de la puerta y de la ventana cómo la gente se apartaba para dejar pasar al corpulento malhechor y a su chucho raquíico, que atravesaban la calle mirando en todas direcciones. Vi cómo el gran rufián agarraba a un vagabundo por el cuello, casi levantándolo del suelo y le gritaba. El pobre hombre gesticuló en nuestra dirección.

¿Dónde estaba la señora Culhane? No tenía ni la menor idea.

Entonces apareció de nuevo, dándome la espada. Parecía una tortuga a la que le habían puesto un vestido de cuadros adornado en el centro por el lazo delgado del delantal.

Nuestro enemigo con cara de luna y su acólito se dirigieron hacia ella. De hecho, se elevaron sobre ella como dos torres. Incluso el chillón Raquíico la sobrepasaba. No creo que yo hubiera podido enfrentarme a la ferocidad de sus miradas.

Pero la anciana rechoncha ocupó el umbral de la puerta como si fuera un



tapón. Vi cómo negaba con la cabeza. Vi cómo gesticulaba hacia el final de la calle.

Vi el umbral iluminado por el sol como si fuera un halo de esplendor que la rodeaba.

Vi cómo los dos villanos se daban la vuelta y se marchaban.

Apoyada en la vieja capa de no se sabe quién, me dejé caer hacia la pared con alivio. Tewky se dobló como un caballete, hundiéndose hacia el suelo. La señora Culhane, con mucho juicio, no entró al momento, sino que permaneció en la puerta durante unos instantes. Cuando regresó, yo ya había recuperado fuerzas y estaba aplicando en el rostro de Tewky un paño rectangular de franela roja descolorida que previamente había empapado en el grifo de una estancia trasera. Una vez se hubo incorporado, me concentré en sus pies doloridos. Mientras frotaba suavemente el trozo de tela para limpiar la suciedad y la sangre sin lastimarlo, examiné sus plantas llagadas y en carne viva. Nuestra salvadora con apariencia de sapo cerró con llave la puerta de la tienda y bajó la persiana.

—Así que —me dijo mientras se acercaba hacia mí con andares de pato—, un día eres una viuda afligida, y al día siguiente resulta que eres una chiquilla greñuda huyendo de Cuchillo y Raquíto.

—¿Ah, sí? ¿Y quiénes son esos caballeros? No se presentaron.

—No me extraña. Esa tela que estás utilizando es mi faja.

—Por el amor de Dios —dije poniéndome en pie—. Creo que ya se la he pagado.

Me miró sin sonreír. La voz y los modales de petirrojo y los «cielito» habían desaparecido.

—Lo que me diste ha ido a parar a los vecinos. Para acallar a otros que también os han visto.

Supuse que aquello debía de ser en parte cierto. Había desaparecido del

umbral para negociar el silencio de algunos de los transeúntes.

Pero, por el astuto destello en sus ojos, también supe que era en parte falso. A los vecinos no les habría prometido más que algunos chelines o, como mucho, unas pocas libras. Aun así, se podía apreciar cierta honestidad en la expresión austera que adoptó cuando me dijo:

—Será mejor que eso no sea todo lo que tienes. Cuchillo me rajará de arriba abajo si se entera, no lo dudes. Estoy arriesgando mi vida por ti.

—Si nos proporciona lo que necesitamos —le respondí—, habrá más.

Al día siguiente, Tewky y yo nos escabullimos por la puerta trasera, recuperados y transformados. Nos habíamos refugiado en su descuidada cocina —vivía encima de la tienda, en un piso de tres habitaciones— y habíamos aceptado sus gachas grumosas con agradecimiento. Habíamos dormido: yo en el apestoso sofá, y Tewky sobre unas mantas dispuestas en el suelo. Nos habíamos aseado con una esponja. Había aplicado un bálsamo (de hecho, un ungüento para ubres bovinas) en los pies de Tewky y se los había vendado. Nos habíamos vestido con prendas de Ropa Usada Culhane y habíamos quemado la nuestra en el hornillo de la cocina.

No habíamos hablado, ni siquiera para presentarnos. Nuestra anfitriona de cara amarga no nos había hecho preguntas, y nosotros no le habíamos proporcionado información alguna. Tewky y yo ni siquiera conversábamos entre nosotros por temor a que nos oyera. No me fiaba de ella; no me hubiera extrañado que se quedara con todo el dinero si descubría dónde lo escondía. Así que nunca me desvestí en su presencia, y nunca me desprendí del corsé, ni siquiera para dormir. Esa prenda, tan odiada en el pasado, se había convertido en mi posesión más preciada, ¡siempre y cuando no la ciñera! Su protección de acero me había salvado la vida. Su estructura almidonada aguantaba y ocultaba el aumentador de busto, el embellecedor

para el vestido y los reguladores de cadera que servían para camuflar tanto mi aspecto como mis recursos financieros.

Creo que la señora Culhane —si es que ese era su verdadero nombre— nunca descubrió mi secreto, o al menos eso espero. Nos limitamos a hablar de negocios: ¿podía proporcionarnos atuendo completo para el chico no muy usado y una gorra de su tienda, y también un par de zapatos amplios y calcetines gruesos? ¿Y para mí, tenía una blusa y una falda al bias, acampanada o con polisón, como las que llevaban las mecanógrafas o las dependientas, que tuviera bolsillos y estuviera confeccionada con una tela práctica, y una chaqueta, también con bolsillos, cuyo dobladillo fuera ancho y cayera por encima de la parte superior de la falda? ¿Y unos guantes no muy ajados? ¿Y un sombrero que no estuviera muy pasado de moda? ¿Y podía ayudarme con el peinado?

Sin el grueso velo negro de viuda cubriéndome el rostro, me sentí desnuda ante el mundo, aunque la verdad es que ni siquiera mis hermanos me hubiesen reconocido. Encorvada, miraba como si fuera corta de vista a través de unos quevedos que se posaban sobre mi nariz como si fueran una extraña ave de metal. Por encima de las gafas, un tupido flequillo hecho de pelo falso decoraba y a la vez disimulaba mi frente, ayudando a los quevedos a alterar mi apariencia. Y encima del pelo llevaba un sombrero de paja con algunos lazos y plumas, semejante a cualquier sombrero de paja barato que llevaba cualquier joven trabajadora de la ciudad.

—Ahora solo necesito un parasol —le dije a la señora Culhane.

Me proporcionó uno, teñido químicamente de un horrendo pero actual tono verde, y luego nos acompañó hasta la puerta trasera, donde nos tendió la mano. Encima de su palma deposité, tal y como le había prometido, otro billete. Salimos de allí, y ella cerró la puerta tras nosotros sin decir una palabra.

Una vez llegamos a la calle, me puse a arrastrar los pies y a golpear el suelo con el parasol como si fuera medio ciega. Actuaba así como parte del disfraz, pero también para que Tewky, cuyos pies todavía supuraban, no tuviera que esforzarse y pudiera caminar lentamente, como si fuera mi acompañante y sostén.

Confiaba en que, con aquellas prendas, ni nuevas ni usadas, ni ricas ni pobres, no llamaríamos la atención. No quería que nadie nos reconociera y fuera a informar a Cuchillo.

Pero mi preocupación era infundada. A nuestro alrededor, la gente se dirigía ruidosamente a sus quehaceres, sin prestarnos la menor atención. Londres, esa ciudad-caldera hecha de ladrillos y piedra, parecía siempre estar hirviendo con torbellinos de actividad humana: un hombre con una carretilla vociferaba: «¡Cerveza de jengibre! ¡Cerveza fría de jengibre para refrescar las gargantas polvorientas!»; un carro de agua avanzaba con dificultad, seguido por algunos chicos que barrían los adoquines; un repartidor pedaleaba encima del triciclo más extraño había visto en mi vida, con las dos ruedas en la parte delantera en vez de en la trasera y con una gran caja atada al manillar; en una esquina, tres niños de cabellos oscuros cantaban con la armonía de los ángeles en un idioma que desconocía, y el del medio sujetaba una taza de loza que esperaba mi penique; justo a sus espaldas, encima de ellos, un hombre vestido con harapos sujetaba una lata de engrudo y un pincel mientras hacía equilibrios sobre una escalera para pegar anuncios de betún para zapatos, envoltorios elásticos contra el reuma y ataúdes con mecanismos de protección patentados por si te enterraban vivo; varios hombres ataviados por completo de blanco clavaban un aviso de cuarentena en la puerta de un alojamiento para huéspedes. Me pregunté brevemente qué fiebres y enfermedades horribles traía la hedionda brisa del

Támesis, y si yo misma, al haber puesto los pies en la embarcación de Cuchillo, podía morir de cólera o escarlatina.

Cuchillo. Qué rufián más fascinante. En uno de mis bolsillos, junto al dinero y a varios otros enseres que había transferido de mi aumentador de busto, llevaba una lista que había escrito aquella misma noche en un momento de desvelo:

*¿Por qué Cuchillo buscó en el tren?*

*¿Por qué me siguió?*

*¿Por qué creía que yo sabía dónde encontrar a Jewky?*

*¿Para qué quería a Jewky?*

*¿Por qué envió un telegrama a Raquítrico diciéndole que buscara a Jewky en los muelles?*

*¿Qué quiso decir con más o menos «lo mismo»?*

*¿Se dedica a secuestrar a gente?*

*¿Cómo se enteró de los planes de Jewky de embarcarse en el Great Eastern?*

¿Cómo? Yo solo se lo había explicado al inspector Lestrade, y Madame Como-Se-Llame, la perditoriana astral, lo había oído.

¿Se lo había dicho el inspector Lestrade a alguien más? Tal vez, probablemente más tarde, pero ¿no se hubiese dedicado en primer lugar a confirmar lo que le había dicho? Y ese telegrama debió de enviarse casi al momento.

Mmm.

Aquellos eran mis pensamientos cuando mi renqueante escolta y yo, tras

caminar unas cuantas manzanas, llegamos a un vecindario mejor, en el que encontramos una especie de parque. De hecho, era un trozo de césped con cuatro árboles bajo los que algunas mujeres empujaban cochecitos de bebé y un hombre con un burro vociferaba: «¡Paseos! ¡Denle un capricho al niño!, ¡a un penique!». Al lado del parque, según pude ver, había una larga fila de carruajes. Podía alquilar uno y así mi pequeño *lord* no se vería obligado a seguir sufriendo por sus pies doloridos.

Hasta aquel momento, no habíamos bajado la guardia y no habíamos intercambiado palabra, pero ahora que habíamos dejado la guarida de Cuchillo atrás, me giré hacia mi compañero y sonreí.

—Bueno, Tewky... —le dije.

—No me llames así.

—Muy bien, Lord Tewksbury de Basilwether-O-No —dije enojada por su comentario. Sin embargo, mi enfado disminuyó cuando un pensamiento vino de repente a mi mente—. ¿Cómo quieres que te llame? —le pregunté—. ¿Qué nombre elegiste al escapar?

—Yo... —Negó con la cabeza y apartó el rostro—. No importa. Ahora ya no importa.

—¿Por qué? ¿Qué vas a hacer?

—No lo sé.

—¿Sigues deseando embarcarte?

Se dio la vuelta y me miró fijamente.

—Lo sabes todo, ¿verdad? ¿Cómo es que conoces tantos detalles? ¿Quién eres? ¿Estás realmente emparentada con Sherlock Holmes?

Me mordí el labio. No creía prudente desvelarle mi identidad; ya sabía demasiado. Afortunadamente, justo en aquel momento, un chico que vendía periódicos en una esquina cerca de la parada de carruajes, voceó:

—¡Conozcan todos los detalles! ¡Piden un rescate por el vizconde

Tewksbury Basilwether!

—¿¡Cómo!?! —exclamé—. ¡Eso es absurdo!

Casi olvidándome de arrastrar los pies y hacer como que no veía, me acerqué deprisa y compré un periódico.

## **SENSACIONAL PROGRESO EN EL CASO DEL SECUESTRO**

decía el titular de la portada, de nuevo justo encima del retrato de Tewky a *la* Pequeño Lord Fauntleroy.

Sentado junto a mí en el banco de un parque para poder leer el periódico juntos, Tewky suspiró desalentado.

—¿Mi retrato?

—Todo el mundo lo ha visto.

He de admitir que dije aquello con cierto placer. Como vi que no contestaba, levanté mis ojos del papel y pude ver un rostro rojo de furia, totalmente humillado y angustiado.

—No puedo regresar —dijo—. No regresaré jamás.

—Pero ¿qué harás si alguien te reconoce por la fotografía? —le pregunté ya sin regocijo—. La señora Culhane, por ejemplo.

—¿Ella? ¿Y cuándo crees que ojeará un periódico? Si ni siquiera sabe leer... En aquellos barrios, nadie sabe leer. ¿Viste a algún chico que vendiera periódicos por los muelles?

Estaba en lo cierto, claro, pero en vez de reconocerlo, me concentré enteramente en el texto del periódico:

**Esta mañana se ha producido un sorprendente giro de los acontecimientos: la llegada de una petición de rescate anónima a Basilwether Hall, en Belvidere, escenario de la reciente desaparición del vizconde Tewksbury, marqués de Basilwether. A pesar del astuto descubrimiento a cargo del inspector jefe**

Lestrade en lo que se refiere al conjunto de objetos náuticos que el pequeño *lord* guardaba en un escondite en lo alto de un árbol...

—Oh, no —suspiró Tewky, de nuevo angustiado.

Medio avergonzada, seguí leyendo sin hacer comentario alguno.

... y de los consiguientes interrogatorios pertinaces en los muelles de Londres, donde se han localizado a varios testigos que afirman haber visto al joven desaparecido el mismo día de su desvanecimiento...

Que era, como me percaté, justo un día después del mío. Habían sucedido tantas cosas desde entonces que costaba creer que había huido de Ferndell Hall tan solo tres días atrás.

... parece ser que el vizconde, heredero del título Basilwether y de su fortuna, ha sido efectivamente secuestrado. Con el correo matutino llegaba una breve misiva, confeccionada con letras de periódico recortadas y pegadas, que reclamaba una gran suma, cuya cifra exacta la familia prefiere no desvelar. Las autoridades desaconsejan el pago del rescate, puesto que no existen pruebas de que realmente Lord Tewksbury haya caído en manos de este desconocido o desconocidos. Sin embargo, la célebre médium y perditoriana astral Madame Laelia Sibyl de Papaver, cuyos servicios fueron solicitados por la familia Basilwether en cuanto aconteció la desgracia, aconseja con vehemencia hacer efectivo el rescate, a satisfacer en soberanos de oro y guineas una vez se acuerden las condiciones de entrega, puesto que sus comunicaciones con las manifestaciones espirituales le han informado que, a menos que la familia coopere totalmente con los secuestradores, el vizconde Tewksbury está verdaderamente retenido y que su vida corre peligro. Madame Laelia...

El artículo continuaba, pero llegados a aquel punto, dejé de leer. En su lugar, me quedé sentada mirando a... a la fila de carruajes, de hecho, que se interponía entre Tewky y yo: una fila de rápidas calesas y unos torpes pero más espaciosos carros de cuatro ruedas, con sus caballos brillantes y escuálidos respectivamente, bamboleando las colas mientras masticaban la



avena en el interior del morral, y con sus respectivos corpulentos y harapientos cocheros holgazaneando, mientras esperaban al pasaje. Pero en realidad no veía nada de aquello. Estaba tratando de recordar el aspecto de Madame Laelia, aunque habían sucedido tantas cosas durante aquellos tres días que solo retenía una impresión de su pelo rojo, su enorme rostro, su enorme cuerpo, sus enormes manos con guantes de piel de cabritilla amarillos...

—Tengo que regresar —dijo una voz débil.

Me costó un momento salir de mi ensoñación y volverme hacia Tewky, que estaba a mi lado, pálido, hermoso y muy joven, mirándome.

—Tengo que volver a casa —dijo—. No puedo permitir que esos malditos villanos le roben a mi familia.

Asentí.

—Entonces, tienes una idea de quién envió la nota de rescate.

—Sí.

—Y te imaginas, como yo, que te estarán buscando.

—A los dos. Sí, por supuesto.

—Será mejor que vayamos a la policía.

—Supongo que sí. —Pero apartó la mirada.

Permaneció unos momentos examinando las puntas de sus zapatos nuevos —nuevos solo en un sentido, puesto que habían sido claramente confeccionados con trozos de piel procedentes de botas viejas.

Yo esperé.

—No es lo que me imaginaba —dijo finalmente—. Me refiero al muelle y a los barcos. El agua está asquerosa. Y la gente también lo es. No les gustan las personas que intentan mantenerse limpias y las tratan de esnobs. Hasta los mendigos me escupían. Me robaron el dinero, mis botas, incluso

mis calcetines. Alguna gente es tan mezquina que incluso robaría a las que se arrastran.

—¿A las que se arrastran?

—Las llaman «las holgazanas», porque siempre están durmiendo. Nunca he visto a nadie más desgraciado. —Bajó la voz—. Son ancianas a las que no les queda nada, ni siquiera la fuerza para mantenerse en pie. Se sientan en los escalones de los asilos para pobres medio dormidas, pero sin nada donde apoyar sus cabezas, tan cerca la muerte que ni siquiera pueden pedir limosna. Y si alguien les da un penique para que se tomen un té, se arrastran para recogerlo...

Con una punzada en el corazón, recordé a aquella anciana calva que había visto arrastrándose sobre los adoquines, con la cabeza llena de purulencias.

—... Y después regresan arrastrándose al mismo lugar —dijo Tewky cada vez más en un susurro—. Y allí se quedan. Tres veces al mes se les permite comer y dormir una noche en el asilo. Tres veces. Y si piden más, las encierran durante tres días y les dan los trabajos más duros.

—¿Cómo? Pero se supone que el asilo para pobres ayuda a los desvalidos...

—Yo también creía eso. Me acerqué para pedir unos zapatos y... se rieron de mí y me golpearon con una vara. Me echaron. Y entonces... aquel hombre horrible...

Los recuerdos de Raquíico hicieron que sus ojos se llenaran de lágrimas y que dejara de hablar.

—Me alegro de que hayas decidido regresar a casa —dije después de un momento—. Tu madre se alegrará mucho de verte. No ha hecho más que llorar, ¿sabes?

Asintió, sin cuestionar el hecho de que yo conociera aquel detalle, al

igual que sabía todo lo demás.

—Estoy segura de que la harás comprender que no puedes seguir vistiendo esas ropas de Lord Fauntleroy.

—Lo que sea, no me importa. Nunca imaginé... —dijo en un susurro.

No terminó su frase, pero creo que todavía tenía en la cabeza a las holgazanas, a esas pobres ancianas medio vivas que se arrastraban. O tal vez pensaba en sus pies descalzos y llagados, en el muelle, en Raquítico y en cómo lo había golpeado como a un perro.

Tras dos días en Londres, yo también había tomado conciencia de lo mucho que desconocía.

Y en comparación, mis propias desgracias parecían muy pequeñas.

Me puse en pie y llamé a uno de los vehículos, una calesa descubierta, pues quería que mostráramos cierta distinción. Tewky me tendió la mano como un caballero y yo subí.

—A Scotland Yard —indiqué al cochero.

## CAPÍTULO DECIMOQUINTO



Tenía mis propias razones para visitar Scotland Yard, además de para acompañar a Tewky.

—¡Esto es muy bonito! —exclamó Tewky, contemplando Londres desde la calesa, acompañados por el tintineo del arnés que producía el caballo al trotar.

Me concentré en mis pensamientos: debía hacer algo con Cuchillo y Madame Laelia Sibyl de Papaver, perditoriana astral. No tenía prueba alguna, pero cuanto más reflexionaba, más segura estaba de que habían tramado el secuestro juntos. Deducción: ella le había hablado de mí. ¿Quién sino podría haberlo hecho? ¿El guarda, la duquesa, las doncellas? Poco probable. De todos aquellos con los que me había cruzado en Basilwether Hall, solo el inspector Lestrade y Madame Laelia me habían oído explicar el posible paradero de Lord Tewksbury. Uno de los dos se había puesto en contacto con Cuchillo para que telegraficara a Raquítko con la orden de atrapar a Tewky. Evidentemente, no había sido Lestrade. Conclusión: tenía que haberlo hecho Madame Laelia.

—Siempre me había preguntado por qué el cochero se sitúa arriba en la parte trasera, tan lejos del caballo —dijo Tewky—. Ahora lo entiendo. Es para que nada obstruya las vistas.

—Mmm, mmm —murmuré, sumida en mis oscuras sospechas sobre Madame Laelia. Parecía estar del lado de los ángeles, pero, en realidad,

aquella mujer era la aliada de dos demonios: Cuchillo y Raquíico. Supuse que estos secuestraban a alguien, y entonces se requerían los dudosos servicios de Madame Laelia, y así, mientras Cuchillo y Raquíico cobraban el rescate, las pesquisas espirituales de Madame Laelia sobre el paradero de la persona desaparecida se remuneraban generosamente. Todos sacaban provecho y todos estaban metidos en aquel negocio repugnante. En el caso de Tewky, aunque en un principio había sido una fuga, Cuchillo y Raquíico habían aprovechado la oportunidad para convertirlo en un secuestro.

Aunque todavía no estaba segura de cómo informar a las autoridades sin ponerme en peligro, sabía que debía hacer algo para detener sus fechorías.

—Qué agradable es sentir el viento en el rostro en un día caluroso —dijo Tewky.

¡Qué pesado! ¿Tenía que estar todo el rato hablando como una cotorra? Sin contestarle, con los labios apretados, introduje la mano en uno de los bolsillos de la falda y extraje un lápiz y un pedazo de papel doblado. Lo apoyé en mi regazo y, apresuradamente y algo enfadada, dibujé el retrato de un hombre. Cuando Tewky se percató de lo que estaba haciendo, dejó de hablar y observó.

—Ese es Cuchillo —dijo.

Sin hacer comentario alguno, acabé el retrato.

—Sí, es Cuchillo. Tiene hasta los pelos en las orejas. Me dejas asombrado. ¿Cómo es que dibujas tan bien?

Seguí sin contestarle, giré el papel y en la otra cara dibujé a otra persona. Me sentía furibunda y enérgica, el estado mental adecuado para hacerlo sin dudar, sin memoria consciente, sin pensar, con los trazos del lápiz saliendo rápidamente desde algún lugar recóndito de mi mente.

—¿Quién es? —preguntó Tewky.

De nuevo, no respondí. Acabé el retrato de una mujer enorme e

imponente, desdoblé el pedazo de papel y observé los dos retratos a la vez, las caricaturas del hombre y de la mujer una al lado de la otra.

Y en aquel momento, lo entendí todo.

Por supuesto. Para convertirse en una mujer, todo lo que se necesitaba era una peluca, varios aumentadores, embellecedores, polisones y reguladores, y algunas prendas de ropa que ayudaran a disimular ciertas partes: vestido, sombrero, guantes. Yo debería haberlo sabido mejor que nadie.

Tewky también se dio cuenta.

—Son... la misma persona —susurró.

La peluca de brillante cabello rojo servía para esconder el pelo de aquellas orejas y desviar la atención del rostro. Y con ciertos retoques de maquillaje, los labios, las pestañas y los ojos se podían disimular fácilmente. Ninguna dama que se preciara admitiría el uso de tales artificios, pero había oído que así lo hacían. Aunque aquella persona no era ni respetable ni una dama.

—Si ese es Cuchillo, entonces ¿quién es el otro? —preguntó Tewky señalando a uno y otro retrato.

—Madame Laelia Sibyl de Papaver —le respondí, aun sabiendo que ese nombre no significaba nada para él.

—Como si es el príncipe de Gales —dijo el sargento desde su escritorio casi sin levantar la vista hacia nosotros—. Esperarán su turno como los demás. Tomen asiento.

Con la vista todavía puesta en sus informes y en el papel secante, agitó una mano carnosa hacia el vestíbulo situado detrás de él.

Dediqué una sonrisa a Tewky. Se había presentado como el vizconde Tewksbury Basilwether, y ante la respuesta, no sabía si reír o llorar.

—Esperaré contigo —susurré.

Así aprovecharía la visita a Scotland Yard para, de alguna manera, cumplir con mi cometido. Al igual que cuando me había escapado de Kineford en bicicleta, en aquel momento, mi mejor plan era no tener plan.

Tewky y yo nos sentamos en uno de los muchos bancos alineados contra los paneles de madera oscura del pasillo, bancos que eran peculiarmente rígidos y rectos, muy peores que los de cualquier iglesia en la que hubiera estado. Sentado a mi lado, Tewky murmuró:

—Tienes suerte de llevar todo ese relleno.

—¡Cállate! —Vaya clase de comentario.

—No me digas que me calle. Dime cómo te llamas.

—No —le respondí en voz baja. En los otros bancos del pasillo había varias personas que esperaban para hablar con la policía, aunque todos estaban sumidos en sus conversaciones y problemas, y no habían reparado en nosotros.

Con sensatez, Tewky bajó el tono de su voz.

—Pero me has salvado la vida. O, al menos, mi honor. Y... has hecho tanto por mí. Me gustaría agradecértelo. ¿Quién eres?

Negué con la cabeza.

—¿Por qué aparentas ser una mujer adulta?

—Cuidado con lo que dices, chico impertinente.

—Chica impertinente, ¿sabré algún día cómo te llamas?

—¡Chis! —Esperaba que no, pero no se lo dije. En vez de eso, lo insté a callar de nuevo y lo agarré del brazo cuando vi que una de las puertas del pasillo se abría y de ella salía un hombre que me resultaba familiar.

De hecho, salían dos hombres que me resultaban familiares.

Durante un momento, pensé que me iba a desmayar, y no por el corsé.

Que Dios me ayude.

Uno de los hombres era el inspector Lestrade. Cuando decidí acompañar

a Tewky a Scotland Yard, ya imaginaba que podía ocurrir, pero estaba segura de que Lestrade no me reconocería, pues seguramente esperaría a la viuda con velo negro que había conocido brevemente en Basilwether Hall.

No, lo que me alarmó fue la visión del hombre que lo acompañaba: Sherlock Holmes.

Mentalmente, me obligué a seguir respirando, a sentarme de forma natural, a fundirme con la madera oscura de los paneles y con el rígido banco y con los grabados enmarcados que colgaban de las paredes, del mismo modo que una perdiz se camuflaría entre los matorrales. Por favor, por favor, que no me vean. Si uno de los dos me reconocía, mis días de libertad se habrían acabado.

Los dos hombres caminaron lentamente hacia nosotros concentrados en su conversación. Mi hermano era mucho más alto que Lestrade, que parecía un hurón, y tenía que inclinarse para acercar su cabeza a la del inspector. Tras la sorpresa inicial, fijé los ojos en mi regazo, dejé ir a Tewky y escondí mis manos apretadas y temblorosas entre los pliegues de la falda.

—... no consigo entender nada del caso Basilwether —decía la voz estridente de Lestrade—. Le estaría muy agradecido si pudiese ayudarnos, Holmes.

—¿Holmes? —dijo Tewky con la voz entrecortada y enderezándose a mi lado—. ¿Es él? ¿El famoso detective?

—Te ruego hagas el favor de callarte —le susurré.

Estoy segura de que apreció mi tono vehemente, porque me obedeció.

—No tan agradecido como yo lo estaría si asignara más agentes a la búsqueda de mi hermana —le decía Sherlock a Lestrade. Su voz sonaba tan tirante como la cuerda de un violín. Algo en ella, algo que no podía describirse con palabras, hizo que una dolorosa emoción revoloteara en mi corazón.



—Ya me gustaría, querido amigo. —La voz de Lestrade denotaba simpatía, pero también cierto tono de, según apreciaba, complacencia—. Sin embargo, si no puede ofrecerme más datos con los que trabajar...

—El mayordomo ha confirmado que mi madre no había tomado un retrato de ella o Enola en diez años o más. Maldita mujer.

—Bueno, tenemos ese esbozo que su hermana dibujó. —En aquel momento distinguí sin sombra de dudas el tono de regocijo del inspector.

Mi hermano lo agarró del brazo, obligándolo a detenerse. Ambos se pararon justo delante de nosotros. Gracias tal vez a la Providencia o a la suerte, Sherlock estaba de espaldas a mí.

—Mire, Lestrade... —Mi hermano no parecía enfadado, no exactamente, pero su tono, casi hipnótico por su intensidad, hizo que mi corazón se hinchara de orgullo y consiguió captar la atención del otro hombre—. Ya sé que piensa que el hecho de que mi madre y mi hermana hayan desaparecido es un duro golpe para mi orgullo, que no pueda hallar ni rastro de la primera y que tenga que agradecerle cualquier información que me proporciona sobre la segunda. Pero...

—Le aseguro —interrumpió Lestrade, pestañeando y desviando su vista hacia un lado— que no pensaba nada por el estilo.

—Tonterías. Mire, Lestrade, no lo culpo porque no es menos eficiente que sus superiores. —Sherlock pronunció aquella frase tan desconcertante con un movimiento de su mano enguantada y miró fijamente al inspector—. No obstante, quiero que entienda que puede eliminar de su lista a Lady Eudoria Vernet Holmes. Sabía lo que estaba haciendo, y si ha sufrido algún daño, ella es la única responsable.

La emoción volvió a mi pecho, esta vez no revoloteando, sino en forma de punzada. En ese momento, yo desconocía la única debilidad de mi

brillante hermano; no sabía que la melancolía podía hacerle pronunciar unas palabras tan crueles.

—No obstante, el caso de Enola Holmes es completamente diferente —decía Sherlock—. Mi hermana es inocente. Descuidada, sin educación, poco sofisticada, una soñadora. Me siento ciertamente culpable por no haber permanecido a su lado y haberla dejado al cuidado de mi hermano Mycroft. Aunque tiene una mente privilegiada, carece de paciencia. Nunca ha entendido que para domar a un potrillo, además de autoridad, se necesita tiempo. Por supuesto, ante esta situación, la chica, más corazón que cerebro, salió huyendo.

Fruncí el ceño por debajo de mi flequillo postizo y mis lentes.

—A mí me pareció bastante inteligente cuando hablé con ella —dijo Lestrade—. Consiguió engañarme. Habría jurado que tenía, por lo menos, veinticinco años. Serena, de maneras educadas, reflexiva...

Mi ceño se relajó. Lestrade empezaba a gustarme.

—Tal vez reflexiva e imaginativa —afirmó mi hermano—, pero ciertamente no ajena a las debilidades e irracionalidad que comporta su sexo. ¿Por qué, por ejemplo, le dijo al guarda su verdadero nombre?

—Tal vez por puro atrevimiento, para poder entrar. Fue lo suficientemente sensata como para irse directamente a Londres, donde sería difícil encontrarla.

—Donde podría haberle ocurrido cualquier cosa. Incluso si tuviera veinticinco años, y solo tiene catorce.

—Donde, como le estaba diciendo, Holmes, podría pasarle cualquier cosa a una persona aún más joven que ella: el hijo del duque de Basilwether.

En aquel momento, Tewky se aclaró la garganta, carraspeó y se puso en pie.

Como comprenderéis, con poco tiempo para reflexionar, solo me quedó una salida.

Huir.

Mientras el inspector y el gran detective se giraban para mirar a ese chico ataviado con ropas ordinarias, mientras parpadeaban atónitos, yo me incorporé y me alejé tranquilamente de la escena. Solo alcancé a ver el rostro de mi hermano, y de haber sabido lo poco habitual que era ver a Sherlock Holmes tan sorprendido, habría disfrutado un poco más del momento. Pero no me demoré. Avancé por el pasillo unos cuantos pasos, abrí la primera puerta que encontré y entré, cerrándola suavemente tras de mí.

Me hallaba en un despacho con varios escritorios, todos vacíos, excepto uno.

—Discúlpeme —le dije al joven agente que había levantado la cabeza de los papeles—. El sargento solicita su presencia en el mostrador de la entrada.

Sin protestar, seguramente pensando que me acababan de contratar como mecanógrafa o algo similar, asintió, se levantó y abandonó la estancia.

Yo también salí, pero por la ventana. Levanté el marco y me senté sobre el alféizar como si fuera a montar en bicicleta, posando mi pie sobre la acera para bajarme por el otro lado. Aunque había transeúntes, no los miré, como si fuera perfectamente normal abandonar de esta manera un edificio público. Me desprendí de mis quevedos y los tiré a la calzada, donde acabaron aplastados bajo la pezuña de un enorme caballo. Me erguí y caminé a paso ligero, como lo haría una joven trabajadora. Un ómnibus se detuvo justo en la esquina. Me subí, pagué el billete, busqué un asiento en el piso superior entre otros tantos londinenses y no miré atrás. Con toda

probabilidad, en el mismo momento en que el autobús me llevaba lejos de ellos, mi hermano y Lestrade estarían todavía interrogando a Tewky.

Sin embargo, sabía que no tardarían en seguirme el rastro. Tewky les explicaría cómo él y una chica vestida de viuda habían escapado juntos del barco de Cuchillo. Una chica llamada Holmes. Probablemente, justo en ese momento Tewky se estaba girando hacia el banco donde se suponía que yo permanecía sentada y encontraría solo dos dibujos... Esperaba que Lestrade, después de hablar con Tewky, comprendiera el significado de los esbozos, de las dos caricaturas que había dejado en el banco junto a la horrible sombrilla.

Me dolió haberme marchado de aquella forma, sin despedirme de Tewky. Pero no podía hacer nada. Tenía que encontrar a mamá.

También me dolió no haber podido pasar más tiempo con mi hermano Sherlock, no haber podido mirarlo, escucharlo, admirarlo, incluso enfundada en aquel disfraz. Lo echaba de menos, y en lo más profundo de mi ser sentía la necesidad de volver a casa...

Pero a mi famoso hermano detective no le importaba encontrar a mamá. Que se fuera al diablo entonces. Aquellos intensos sentimientos hacia él se desvanecieron y dieron paso a un dolor penetrante.

Aunque, pensándolo bien, tal vez fuera lo mejor. De localizarla, Sherlock y Mycroft habrían querido que mamá regresara a Ferndell Hall, justo lo contrario de lo que ella deseaba. Cuando la encontrara (no si la encontraba), no le pediría nada que pudiera hacerla infeliz. No la estaba buscando para arrebatarle su libertad.

Solo quería tener una madre.

Eso era todo.

Hablar con ella, tal vez vernos de vez en cuando y charlar mientras

tomábamos una taza de té.

Saber dónde estaba.

Aunque en lo más profundo de mi ser no podía evitar el temor de que le hubiese ocurrido algo, seguía imaginando que mamá probablemente se había marchado a algún lugar sin corsés, polisones y tal vez sin sombreros ni botas, a algún lugar entre pastos y flores. «Qué irónico», pensé. Yo, siguiendo su ejemplo y escapándome también, había acabado en esa cloaca de ciudad sin haber visto todavía un palacio, un carruaje dorado o una dama ataviada con cuello de armiño y diamantes; donde, en lugar de eso, me había cruzado con una anciana que se arrastraba por el pavimento con su cabeza infestada de tiña. Seguramente mamá jamás hubiese caído tan bajo.

¿O tal vez sí?

Debía asegurarme de que así fuera; solo disponía de unas horas para pasar a la acción antes de que todos los agentes de la policía de Londres recibieran la alerta y empezaran a buscarme.

Bajé del ómnibus en la siguiente parada, caminé una manzana y detuve un carruaje. Esta vez no era una calesa, sino uno de cuatro caballos que me permitía ocultarme en su interior y no ser reconocida.

—A Fleet Street —le dije al cochero.

Mientras avanzábamos por el denso tráfico de la ciudad, tomé una vez más lápiz y papel y escribí un mensaje:

GRACIAS MI CRISANTEMO. ¿ESTÁS FLORECIENDO? ENVÍA IRIS POR FAVOR.

Recordaba con claridad haber leído en *El significado de las flores* que el iris correspondía a «un mensaje». Los ramos de iris alertaban al receptor de que debía prestar atención al significado de las otras flores. La diosa griega Iris había enviado mensajes entre el monte Olimpo y la Tierra por medio de un arcoíris.

Sin embargo, no recordaba tan nítidamente muchas de las otras entradas de *El significado de las flores*. Tan pronto como encontrara alojamiento, buscaría la manera de procurarme una copia del libro para usarlo como referencia.

Lamentaba amargamente la pérdida de aquel otro libro, irremplazable, que mi madre me había regalado. Era mi recuerdo máspreciado de ella: mi cuadernillo de acertijos. Jamás descubriría qué había hecho Cuchillo con él. (Al menos, así lo creía en aquel momento.)

Pero me dije a mí misma que, a efectos prácticos, ya no lo necesitaba.

(De nuevo, así lo creía.)

Tomé el mensaje que acababa de escribir y le di la vuelta:

ROVAFROPSIRIAIVNE?ODNEICEROLFSÁTSE¿OM  
ETNASIRCIMSAICARG

Después, lo coloqué en zigzag, de arriba abajo en dos líneas, de tal forma que quedó del siguiente modo:

RVFOSRAVEDECRLSTEMTAICMACR  
OARPIIINONIEOFASOENSRISIAG

A continuación, mientras me mecía en el asiento del carruaje, invertí el orden de las líneas y con ello, di por terminado el mensaje. Lo publicaría en la sección de anuncios personales de la *Pall Mall Gazette*, la cual mi madre siempre leía, y en la del *Magazine of Modern Womanhood*, del *Journal of Dress Reform* y otras publicaciones que sabía que le gustaban. Mi mensaje en clave había quedado del siguiente modo:

«Cola hiedra OARPIIINONIEOFASOENSRISIAG punta hiedra  
RVFOSRAVEDECRLSTEMTAICMACR tu hiedra».

Sabía que mi madre, gran amante de los códigos, prestaría mucha atención a este en concreto, siempre y cuando lo viera.

También sabía que, desafortunadamente, mi hermano Sherlock leía habitualmente lo que él llamaba «la sección de la agonía» de los diarios y también le prestaría atención.

Pero como desconocía la manera en que la hiedra se enroscaba de atrás hacia delante en una cerca de madera, tal vez no conseguiría descifrarlo.

E incluso en el caso en que lo lograra, dudo que lo entendiera o lo relacionara conmigo.

Había una vez —parecía que había pasado hacía mucho tiempo, en otro mundo, aunque solo habían transcurrido seis semanas— una niña que pedaleaba por una vereda y mientras lo hacía, confeccionaba una lista mental de sus virtudes, comparándolas desfavorablemente con las de su hermano.

En aquel momento, subida a un carruaje londinense en lugar de encima de una bicicleta, me sorprendí a mí misma haciendo lo mismo, pero con un resultado diferente. Sabía cosas que Sherlock Holmes ni siquiera podía imaginar. Mientras que él había pasado por alto la verdadera importancia del polisón de mi madre (el equipaje) y de su alto sombrero (en el que sospechaba había escondido unos cuantos fajos de billetes), yo, por el contrario, había comprendido las estructuras y posibles usos de los adornos y artificios femeninos. Había demostrado mis aptitudes para el camuflaje. Conocía el significado secreto de las flores. De hecho, mientras que Sherlock Holmes despreciaba el «sexo débil» por irracional e insignificante, yo sabía cosas que su mente «lógica» ni siquiera podía llegar a intuir. Había descubierto toda una red de comunicaciones pertenecientes al universo femenino: códigos secretos en alas de sombreros y rebelión, pañuelos y subterfugios, abanicos de plumas y desafíos encubiertos, lacres y mensajes

ocultos en la posición de un sello en una carta, tarjetas de presentación y todo un manto de conspiraciones femeninas con el que me podía envolver. Ahora podía, sin mucha dificultad, esconder armas, suministro y objetos de defensa en un corsé. Podía ir a lugares y lograr cosas que ni el mismo Sherlock Holmes podía entender o imaginar, y mucho menos llevarlas a cabo.

Y yo planeaba hacerlo.



# LONDRES. NOVIEMBRE DE 1888



En la noche cerrada, la forastera sin nombre, ataviada completamente de negro, abandona su alojamiento dispuesta a merodear por las calles del East End. De su recta cintura, poco adecuada a la moda, se balancea un rosario, cuyas cuentas de marfil tintinean al compás de sus pisadas. El hábito velado de una monja cubre su figura alta y delgada de la cabeza a los pies. En sus brazos lleva comida, mantas y algunas prendas de ropa para las pobres ancianas que se apiñan en los escalones del asilo, las mujeres que se arrastran y a las que se conoce como «holgazanas», y también para todo aquel que tenga necesidad. La gente de la calle acepta su amabilidad y la llama «hermana». Nadie la conoce por otro nombre, ya que ella nunca pronuncia palabra. Al parecer, ha hecho votos de silencio y soledad. O tal vez prefiere no revelar su educación, que su acento de clase alta no la traicione. Aparece y desaparece en silencio. Al principio despertó curiosidad, pero, tras unos días, nadie se percató de su presencia.

En un barrio de la ciudad bastante más adinerado y bohemio, alguien ha abierto un despacho en la misma residencia gótica en la que Madame Laelia Sibyl de Papaver, perditoriana astral, realizaba sus sesiones antes de que fuera sorprendentemente arrestada —o mejor dicho, arrestado—, en lo que se convirtió en el escándalo de la temporada. Con el anterior ocupante en prisión, en el ventanal de la casa ha aparecido una nueva placa: «Próxima

apertura de consultas: Dr. Leslie T. Ragostin, perditoriano científico». Un científico debía ser, por descontado, un hombre, y uno definitivamente importante, muy ocupado con la universidad o con el Museo Británico. De hecho, es por este motivo por el que ninguno de los adinerados vecinos se han cruzado todavía con el doctor Leslie T. Ragostin. Sin embargo, cada día, su secretaria viene y va, organizando la nueva oficina y ocupándose de sus asuntos. Es una joven corriente, que no destaca excepto por su eficiencia, que se confunde entre las miles de jóvenes mecanógrafas y contables que sobreviven en Londres y que envían algo de lo que ganan a sus familias. Su nombre es Ivy Meshle.

Cada día, como se espera de una modesta y virtuosa joven que vive sola en la gran ciudad, Ivy Meshle almuerza en el Salón de té para Mujeres Trabajadoras más cercano a su lugar de trabajo. Allí, protegida de cualquier contacto con el depredador masculino de la especie, se sienta sola a leer la *Pall Mall Gazette*, entre otros periódicos. En una de las publicaciones de días anteriores ya ha encontrado un anuncio personal que ha despertado su interés hasta tal extremo que incluso lo ha recortado y lo lleva siempre encima. El anuncio dice:

Iris de punta a cola para Hiedra  
FOECASLOOORSNEOABERSERNELRZ  
OLONSLCIATMTMINOARAT

En ocasiones, cuando está sola en su alojamiento barato, la señorita Meshle (o tal vez la silenciosa monja sin nombre) extrae del bolsillo ese trozo de papel, lo desdobra y se sienta a contemplarlo, incluso aunque lo descifró hace ya tiempo:

FLOREZCO AL SOL.

NO SOLO CRISANTEMO, TAMBIÉN ROSA  
ERRANTE.

El mensaje, o al menos eso cree, lo ha enviado una mujer luchadora que ahora vaga libre por algún lugar sin horquillas de pelo, corsés o polisones: con los gitanos de los páramos.

*Si tenía que recorrer cierta distancia, ¿por qué no había utilizado su bicicleta?*

*¿Por qué no salió por la verja?*

*Si fue a campo través, ¿hacia dónde se dirigía?*

Una hipótesis da respuesta a las tres preguntas: la mujer huida no había viajado muy lejos y únicamente había caminado por la campiña hacia el encuentro, con toda seguridad pactado con antelación, de una caravana de los llamados nómadas de Inglaterra.

En *El significado de las flores*, la rosa errante se refiere a «una forma de vida libre, nómada, gitana». Y si la naturaleza de los gitanos parece tender al hurto, algo similar podía decirse de la de Eudoria Vernet Holmes, como había demostrado en sus tratos con Mycroft Holmes. Con toda probabilidad, se lo estaba pasando en grande.

Sin embargo, queda una cuestión sin resolver:

*¿Por qué mamá no me llevó con ella?*

Este interrogante ya no le produce tantos quebraderos de cabeza como antes. Aquella mujer amante de la libertad se hacía mayor y probablemente

solo había tenido un breve instante para cumplir su sueño antes de morir, así que había hecho lo que había podido para salvaguardar el bienestar de su tardía hija. Algún día, planea la chica que camina sola, tal vez durante la primavera, cuando el tiempo sea lo suficientemente templado para viajar, saldrá a buscar a su madre entre los gitanos.

Pero, de momento, mientras examina el recorte del periódico, la expresión de su rostro angular y largo se suaviza y aparece una sonrisa, tornándolo casi hermoso: conoce el lenguaje secreto de las flores y en él, cualquier tipo de rosa significa «amor».

FIN

## RESOLUCIÓN DEL MENSAJE ENCRIPTADO



«Punta» y «cola» indica la disposición del enigma.

Para resolverlo, se debe dividir en dos mitades:

FOECASLOOORSNEOABERSERNE  
LRZOLONSLCIATMTMINOARAT

La primera línea de letras es la «punta de la hiedra», y la segunda línea es la «cola de la hiedra». Sigue las letras de ambas líneas en zigzag de arriba abajo y obtendrás:

FLOREZCOALSOLNOSOLOCRI  
SANTEMOTAMBIÉNROSAERRANTE

A continuación, separa el resultado en palabras:

FLOREZCO AL SOL. NO SOLO  
CRISANTEMO, TAMBIÉN ROSA ERRANTE.

\* *Ferndell* es el nombre de la propiedad en la que vive Enola. Se compone de *fern*, que significa «helecho» y *dell*, que significa «hondonada, valle»; por tanto, el «valle de los helechos». (*N. de la t.*)

\* Este término hace referencia a una de las demandas fundamentales del Movimiento de Reforma del Vestido. Fundado en Londres en 1881 por mayoritariamente mujeres de la primera ola del feminismo, el movimiento se oponía a los dictados de la moda victoriana y sus defensoras reclamaban, diseñaban y vestían unas prendas más prácticas y cómodas. (*N. de la t.*)

